

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**ATEOS FAMOSOS CONVERTIDOS
TOMO 1**

S. MILLÁN – 2020

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Fedor Dostoievski.
León Tolstoi.
León Bloy.
Carlos de Foucauld.
Félix Leseur.
Wilibrordo Verkade.
Eva Lavallière.
Adolfo Retté.
Charles Nicolle.
Paul Claudel.
Alexis Carrel.
Nicolai Berdiaev.
Gilbert Keith Chesterton.
Henri Gheón.
Manuel Azaña.
Jacques Maritain.
Giovanni Papini.
Manuel García Morente.
Peter Van der Meer.
Dietrich von Hildebrand.
Edith Stein.
Dolores Ibárruri (La Pasionaria).
Guillermo Roviroso.
Dorothy Day.
Clive Staples Lewis.
Regina García.

CONCLUSIÓN BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

Este libro es el primero de dos tomos en que trato de presentar los testimonios de algunos famosos ateos que cambiaron el rumbo de su vida y se convirtieron en creyentes para gloria de Dios y bien de sus almas. Han sido muchos los ateos convertidos a lo largo de los años. Solo presentaremos algunos pocos de los más conocidos y cuyo testimonio puede dar que pensar a los que todavía se mantienen en la ruta equivocada. Ciertamente que, mientras hay vida, hay esperanza; pero el tiempo se va agotando momento a momento y hay que dar el paso lo antes posible.

Si vives como si Dios existe y, al final, resultó que no existe, no has perdido nada. Más bien has ganado mucho, ya que el haber creído en un Dios bueno, te ha dado alegría y esperanza para vivir y, sobre todo, para llevar una vida ordenada y sin vicios. Por el contrario, si crees que Dios no existe y vives como tal y, al final, resulta que sí existe, has perdido todo, ya que has perdido el precioso tiempo de tu vida y has dejado de hacer mucho bien en el mundo, pensando que nadie te iba a pedir cuentas; y quizás decidas ir eternamente al infierno con los demonios, al rechazar a Dios en el momento de tu muerte. Y, en el mejor de los casos, el de una persona sincera y honrada, que ha vivido sin vicios y que sin saberlo, ha seguido la voz de Dios a través de su conciencia y se salva eternamente, lamentará eternamente no haber podido amar más a Dios y a los demás.

En una palabra, creer en Dios a nadie hace daño, sino todo lo contrario, mientras que no creer en él, puede hacer mucho daño y hacer perder un tiempo precioso para hacer el bien y ser al mismo tiempo más feliz en este mundo y en el otro. Recordemos que en el cielo no todos serán igualmente felices, sino de acuerdo a la capacidad de amar que hayan adquirido en esta tierra. Además todos los ateos convertidos reconocen que había en sus vidas un vacío existencial que los hacía infelices y buscaban desesperados cómo llenar este vacío y dar sentido a su vida.

Que los testimonios de estos hermanos nuestros, que fueron un tiempo ateos, te estimule a mejorar tu vida y a vivir enteramente al servicio de Dios y de los demás.

FEDOR DOSTOIEVSKY (1821-1881)

Fue uno de los principales escritores soviéticos de la época de los zares. Su madre era un refugio de amor y protección a diferencia del padre que era muy autoritario. Su padre era médico y trabajaba en un hospital para gente pobre. Su madre murió en 1837 de tuberculosis. Su padre cayó en ese momento en una gran depresión y en el alcoholismo, y lo envió a él y a su hermano Mijail a estudiar en la escuela de ingenieros militares de San Petersburgo.

Su padre murió en 1839, cuando él tenía 18 años. Durante toda su vida tuvo que soportar las limitaciones de la epilepsia, que se le repetía con frecuencia. A algunos de los personajes de sus novelas los presenta con esta enfermedad. Por esta epilepsia, fue librado de una condena vitalicia de servir en el ejército en Siberia. En 1841 fue ascendido a alférez ingeniero. En 1843 terminó su carrera y se incorporó a la Dirección general de ingenieros de San Petersburgo. En 1845 dejó el ejército y comenzó a escribir novelas.

Fue arrestado y encarcelado el 23 de abril de 1849 por formar parte de un grupo intelectual socialista con el cargo de conspirar contra el zar Nicolás I. Fue condenado a muerte. Cuando estaba esperando el día de la ejecución, se dio cuenta de lo que valía la vida y cómo la había desperdiciado y se dijo a sí mismo: *Si puedo volver a vivir, ¡conservaré y mimaré cada minuto para no perder ni uno solo!* El 22 de diciembre de 1849 fue llevado al patio de la cárcel para ser fusilado, pero fue indultado en los últimos momentos y condenado a cinco años de trabajos forzados en Siberia.

Mientras se dirigía a Siberia en tren, una mujer se acercó a la ventanilla y le dio un Nuevo Testamento, con el que volvería a descubrir el amor de Dios. Tendría que pasar cuatro años para que pudiera caminar sin grilletes y diez para que volviese a las calles de Moscú. Durante cuatro años, llevó constantemente una bola y una cadena sujeta a los tobillos. La terrible pesadilla, que vivió en Siberia con el frío del invierno a 40 grados bajo cero o el gran calor del verano, la describe en su libro *Cartas del otro mundo* y *La casa de los muertos*. Pero encontró la fe, que había perdido. Y, por eso, dice: *Muchas veces bendije a Dios por esta experiencia durante estos cuatro años. Sin ellos, no habría podido realizar una estricta revisión de mi vida. En el desamparo de los trabajos forzados se tiene sed de fe como la hierba seca de lluvia y se descubre por qué la verdad se ve más claramente en tiempos de desgracia*¹.

Y cuenta cómo le emocionó el detalle de una niña. *Un día iba yo con otros presidiarios por las calles de Omsk, cuando se me acercó una niña de unos diez*

¹ Sheen Fulton, *La vida merece vivirse*, Ed. Planeta, Barcelona, 1961, p. 70.

años y me dio una moneda diciéndome: Toma este kopeck en nombre de Cristo. Afirma que guardó aquella moneda durante muchos años por la gran alegría que le produjo el que alguien hubiera tenido un poco de amor y caridad para él, un pobre y despreciado presidiario.

Allí, en Siberia, aprendió a rezar y a darle sentido a su vida, amando a Dios y a los demás. A Dios, porque descubrió la fe de su infancia, que había perdido. A los demás, enseñándoles a leer y escribir, pues la mayoría eran analfabetos. En la novela *Los hermanos Karamazov* dice: *¡Señor, que el hombre se consume en la oración! Si se expulsa a Dios de la tierra, nosotros lo encontraremos debajo de ella. Un condenado a prisión puede pasar sin Dios menos que un hombre libre. Nosotros, los hombres subterráneos, cantaremos desde las entrañas de la tierra un himno trágico al Dios de la alegría. ¡Viva Dios y viva su alegría divina! Yo lo amo*².

Escribió: *Creo que no hay nada más santo, más profundo, más racional, más valiente y más perfecto que Cristo y no solo no hay nada, sino que me digo a mí mismo con un amor celoso que jamás podría haber algún otro. Es más, si alguno pudiera probarme que Cristo está fuera de la verdad y, si la verdad realmente excluyera a Cristo, preferiría quedarme con Cristo y no con la verdad*³.

Cuando fue liberado en 1854, ya era un creyente con una fe firme como la manifiesta en sus novelas. Al salir liberado, tuvo que estar en el ejército de soldado raso como parte de la condena.

Conoció a su esposa y se casaron en 1857. El zar Alejandro II decretó una amnistía y le benefició, pues pudo recuperar su título nobiliario y tener permiso para escribir novelas. En 1864 murió su esposa y también su hermano Mijail. Tuvo que hacerse cargo de la viuda y sus cuatro hijos. Esto lo llevó, a endeudarse para pagar las deudas de su hermano y para poder sostener a su viuda y a sus hijos. En un tiempo se dedicó al juego en casinos.

En 1867 se casó con Saitkina. En 1868 tuvo una hija que murió a los tres meses. Él murió en San Petersburgo el 9 de febrero de 1881. En su lápida sepulcral escribieron siguiendo su deseo: *En verdad, en verdad os digo que, si el grano de trigo no muere, queda infecundo, pero si muere, da mucho fruto* (Jn 12, 24).

² Ayllón José Ramón, *Dios y los naufragos*, Ed. Belacqua, Barcelona, 2004, p. 105.

³ Carta a Madame N.D. Fonnvisin en 1854.

LEÓN TOLSTOI (1828-1910)

Él refiere en su libro *Confesión: Fui bautizado y educado en la fe cristiana ortodoxa... Recuerdo que muy joven leí a Voltaire y que sus burlas de la religión, lejos de escandalizarme, me divertían mucho.*

La fe que me fue transmitida en la infancia me abandonó, al igual que a otros, con la única diferencia de que yo comencé a leer y a pensar mucho a una edad temprana. Mi abjuración de la fe se dio muy pronto y con total discernimiento. A los 16 años abandoné la oración y por iniciativa propia dejé de acudir a la iglesia y de ayunar ⁴.

Deseaba con toda mi alma ser bueno; pero era joven, tenía pasiones, y estaba solo, completamente solo, en mi búsqueda del bien. Cada vez que trataba de expresar mis deseos más íntimos, esto es, que quería ser moralmente bueno, no encontraba más que desprecio y burlas; pero cuando me entregaba a las viles pasiones, los demás me elogiaban y alentaban.

La ambición, el ansia de poder, la codicia, la lascivia, el orgullo, la ira, la venganza; todo eso era respetado. Sucumbiendo a esas pasiones, parecía más adulto, y sentía que todos estaban contentos conmigo. Mi buena tía, con la que yo vivía y que era el ser más puro del mundo, siempre me decía que no había nada que deseara tanto para mí como que mantuviera una relación con una mujer casada. Me deseaba también otra felicidad: que me convirtiera en ayudante de campo, preferiblemente del emperador. Por último, el colmo de la dicha, a sus ojos, era que me casara con una joven muy rica y que ese matrimonio me aportara el mayor número posible de esclavos.

No puedo recordar aquellos años sin horror, sin repugnancia y sin un dolor en el corazón. Mataba a hombres en la guerra, retaba a otros a duelo para matarlos, perdía dinero jugando a las cartas, dilapidaba el fruto del trabajo de los campesinos, los castigaba; fornicaba, me valía de engaños. La mentira, el robo, la promiscuidad de todo tipo, la embriaguez, la violencia, el asesinato... No existe crimen que no hubiera cometido, y por todo ello me alababan, y mis coetáneos me consideraban, y aún me consideran, un hombre relativamente moral. Así viví diez años ⁵.

Después viajé al extranjero. La vida en Europa y mi contacto con europeos eminentes y eruditos me confirmaron aún más en mi fe en el perfeccionamiento general, en el progreso... Durante mi estancia en París, la

⁴ León Tolstoi, *Confesión*, cap. 1.

⁵ León Tolstoi, *Confesión*, Wroclaw (Polonia), 2017, cap. 2.

visión de una ejecución de pena de muerte me reveló la precariedad de mi creencia en el progreso. Cuando vi desprenderse la cabeza del cuerpo de la víctima, comprendí que ninguna teoría de la racionalidad de la existencia y del progreso podía justificar un acto semejante... La muerte de mi hermano fue otro caso que vino a probarme lo inadecuado de la superstición del progreso respecto a la vida. Mi hermano, hombre inteligente, bueno y serio, cayó enfermo siendo aún muy joven. Sufrió más de un año y murió en medio de tormentos sin comprender por qué había vivido y menos aún por qué moría. No había teorías que pudieran dar respuesta a esas preguntas, ni a las mías, ni a las suyas durante su agonía lenta y dolorosa. Esos eran los pocos momentos de duda. En realidad, continuaba profesando la fe en el progreso...

A mi regreso me casé. Las nuevas circunstancias de una vida de familia feliz me distrajeron por completo de cualquier búsqueda del sentido general de la vida. En esta época toda mi vida se concentraba en mi familia, en mi mujer, en mis hijos y en los desvelos por aumentar nuestros medios de vida. Mi aspiración al perfeccionamiento personal y al progreso, ahora se había convertido en una aspiración por conseguir todo lo mejor para mi familia y para mí. Así pasaron quince años.

A pesar de que durante ese tiempo consideré la actividad literaria como una ocupación banal, seguí escribiendo. Había probado la tentación de una enorme recompensa monetaria y los aplausos por un trabajo insignificante y me entregué a ello como un medio para mejorar mi situación económica y para sofocar en mi alma todos los cuestionamientos acerca del sentido de la vida... En ocasiones surgían las preguntas: ¿Por qué? ¿Qué pasará después? Estas preguntas me asaltaban con frecuencia, exigiendo una respuesta cada vez con más insistencia y esas preguntas sin responder caían como puntos negros siempre en el mismo sitio, acumulándose hasta formar una gran mancha.

Me ocurrió lo que le ocurre a todo aquel que contrae una enfermedad mortal. Al principio se presentan síntomas de malestar insignificantes a los que el enfermo no presta atención; después estos síntomas se repiten más a menudo y acaban por confluír en un único sufrimiento ininterrumpido. El sufrimiento crece y el enfermo, antes de tener tiempo de volver la vista atrás, se da cuenta de que lo que tomó por un malestar es para él la cosa más importante del mundo: la muerte.

Lo mismo me sucedió a mí. Comprendí que no era un malestar fortuito, sino algo muy serio, y que si se repetían siempre las mismas preguntas era porque había necesidad de contestarlas. Y eso traté de hacer. Las preguntas parecían tan estúpidas, tan simples, tan pueriles... Pero en cuanto me enfrenté a ellas y traté de responderlas, me convencí al instante, en primer lugar, de que no

eran cuestiones pueriles ni estúpidas, sino las más importantes y profundas de la vida y, en segundo, que por mucho que me empeñara no lograría responderlas. Antes de ocuparme de mi hacienda de Samara, de la educación de mi hijo, de escribir libros, debía saber por qué lo hacía. Mientras no supiera la razón, no podía hacer nada. En medio de mis pensamientos sobre la administración de la hacienda, que entonces me mantenían muy ocupado, una pregunta me vino de repente a la cabeza: “Muy bien, tendrás miles de hectáreas en la provincia de Samara y trescientos caballos, ¿y después qué?”. Y me sentía completamente desconcertado, no sabía qué pensar. O bien, cuando empezaba a reflexionar sobre la educación de mis hijos, me preguntaba: “¿Por qué?”. O bien, meditando sobre cómo el pueblo podría llegar a alcanzar el bienestar, de repente me preguntaba: “¿Y a mí qué me importa?”. O bien, pensando en la gloria que me proporcionarían mis obras, me decía: “Muy bien, serás más famoso que Gógol, Pushkin, Shakespeare, Molière, y todos los escritores del mundo, ¿y después qué?”. Y no podía responder nada, nada ⁶.

La idea del suicidio se me ocurrió con tanta naturalidad como antes las ideas de mejorar mi vida. Esa idea era tan tentadora que tenía que emplear ardides conmigo mismo para no llevarla a cabo demasiado apresuradamente. Y he aquí que yo, un hombre feliz, saqué una cuerda de mi habitación, donde me desvestía solo cada noche, para no colgarme de un travesaño que había entre los armarios... Y dejé de ir de caza con la escopeta para que no me tentase ese medio demasiado fácil de quitarme la vida. Yo mismo no sabía lo que quería: me daba miedo la vida y luchaba por desembarazarme de ella y, al mismo tiempo, esperaba algo de ella.

Y esto aconteció en un momento en que estaba rodeado de lo que se considera la felicidad completa; eso fue cuando aún no cumplía cincuenta años. Tenía una buena esposa, amante y amada, buenos hijos, una gran hacienda que, sin esfuerzo por mi parte, aumentaba y prosperaba. Era respetado más que nunca por amigos y conocidos, los extraños me colmaban de elogios, y podía considerar, sin temor a exagerar, que había alcanzado la celebridad. Además, no estaba enfermo ni física ni mentalmente; al contrario, gozaba de un vigor mental y físico que rara vez he encontrado en las personas de mi edad. Físicamente, podía segar al mismo ritmo que los campesinos. Intelectualmente, podía trabajar ocho o diez horas seguidas sin resentirme por el esfuerzo. Y a tal estado llegué que ya no podía vivir; y, temiendo la muerte, debía emplear ardides conmigo mismo para no quitarme la vida.

Ese estado de ánimo podía expresarse de la siguiente manera: “Mi vida es una broma estúpida y cruel que alguien me ha gastado”. Aunque yo no

⁶ Ib. cap. 3.

reconociera la existencia de ningún alguien que me hubiera creado, esa noción según la cual “alguien” se habría burlado de mí de manera cruel y estúpida trayéndome al mundo era, para mí, la más natural.

Me imaginaba sin querer que allí, en alguna parte, estaba ese “alguien” que se divertía al ver que yo, después de pasar treinta o cuarenta años aprendiendo, desarrollándome, creciendo en cuerpo y espíritu, había alcanzado ahora la madurez de mi intelecto, había llegado ahora a esa cima de la vida desde la cual ésta se revela por completo, sólo para permanecer allí plantado como un estúpido, comprendiendo con claridad que no hay nada en la vida, que nunca lo había habido y que nunca lo habrá. “Y ese alguien se ríe...”.

Pero tanto si hay alguien que se ríe de mí como si no, eso no me hace las cosas más fáciles. No podía dar un sentido racional a ningún acto de mi vida por separado ni a mi vida en conjunto. Lo único que me sorprendía era cómo no lo había comprendido desde el principio. Hacía tanto tiempo que era de dominio público. Si no es hoy será mañana cuando lleguen las enfermedades y la muerte (de hecho ya se están aproximando) para los seres queridos, para mí, y no quedará nada, salvo pestilencia y gusanos. Mis acciones, sean las que sean, tarde o temprano caerán en el olvido, y yo ya no existiré. ¿A qué viene afanarse, pues? ¿Cómo puede una persona vivir y no darse cuenta? ¡Eso es lo sorprendente! Sólo se puede vivir mientras dura la embriaguez de la vida, pero cuando uno se quita la borrachera es imposible no ver que todo es un engaño, ¡un engaño estúpido! Lo cierto es que no hay en ello nada gracioso ni ingenioso; sólo es cruel y estúpido.

Hay una vieja fabula oriental que cuenta la historia de un viajero sorprendido en la estepa por una bestia furiosa. Para escapar de la bestia, el viajero salta al interior de un pozo sin agua, pero en el fondo del pozo ve un dragón con las fauces abiertas, dispuesto a devorarlo. Y el infeliz, sin atreverse a salir por temor a convertirse en presa de la bestia feroz, ni a saltar al fondo del pozo para no ser devorado por el dragón, se agarra a las ramas de un arbusto salvaje que crece en las grietas del pozo, y así queda colgado. Los brazos se le debilitan y siente que pronto tendrá que abandonarse a la muerte, que le espera a ambos lados, pero sigue aferrándose, y, mientras se aferra, mira alrededor y ve que dos ratones, negro uno y blanco el otro, giran regularmente en torno al tronco del arbusto del cual está colgado, y lo roen. De un momento a otro el arbusto se quebrará, y él caerá en las fauces del dragón. El viajero lo ve y sabe que su muerte es inevitable; pero, mientras continúa suspendido, busca a su alrededor, y halla sobre las hojas del arbusto algunas gotas de miel; las alcanza con la lengua y las lame. Así me aferro a las ramas de la vida, sabiendo que el dragón de la muerte me espera inevitablemente, preparado para despedazarme, y no puedo comprender por qué soy sometido a este tormento. E intento chupar

esa miel que antes me consolaba; pero esa miel ahora no me da placer, y, entretanto, el ratón blanco y el negro roen noche y día la rama de la que cuelgo. Veo claramente el dragón, y la miel ya no me parece dulce. No veo más que una cosa: el ineludible dragón y los ratones, y no puedo apartar la vista de ellos. Y esto no es una fábula, sino la auténtica, la incontestable, la inteligible verdad para todos.

Mi familia, esposa e hijos se encuentran en las mismas condiciones que yo: tienen que vivir en la mentira o ver la terrible verdad. ¿Para qué viven? ¿De qué me sirve amarlos, protegerlos, educarlos y velar por ellos? ¿Para que se suman en la misma desesperación que yo o para que caigan en la estupidez? Amándolos, no puedo ocultarles la verdad. Cada paso dado hacia el conocimiento los conduce a la verdad. Y esa verdad es la muerte.

Si hubiera comprendido simplemente que la vida no tenía sentido, habría podido aceptarlo con tranquilidad, habría podido saber que aquél era mi destino. Pero no conseguía contentarme con eso. Si hubiera sido como un hombre que habita en un bosque del que sabe que no hay salida, habría podido vivir; pero era como un hombre perdido en un bosque, presa del terror por haberse extraviado, que corre en todas direcciones en busca de salida, y que, aun sabiendo que con cada paso que da se pierde más, no puede dejar de correr.

Eso era lo terrible. Y, para liberarme de ese espanto, quería matarme. Sentía horror por lo que me aguardaba; sabía que ese horror era aún más terrible que la misma situación, pero no podía ahuyentarlo ni esperar el fin con paciencia.

No importa cuán convincente fuera el argumento de que, de todas maneras, un vaso sanguíneo del corazón se rompería, o de que estallaría alguna cosa, y todo acabaría, yo no podía esperar el fin con paciencia. El terror de las tinieblas era demasiado grande, y yo quería librarme de él pronto, lo más pronto posible, con ayuda de una cuerda o de una bala. Ése era el sentimiento que me empujaba, cada vez con más fuerza, hacia el suicidio ⁷.

Y buscaba una explicación a esas cuestiones en todos los conocimientos adquiridos por los hombres. E investigué largo tiempo, concienzudamente. No lo hice con poco entusiasmo, por vana curiosidad; sino dolorosa, persistentemente, día y noche, como un hombre a punto de morir busca la salvación; y no encontré nada.

⁷ Ib. cap. 4.

Busqué en las ciencias y no sólo no hallé nada, sino que me convencí de que todos lo que como yo habían buscado en la ciencia tampoco habían conseguido dar con nada. Y no sólo no habían encontrado nada, sino que reconocieron con claridad lo mismo que a mí me había llevado a la desesperación: que el único conocimiento absoluto accesible al hombre era la absurdidad de la vida.

Mi pregunta, la que a los cincuenta años me condujo al borde del suicidio, era la más sencilla: reside en el alma de todo ser humano, desde el niño estúpido hasta el anciano más sabio, una pregunta sin la cual la vida es imposible, como yo mismo he experimentado. La pregunta es: “¿Qué resultará de lo que hoy haga? ¿De lo que haga mañana? ¿Qué resultará de toda mi vida?”. Expresada de otra forma la pregunta sería la siguiente: “¿Para qué vivir, para qué desear, para qué hacer algo?”. O formulada todavía de otro modo: ¿Hay algún sentido en mi vida que no será destruido por la inevitable muerte que me espera?...”. Dicho de otro modo: “¿Qué soy? ¿Por qué vivo? ¿Qué debo hacer? ¿Qué soy yo y qué es el universo? ¿Y por qué existo y por qué existe el universo?”⁸. Y yo decía: “¿Cuál es el sentido de mi vida? Ninguno. ¿Qué resultará de mi vida? Nada. ¿Por qué existe todo lo que existe y por qué existo Yo?

Yo me respondía a la pregunta del sentido de la vida: “Lo que tú llamas vida es una cohesión de partículas fortuita y temporal. La interacción mutua, las alteraciones de las partículas producen en ti lo que tú llamas vida. Esa cohesión se mantendrá cierto tiempo, después la interacción de las partículas cesará y lo que llamas vida también cesará, así como todas las cuestiones que te planteas. Eres una bolita de algo que se ha constituido fortuitamente”⁹.

He aquí lo que nos enseña la sabiduría india: “Sakyamuni, un príncipe joven y feliz a quien le habían ocultado las enfermedades, la vejez, la muerte, sale para dar un paseo y se encuentra a un viejo feo, desdentado y cubierto de babas. El príncipe, que no había conocido hasta ese momento la vejez, se sorprende y le pregunta al cochero qué significa eso y cómo es que ese hombre ha llegado a un estado tan lamentable y repulsivo. Y cuando descubre que ésa es la suerte común de todos los hombres, y que también a él, joven príncipe, le aguarda lo mismo, no puede continuar con el paseo y da la orden de volver a casa para reflexionar sobre todo aquello. Y se encierra solo, y reflexiona. Y probablemente encuentra algún consuelo, puesto que de nuevo sale a pasear, alegre y dichoso. Pero esta vez se encuentra con un enfermo. Ve a un hombre demacrado, lívido, tembloroso, con los ojos turbios. El príncipe, a quien le

⁸ Ib. cap. 5.

⁹ Ib. cap. 6.

habían ocultado las enfermedades, se detiene y pregunta qué es eso. Y cuando se entera de que eso es la enfermedad, a la cual todos los hombres están expuestos, y de que, también el príncipe sano y feliz, puede caer enfermo desde mañana mismo, siente de nuevo que le faltan ánimos para alegrarse, da la orden de volver a casa y vuelve a buscar la tranquilidad; sin duda, la encuentra, puesto que, por tercera vez, sale a pasear; pero también esta vez le aguarda un nuevo espectáculo: ve que están transportando algo. “¿Qué es eso?”. “Un hombre muerto”. “¿Qué quiere decir muerto?”, pregunta el príncipe. Le explican que estar muerto significa convertirse en lo que se ha convertido ese hombre. El príncipe se acerca al muerto, lo descubre y lo mira. “¿Qué será de él ahora?”, pregunta el príncipe. Y le dicen que lo enterrarán.

“¿Por qué?”. “Porque nunca volverá a estar vivo, y no saldrán de él más que gusanos y hedor”. “¿Y ése es el destino de todos los hombres? ¿Me sucederá a mí lo mismo? ¿Me enterrarán, y despediré hedor, y los gusanos me comerán?”. “Sí”. “¡Atrás! No quiero ir a pasear, nunca más volveré a pasear”.

Sakyamuni no podía encontrar consuelo en la vida. Decidió que la vida era el más grande de los males, y empleó todas las fuerzas de su alma en liberarse de ella ¹⁰.

Estudie los textos del budismo y del mahometismo y, sobre todo, los del cristianismo y las vidas de los cristianos que me rodeaban. Entre los cristianos de mi propia clase (cultos, inteligentes, teólogos etc.), cuanto más detalladamente me exponían su fe, con más claridad veía su error y más veía perdidas todas las esperanzas de encontrar en su fe un sentido a mi vida.

Comencé a acercarme a los creyentes del pueblo, hombres sencillos y analfabetos, peregrinos, monjes, campesinos... Contrariamente a lo que veía en nuestro grupo, en el que toda la vida transcurría en la ociosidad, en la diversión y en la insatisfacción, veía que esas personas que trabajaban duro a lo largo de toda su existencia estaban menos insatisfechas con la vida que los ricos. Contrariamente a los hombres de nuestra clase, que se oponían al destino y se indignaban por sus privaciones y sufrimientos, esa gente aceptaba las enfermedades y las desgracias sin cuestionarlas ni protestar, con la convicción serena y firme de que todo eso debía ser así y que no podía ser de otra manera, y que todo era para bien. Contrariamente a nosotros, que cuanto más inteligentes somos menos comprendemos el sentido de la vida y más vemos en la muerte y en el sufrimiento una especie de burla malvada, esa gente vive, sufre y se aproxima a la muerte con tranquilidad y casi siempre con júbilo. Si bien una muerte serena, sin terror ni desesperación es una rarísima excepción entre las personas

¹⁰ Ib. cap. 6.

de nuestra clase, una muerte tormentosa, intranquila e infeliz es una excepción rarísima en el pueblo. Y la mayor parte de ese pueblo, aun cuando está privada de todo aquello que para mí y para Salomón constituye el único bien de la vida, goza de la felicidad más profunda. Miré a mi alrededor, en un radio más extenso. Examiné las vidas de multitudes de hombres que habían vivido en el pasado y que todavía vivían. Y vi que los que habían comprendido el sentido de la vida, que sabían vivir y morir, no eran dos, ni tres, ni diez, sino cientos, miles, millones. Y todos, infinitamente diversos por su carácter, su inteligencia, su educación, su condición, todos conocían el sentido de la vida y de la muerte de la misma manera, en completa oposición a mi ignorancia. Trabajaban tranquilos, soportaban privaciones y sufrimientos, vivían y morían, y en todo eso veían, no la vanidad, sino el bien.

Acabé amando a esa gente. Cuanto más profundizaba en sus vidas, lo mismo la de los vivos que la de los muertos, bien las conociese por mis lecturas o por lo que oía decir, más los amaba y más fácil se me hacía vivir. Así viví dos años, poco más o menos, y una profunda transformación se produjo en mí, una transformación para la que me había ido preparando mucho tiempo atrás y para la cual siempre había estado predispuesto. La vida de nuestra clase, la de los ricos y los sabios, no sólo se volvió desagradable para mí, sino que perdió todo sentido. Todos nuestros actos y pensamientos, nuestra ciencia, nuestro arte, se me revelaron como una mera complacencia. Comprendí que allí no era posible encontrar un sentido. Los actos del pueblo trabajador, de aquéllos que crean la vida, se me presentaron como el único camino posible. Comprendí que el sentido que proporcionaba esa vida era la verdad, y la acepte ¹¹.

Comprendí entonces la verdad que más tarde hallé en el Evangelio: los hombres prefieren las tinieblas a la luz porque sus acciones son malas. El que comete malas acciones detesta la luz y no va por la luz para que sus obras no sean vistas. Comprendí que para entender el sentido de la vida era preciso, ante todo, que esta no fuese absurda ni mala, y luego uno podía utilizar la razón para entenderla. Comprendí por qué había dado vueltas tanto tiempo alrededor de una verdad tan evidente sin verla y que, para pensar y hablar acerca de la vida de la humanidad, debía pensar y hablar acerca de ésta y no acerca de la de algunos parásitos. Esa verdad ha sido siempre verdad, como $2 \times 2 = 4$, pero yo no la había reconocido porque, reconociendo que $2 \times 2 = 4$, debería reconocer que yo no era un buen hombre. Y para mí era más importante y necesario sentir que yo era un buen hombre que admitir que $2 \times 2 = 4$. Pero comencé a amar a la gente buena y a detestarme a mí mismo, y reconocí la verdad. Ahora todo estaba claro para mí ¹².

¹¹ Ib. cap. 10.

¹² Ib. cap 11

Recordé que solo vivía en los momentos en que creía en Dios. Ahora, exactamente igual que antes, me decía: para que yo viva me basta con saber que Él existe; me bastaría olvidarlo, dejar de creer en Él, para morir. ¿Qué son esos renacimientos y esas agonías? Está claro que no vivo cuando pierdo la fe en Su existencia; y que me habría matado hace mucho tiempo si no tuviera la vaga esperanza de encontrarle. Sólo vivo verdaderamente cuando le siento y le busco. “Entonces, ¿qué sigo buscando todavía?”, gritaba una voz dentro de mí. A Él, a Aquel sin el cual es imposible vivir. Conocer a Dios y vivir son la misma cosa: Él es la vida.

Y con más fuerza que nunca una luz brilló dentro de mí y alrededor de mí, y esa luz no me ha abandonado desde entonces. Y de ese modo me salvé del suicidio. Sería incapaz de decir cuándo y cómo se produjo esa transformación en mí. De la misma manera gradual e imperceptible que la fuerza de la vida se había ido destruyendo en mí, conduciéndome a la imposibilidad de vivir, a la necesidad del suicidio, recuperé la fuerza de la vida. Y lo extraño es que la fuerza de la vida que volvía a mí no era nueva, sino la más antigua; era la misma fuerza que me había guiado al principio de mi existencia. En esencia volví a las cosas que habían formado parte de mi infancia y de mi juventud. Volví a la fe en aquella voluntad que me había engendrado y que quería algo de mí; volví a la idea de que el principal y único objetivo de mi vida era ser mejor, es decir, vivir conforme a esa voluntad. Volví a la convicción de que podía encontrar la expresión de esa voluntad en lo que la humanidad había elaborado hacía mucho tiempo para su propia guía. En otras palabras, volví a la fe en Dios, en el perfeccionamiento moral, y a aquella tradición que le había dado un sentido a la existencia. La única diferencia era que antes había aceptado todo eso inconscientemente, mientras que ahora sabía que no podía vivir sin ello ¹³.

LEÓN BLOY (1846-1917)

El padre de León Bloy era masón y detestaba a la Iglesia católica y sacerdotes; y estas ideas contrarias a Dios y a la religión las recibió León Bloy de su padre. Su madre, que era muy religiosa, consiguió que fuera a estudiar a los *Hermanos de la Doctrina cristiana*, que también daban catecismo. Allí hizo la primera comunión sin malicia y sin amor.

A los 18 años partió a París. Su padre le había encontrado una plaza de ayudante de arquitecto en la estación de Austerlitz. Pero León hubiera querido ser pintor, poeta, escritor o algo así. La religión ya no la practicaba. Era en la

¹³ Ib. cap. 12.

práctica un ateo más y en París adquirió malos hábitos: pereza, despilfarro, aventuras con mujeres. No tenía sentido del pecado.

Se hizo socialista y sentía un anticlericalismo violento con un odio profundo a la Iglesia, en la cual veía la fuente de todas las injusticias y abusos. El refiere: *Yo perdí la fe muy pronto. La furia extrema de las pasiones nacientes lo había dominado todo. Pasaron varios años así, durante los cuales el orgullo, la sensualidad, la pereza, la envidia, el desprecio y el odio se acumularon en mí. Hubo un momento en que el odio a Jesús y a la Iglesia llegó a ser muy fuerte*¹⁴.

Se hizo amigo de Barbey d'Aurevilly. Él, aunque no era ningún santo, iba a misa los domingos y tenía fe. Con su ayuda, ejemplo y explicaciones de la fe, Bloy comenzó a darse cuenta de que tenía muchos prejuicios contra la Iglesia y la religión. Después de un año de conversar con d'Aurevilly, dio el paso definitivo y el día 19 de junio de 1869 se confesó y regresó firmemente a la Iglesia, que había abandonado muchos años antes. Quiso entrar en una Orden religiosa y concretamente en los benedictinos, pero encontró a Ana Warfa Roulé, que había sido una mujer pública. Hizo esfuerzos para librarse de ella, pero tenía caídas y recaídas. Por fin, Ana María se convirtió en una fervorosa católica y le ayudó en su fe.

En 1882 ella enloqueció y fue internada para el resto de su vida. Bloy se creyó abandonado de Dios. Se refugió un tiempo en la Cartuja, donde fue acogido por los religiosos, que le desaconsejaban esa vida y lo animaban a ser un escritor combativo y luchador por el bien de la Iglesia.

Se hizo escritor, aunque era muy criticado por sus métodos rudos y palabras groseras. Felizmente para él, encontró un día la danesa Juana Molbech, que se enamoró de él. Ella era luterana. Se hizo católica y fue una gran ayuda para él en sus momentos de tristeza. Comenzó a ir a misa todos los días con ella y comulgaban juntos. Como escritor, se ganaba la vida con las justas, apenas ganaba para él, su esposa y sus cuatro hijos.

En su libro *El mendigo ingrato* (Ed. Mundo moderno, Buenos Aires, 1895) afirma: *Tengo el honor de ser el escritor más temido y en consecuencia más calumniado de nuestro tiempo*¹⁵.

Es necesario rezar. Todo lo demás es vano y estúpido. Es necesario rezar para poder soportar todo el horror de este mundo, es necesario rezar para ser

¹⁴ Lelotte, *Convertidos del siglo XX*, Studium, Madrid, 1961, p. 194.

¹⁵ Ib. p. 88.

puro, es necesario rezar para tener la fuerza que nos permita esperar ¹⁶. *No existe el azar, porque el azar es la providencia de los imbéciles* ¹⁷.

No hay más que una tristeza, la de no ser santos. Para las gentes del vecindario somos (yo y mi esposa) de los que van a misa, como si dijeran: los que han estado en la cárcel (24-7-1914).

Es terrible vivir en una época tan renegada en que no es posible hallar un santo, no digo un hombre santo, sino un santo que cure enfermos y resucite muertos y al que pudiera preguntar qué es lo que espera Dios de mí y qué es lo que debo hacer.

Bloy era fanático de la Biblia y la conocía bien. Era un católico extremista y exageraba su catolicismo militante. A veces era intransigente en sus críticas incluso a sacerdotes e insultaba con palabras groseras a los que le eran contrarios. Admiraba a santa Juana de Arco, Napoleón, Cristóbal Colón..., pero tenía rechazo a los ricos. Era antisemita y, sin embargo, decía: *No olvido que María era judía, que Cristo era judío, ni de que los judíos son nuestros hermanos. Pero afirmaba que el pueblo de Israel había sido deicida.*

Influyó en que muchos se hicieran católicos con sus críticas y también con sus ideas de rectitud, a veces exageradas sobre cómo vivir la fe de verdad sin medias tintas. Fueron ahijados espirituales suyos, pues influyó mucho en su conversión: Jacques Maritain y Van der Meer.

Murió el 2 de noviembre de 1917, a los 71 años, habiendo iluminado la vida de muchos contemporáneos con su vida y sus escritos.

CARLOS DE FOUCAULD (1858-1916)

Carlos de Foucauld nació en Estrasburgo, la capital de la Alsacia francesa, cerca del Rhin, el 15 de septiembre de 1858.

Mayor de dos hermanos (su hermana María nacería tres años después), vivió una infancia accidentada. Era hijo de familia aristocrática, con muchos medios económicos; pero pronto conoció la desgracia, al quedarse huérfano de padre y madre. Tenía tan sólo cinco años.

¹⁶ Ib. p. 106.

¹⁷ Ib. p. 108.

La tutela de los niños pasó al bondadoso abuelo, que rodeaba a sus nietos de cariño, pero también les consentía toda clase de caprichos. Sobre todo, a Carlos, cuyo semblante y vivacidad le recordaba constantemente a su hija. De ello se aprovechaba el muchacho, que conseguía del abuelo todo lo que quería.

A los diez años, Carlos se matriculó en el liceo de Estrasburgo. Sus profesores lo describían como un alumno inteligente y estudioso. La muerte de sus padres había dejado honda huella en él, por lo que también se mostraba replegado, introvertido y taciturno.

Además del hogar del abuelo, Carlos frecuentaba la casa de la hermana de su padre, la señora Inés Moitessier. Sobre todo, en vacaciones. Su tía tenía una hermosa finca en Louye, cerca de Evreux, y allí Carlos conversaba con su prima, María Moitessier, nueve años mayor que él...

María Moitessier llegó a ser una mujer excepcional, muy cristiana, que supo estar siempre cerca de Carlos, tanto en sus años de extravío como, posteriormente, en los de vida religiosa.

Cuando estalló la guerra de 1870, Carlos tenía doce años. El abuelo Morlet huyó, llevándose a sus nietos, primero a Rennes, y de allí a Suiza.

*Concluyó la guerra y el abuelo Morlet fijó su residencia en Nancy. Allí continuaría sus estudios el jovencito Carlos. Y allí hizo su primera comunión, unida a la confirmación, en abril de 1872. Fue aquel un día grande para toda la familia. Se sintió valorado y querido. Su prima llegó de París y el mejor regalo se lo hizo ella: un libro de Bossuet, *Élévations sur les Mystères*, por el que siempre Foucauld tendría gran aprecio.*

Con catorce años, Carlos, que cursaba ya quinto, leía todo lo que caía en sus manos. Su cultura se iba ampliando; pero, tal vez por falta de orientación y acompañamiento, su fe también iba naufragando. El ambiente social, escéptico e irreligioso, nada le ayudaba. Por otra parte, le asaltaban toda clase de dudas, y así fue como terminó por caer en la increencia más absoluta. La fe de los suyos ya no le servía.

A uno de sus amigos más íntimos, el geógrafo y explorador Henri Duveyrier, le resumiría así, en una carta escrita el 21-2-1892, su situación religiosa: Fui educado cristianamente pero desde la edad de 15 ó 16 años toda fe había desaparecido en mí. Las lecturas, de las que tenía avidez, habían hecho esta obra en mí; no me alineaba con ninguna doctrina filosófica. Al no encontrar ninguna suficientemente fundada, me quedé en la duda total, alejado

especialmente de la fe católica, varios de cuyos dogmas, a mi entender, chocaban con la razón.

En resumen, el joven Carlos respetaba la fe de sus mayores, pero a él no le servía. Se lo decía, en 1901 a un amigo y confidente, el oficial Henry de Castries: “Henry, durante doce años he vivido sin fe alguna”¹⁸. Así fue como Dios llegó a desaparecer totalmente del horizonte de su vida. El nombre de Dios nada decía ya al joven Carlos de Foucauld.

Sus años jóvenes transcurrían entre juergas y placeres. Apareció el egoísmo. Aprendió a aprovecharse de todo y de todos. La diosa fortuna le trataba bien. Poseía dinero, salud y hasta un título, el de vizconde.

Cuando Carlos llegó a la edad de veinte años, decidió, al morir su abuelo (3 de febrero de 1878), emanciparse de los suyos. Era verdad que, con la muerte del señor Monet, Carlos se sentía más solo. Pero también era verdad que había heredado mucho dinero, y se encontraba con menos trabas, lejos de los familiares reproches, para lanzarse a una vida de desenfreno.

Dos años antes de la muerte del señor Morlet, en junio de 1876, Foucauld se presentó a un examen escrito, para entrar en la célebre Academia de Oficiales de Saint-Cyr, fundada nada menos que por Napoleón I. Entre cuatrocientos doce alumnos, aprobó con el número ochenta y dos. Así fue como, el 30 de octubre, ingresó en la Academia de Saint-Cyr. Había cumplido dieciocho años.

El 1 de octubre de 1878, el joven Foucauld inauguró su segundo año en Saint-Cyr con los galones de subteniente. No permanecería más tiempo allí. Todo estaba a punto para un traslado. Y este llegó el 15 de noviembre de aquel mismo año, fecha en la que ingresó en la Escuela de Caballería de Saumur, en el departamento de Maine y Loira (Oeste de Francia), a orillas del río Loira.

Si, en Saint-Cyr, con frecuencia era arrestado (habitación descuidada, pantalón sucio, pelo demasiado largo) ahora, en la Escuela de Caballería de Saumur, los problemas le venían del lado de la conducta, no tanto del atuendo externo. En el aspecto externo no había problemas. El joven Carlos se esmeraba: alta peluquería, sastres escogidos, lujosos zapatos. Otras eran las dificultades: el desenfreno, el derroche, las amistadas equívocas. Cuando jugaba, apostaba fuerte. Sus propinas entre los camareros eran celebradas y disputadas. Corría el dinero por sus manos...

¹⁸ Carta del 14-8-1901.

Nada tiene de extraño que, encumbrado en este tren de vida, al joven vizconde le pesara, cada vez más, la milicia, la disciplina y monotonía de las marchas. Así que buscó una salida fácil y la encontró en la organización de una fiesta tras otra. En una inspección, llevada a cabo un año después de su llegada a Saumur, en octubre de 1879, el comandante segundo de la Escuela anotaba en su cuaderno: “Espíritu poco militar; no tiene en grado suficiente el sentimiento del deber...” Por su parte, el inspector general certificaba: “Tiene distinción; ha sido bien educado. Pero tiene la cabeza ligera, y no piensa más que en divertirse”.

El año 1880 transcurrió para Foucauld en su nuevo destino: el 4º Regimiento de húsares, cuya guarnición ocupaba ostentosa y triunfalísticamente todo un pueblecito del Marne, llamado Sézane. Foucauld se aburría allí como una ostra. Se refugiaba en sus ya habituales fiestas, pero no entendía del todo lo que le ocurría: seguía vacío, triste, insatisfecho.

Buscando cambiar de aire y de paisaje, pidió el traslado y lo enviaron a Pont-à-Mousson. Pero, más de lo mismo: tedio militar y fiesta tras fiesta. No entraba en sus cálculos el matrimonio, y, en aras de la libertad o, más bien, del libertinaje, estaba dispuesto a pagar el precio de la soledad, que combatía, como podía, con juergas y excesos.

A finales de 1880 su Regimiento de húsares fue destinado a África: exactamente a Sétif, una de las ciudades de Argelia, en el departamento de Constantina. Foucauld cumplía, por entonces, 22 años.

Una mujer, una tal Mimí (de la que se sabe muy poco), le acompañaba de un sitio para otro. Sus superiores le recriminaban. Pero él no hacía ningún caso. Ello le acarreaba serios avisos y sanciones ininterrumpidas. “De noviembre de 1880 a enero de 1881 pasó la mayoría del tiempo en el calabozo”. Cuando cumplía sus arrestos y salía del encierro, le seguía acompañando siempre su amante. Llegó a hacer pública, en una fiesta, su unión con la joven Mimí.

Finalmente, cansados ya sus superiores de la indisciplina de Carlos, le dieron oficialmente la orden de separarse de esta mujer; pero él protestó diciendo que su vida privada nada tenía que ver con su servicio en el ejército. En marzo de 1881 le llegó una notificación: “Queda usted apartado del servicio militar por indisciplina, acompañada de notoria mala conducta”. Deseoso de libertad e independencia, abominando de la disciplina del ejército, regresó a Francia, y se llevó con él a su querida Mimí. Se instalaron en la hermosa villa de Évian-les-Bains, en la orilla sur del lado de Ginebra. Un verdadero paraíso para turistas adinerados.

En mayo de 1881 tuvo lugar la insurrección de Bou Amama, en el sur de Orán. Informado del lance, al joven Foucauld le ardía por dentro el sentimiento de aventura. Por fin, ocurría algo excitante, más allá de lo ordinario y tedioso de la vida diaria. Sus antiguos compañeros luchaban con bravura. ¿Qué hacía él en Évian, lejos de toda responsabilidad?

Sin pensarlo demasiado, abandonó a su muchacha, llegó a París, se dirigió al ministerio de la guerra y, decidido, solicitó ser readmitido de nuevo en el ejército de caballería. No le importaban las condiciones. Entraría, si era necesario, como soldado raso.

El 3 de junio de 1881 fue la fecha en la que regresó al ejército. Partió inmediatamente hacia Orán. De nuevo, la huida hacia delante. Tal vez, el deseo de grandeza, la estima propia, la necesidad de rehabilitarse ante familiares y amigos. Y lo mismo que anteriormente se había entregado al disfrute y a los placeres de la vida, ahora se lanzaba a la conquista de la fama y del buen nombre. Dice Jean François Six que Foucauld se arrojó a la campaña del Orensado con la misma intensidad que anteriormente se había lanzado a los placeres. Con la misma embriaguez¹⁹.

Su amigo Laperrine, que le conocía bien, escribía: “En medio de los peligros y privaciones de las columnas expedicionarias, este erudito jaranero se revela un soldado y un jefe. Soportando alegremente las más duras pruebas, exponiendo constantemente su persona, preocupándose con abnegación de sus hombres, era la admiración del regimiento y de los veteranos”²⁰.

La expedición que el ejército llevó a cabo en Orán, duró diez meses. Después, el soldado Foucauld fue destinado a Máscara. Ya en ese tiempo le gustaban las costumbres árabes y empezó a estudiar su lengua. En 1862 descubrió su vocación de aventurero y se planteó explorar desiertos y montañas de Marruecos. Allí mismo, en Máscara, decidió darse de baja del ejército el 28 de enero de 1882. El 10 de marzo le aceptaron su dimisión.

Comenzó sus preparativos para explorar Marruecos, que era un país peligroso y un tanto enigmático. Tenía 25 años cuando partió de Argel el 30 de junio de 1883 hacia Marruecos. Hizo su viaje sin ayuda del gobierno, a costa suya, disfrazado de judío, a pesar de que los árabes tenían prejuicios contra los judíos. Así estuvo 11 meses afrontando el riesgo de ser descubierto y de morir asesinado. Una aventura arriesgada. Valió la pena por sus descubrimientos que le merecieron la primera medalla de oro de la Sociedad de Geografía.

¹⁹ Six J. F., *Itinerario espiritual*, Herder, Barcelona, 1978, p. 33.

²⁰ *Ibidem*.

En marzo de 1885 estaba en Argelia y exploró algunos lugares. En noviembre, con un destacamento militar, se dirigió a *El Golea*, un oasis que dista de Argel más de 1.000 Kms. Allí instaló un palomar de palomas mensajeras. A comienzos de 1886 estaba en *Gabes* de donde fue a Francia. En París se instaló en un apartamento a lo árabe, vestía como ellos con una chilaba o túnica larga, y dormía en el suelo sobre una alfombra. Allí encontró a Dios. Allí, a fines de octubre de 1886, le esperaba Jesús con los brazos abiertos para regalarle el don inestimable de la fe y darle la verdadera alegría de la vida. Tenía entonces 28 años.

El padre Henri Huvelin (1838-1910) sería su director espiritual durante casi 25 años. Él con su vacío interior y su insatisfacción vital había repetido infinidad de veces la oración: *Dios mío, si existes haz que yo te conozca*. Y Dios le salió al encuentro. Un día fue a visitar al padre Huvelin y lo encontró en el confesonario. Le dijo claramente: *No vengo a confesarme, porque creo que no tengo fe. Le pido la bendición y que me facilite una buena instrucción religiosa. Deseo conocer la doctrina católica para conocer a Jesucristo*.

El padre Huvelin le habló durante un rato y, al final, viendo que tenía deseo de cambiar de vida, lo invitó a arrodillarse y le dio la absolución sacramental y lo envió a comulgar. Así nació de nuevo el antiguo pecador. Él anotó con claridad: *El padre Huvelin tuvo la amabilidad de responder a mis preguntas, tuvo paciencia de atenderme otras veces y me convencí de la verdad de la religión católica*. Él aseguró más tarde que, a la vez de su conversión, surgió en él la vocación a la vida religiosa. También aclaró que la lectura de libros de autores católicos le ayudó mucho en su convencimiento.

Se hacía este razonamiento: *Si Dios existe, debe llenar de sentido toda mi vida. Debe mostrarme su voluntad y yo debo entregarme sin reservas a él*. Por eso manifestó: *Cuando comprendí que Dios existía, me di cuenta de que no podía hacer otra cosa que vivir para él*.

Quería entrar en una Orden en la que encontrase la más exacta imitación de Jesús, y le pareció que la mejor podía ser la de los trapenses²¹. Antes de entrar por indicación del padre Huvelin, hizo un viaje a Tierra Santa. Regresó a Francia y decidió con ayuda del padre Huvelin entrar en la Trapa de Nuestra Señora de las Nieves de Ardeche, que tenía una filial en Cheikhle, en Siria. Este iba a ser su lugar, un monasterio pobre, alejado de su familia, de su patria y de todo lo que le recordaba los extravíos de su vida pasada.

²¹ Foucauld, *Lettres a Henry de Castries*, Paris, 1938, pp. 96-97.

Pasó siete años de vida cisterciense en la Trapa, pero descubrió que no era ese el sitio que buscaba. Entonces fue cuando sintió el deseo de fundar una Congregación conforme a sus deseos de vida semejante a la de Jesús. El padre Huvelin le aconsejó esperar y tener prudencia. Él, mientras tanto, escribió el proyecto de lo que sería su Congregación, a la que llamaría *Ermitaños del Corazón de Jesús*.

Antes de dejar la Trapa, donde se llamaba *hermano María Alberico*, recibió una carta del padre general en la que le pedía que antes de salir estudiara dos años teología en las universidades de Roma. Tenía 38 años y estudiaba con sus compañeros de 22. Él dice: *Era viejo, ignorante, sin hábito de estudios de latín, me costaba mucho seguir las clases. Y añadía: Seré un asno en teología como en todo*²².

En enero de 1897 recibió el permiso para salir de la Trapa. El 24 de febrero llegó a Jaffa en Palestina. El 10 de marzo se convirtió en el mandadero de las hermanas clarisas de Nazaret. Las monjas lo recibieron sabiendo quién era, aunque él creía que no lo sabían. El 8 de Julio de 1898 visitó las clarisas de Jerusalén y la abadesa le ofreció que se instalara con ellas y que allí podría recibir algunos compañeros. Renació en él el espíritu de fundador y aceptó. Redactó la nueva Regla, pero tuvo que regresar a Francia. El 23 de marzo de 1901 se ordenó de diácono y el 9 de junio de sacerdote en Viviers.

En su Regla insistía mucho en la palabra universal, que todos debían ser hermanos universales. Por eso, se le suele llamar a Carlos Foucauld *el hermano universal*. El 23 de octubre se fue a Argelia y se instaló en Beni Abbes, un pueblecito, encrucijada de caravanas, punto central entre Marruecos, Argelia y el Sahara; y allí creó una fraternidad, no lejos del poblado. En 1902 construyó una clausura y tenía tiempo para acoger a pobres y enfermos. Todas las personas de los contornos lo fueron conociendo y apreciando como un amigo de Dios, *el hermano de todos*. La capilla era pobre y pequeña y en ella se pasaba muchas horas del día y de la noche a solas con Jesús Eucaristía. También redactó una Regla para las hermanitas del Corazón de Jesús, la rama femenina.

El 3 de mayo de 1905 se instaló en Tamanrasset, un poblado en plena montaña en el corazón de Ahaggar. A su alrededor había unas 15 familias pobres. Allí vivió los últimos 11 años de su vida. Allí vivían los tuaregs. Estudió su lengua y escribió un diccionario tuareg-francés francés-tuareg. Allí, en su pobre cabaña, vivía, dedicado casi exclusivamente a la oración, especialmente ante Jesús sacramentado. Vivía prácticamente solo.

²² *Ibidem*.

De febrero a marzo de 1908 tuvo una grave enfermedad y eso le hizo sentir el deseo apremiante de fundar cuanto antes la deseada Congregación. El 6 de marzo, Monseñor Bonnet, el obispo del lugar, aprobó los estatutos de la Unión de hermanos y hermanas del Corazón de Jesús (laicos evangelizadores). Hizo algunos viajes a Francia para buscar compañeros. El 28 de abril de 1912 fue buscando apoyo y consejo para su fundación.

El 13 de diciembre de 1914 renovó su testamento: *Deseo ser enterrado en el mismo lugar en que muera y reposar allí hasta la Resurrección. Prohíbo que se transporte mi cuerpo y se lo lleven del lugar donde el buen Dios me haya hecho acabar mi peregrinación: Entierro muy sencillo, sin ataúd. Tumba muy sencilla, sin monumento, rematada con una cruz de madera* ²³.

El año 1915 comenzó con problemas para el hermano Carlos. Un ataque de escorbuto lo postró en cama. Le dolía mucho la cabeza, respiraba mal y le venían golpes de fiebre casi a diario. Se recuperó, pero entonces se dio cuenta de que había otros problemas graves en la región. Había grupos armados que amenazaban por todas partes. Recordemos que era tiempo de guerra en Europa. Él construyó un pequeño fortín para almacenar algunos víveres y para que pudiera servir de refugio a los nativos en caso de ataques.

El 1 de diciembre de 1916, al ocaso del sol, estaba el hermano Carlos solo en su casa. Oyó que alguien lo llamaba por su nombre. Era uno de sus amigos tuaregs. Le decía: *Ha llegado el correo. Salga a recogerlo*. Era la señal convenida. Los bandidos con algunos tuaregs disidentes habían rodeado la casa. Al salir lo maniataron. Entraron en la casa para saquearla. En un momento dado, alguien gritó: *Llegan los meharistas del Fort Motylinski*. El joven que custodiaba al hermano Carlos le disparó. La bala le entró por la oreja derecha y le salió por el ojo izquierdo. Tenía 58 años.

A su muerte, los hermanos y hermanas del Sagrado Corazón eran 49. En 1924, la Unión de hermanos se convirtió en Asociación Charles de Foucauld. En la actualidad 10 Congregaciones religiosas y 9 Asociaciones de vida cristiana se inspiran en la espiritualidad del padre de Foucauld. Trató de ser un hermano universal, un testigo del amor de Dios para todas las gentes.

El milagro aprobado para su canonización fue la supervivencia sin secuelas de un joven carpintero francés de 21 años, que cayó de 15 metros desde un andamio de una iglesia, pese a sus heridas graves. Esto sucedió el 30 de noviembre de 2016 en Saumur (Francia). Había sido beatificado por el Papa Benedicto XVI el 13 de noviembre de 2005 y el Papa Francisco aprobó su

²³ Seix, *Vida de Charles de Foucauld*, pp. 287-288.

canonización. Es famosa su oración del abandono: *Padre mío, me abandono a Ti. Haz de mí lo que Tú quieras, sea lo que sea lo aceptó todo y te doy gracias, con tal que tú voluntad se cumpla en mí y en todas las criaturas. No deseo nada más, Padre. Pongo mi vida en tus manos. Te la doy con todo el amor de mi corazón, porque te amo y confío en ti, porque tú eres mi Padre.*

FÉLIX LESEUR (1861-1950)

Fue un famoso periodista y político francés, ateo y antirreligioso. Nació en Reims el 22 de marzo de 1861. A los 27 años se casó con Elisabeth Arrighi de 23. Los dos eran de familia rica y tenían una gran cultura. Él desde muy joven empezó a leer escritores ateos franceses como Renán, Voltaire y otros que le convencieron de que Dios no existía y que la religión era fanatismo, ignorancia y superstición.

En 1891 con 30 años comenzó a trabajar en el periódico *El Conservador*. En 1894 formaba parte del Consejo de administración de este periódico anticlerical. Su esposa era ferviente católica y antes del matrimonio él se había comprometido a dejarle libertad para practicar su religión. Pero se sentía irritado de verla cumplir las prácticas religiosas y la atacaba tratando de convencerla de que su fe era ignorancia y necedad. Elisabeth callaba para evitar peleas familiares, pero rezaba mucho al Señor por su esposo. Ellos, a pesar de sus diferencias, se querían mucho y ella ofreció a Dios sus varias enfermedades y dolores por la salvación de su esposo y que recuperara la fe. Cuando en los últimos años de vida le vino un cáncer al seno, ella ofreció sus dolores especialmente por su esposo.

Dios le concedió la gracia de conocer proféticamente que después de su muerte, él recuperaría la fe y se haría religioso y sacerdote. Elisabeth murió el 3 de mayo de 1914 con 48 años. En 1912, dos años antes de su muerte, ella le había profetizado con seguridad: *Yo moriré antes que tú. Cuando esté muerta, tú te convertirás y cuando estés convertido, te harás religioso. Tú serás el padre Leseur.*

Veamos el relato de su conversión: *Un día Félix fue con un amigo a Paray-le-Monial y sintió ahí la presencia de Elisabeth, ya difunta. Refiere: Tuve la percepción precisa de su presencia*²⁴.

El 3 de agosto de 1914 se declaró la primera guerra mundial. Félix no fue movilizado. Tenía 53 años, pero tuvo que estar al frente de El Conservador

²⁴ Ib. p. 255.

donde reencontró su oficina después de varios años de ausencia. Cuando el ejército alemán invadió Francia desde Bélgica y llegó a 40 kilómetros de París comenzó un largo éxodo de parisinos que salían de París y llenaban todos los caminos de salida.

Los responsables del periódico “El Conservador” ante la amenaza de la invasión alemana le encomendaron a Félix los fondos monetarios de la compañía. Félix debía ir a Bordeaux por ser una ciudad más segura y donde se había refugiado el gobierno. Allí debía dejar una gruesa cantidad de plata dejada en depósito por los accionistas y también los títulos al portador guardados en cofres de la compañía. Era una cantidad considerable que debía llevar de modo discreto en una valija de mano. La compañía no podía traicionar la confianza de los clientes ni ponerse en riesgo de perder la plata que les habían confiado.

Los trenes iban llenos y era demasiado peligroso transportar tal cantidad de plata. Era indispensable tomar un taxi que la compañía le había reservado para esa delicada misión. Lo que nadie había previsto es que todos los taxis de París habían sido requisados por el mariscal Joffre para transportar las tropas al frente del Marne. Imposible viajar en taxi. Se debía conseguir un alquiler privado para suplir la falta de taxis. Félix consiguió primero un permiso de circulación, consiguió un alquiler que le habían recomendado para el 31 de agosto a las 7 a.m. Él preparó con sumo cuidado su gruesa valija en la que llevaba los títulos y los billetes de banco y además el Journal de Elisabeth del que no quería separarse.

Cuando el día y hora señalada se presentó al lugar convenido, le dijeron que no había ningún vehículo disponible. Todos los vehículos habían sido tomados al asalto por la gente para salir de París. Quedaba la única solución: el tren, pero todas las estaciones estaban atestadas de gente y todos los trenes iban llenos. Comprendió que la situación era extremadamente grave y angustiado ante la imposibilidad de no poder cumplir su misión, tan importante para la compañía, no sabiendo qué hacer, pensó en Elisabeth que siempre le había ayudado a solucionar situaciones difíciles y le pidió ayuda.

Estaba discutiendo con un señor para encontrar solución cuando se presentó un desconocido que oyó la conversación, que le anunció que él viajaba justo en pocos minutos a Bordeaux en un vehículo que un amigo le había prestado con chofer incluido y disponía de un lugar para él y su gruesa valija. Parecía un milagro.

Apenas a pocos kms. de salir de París parecía que el viaje iba a ser imposible. Había miles y miles de parisinos a pie o en vehículos en las

carreteras. El pánico de las personas era evidente. Hasta Orleans ellos pudieron sortear una inmensa columna humana desorganizada. Al llegar a Vierzon el chofer renunció a seguir adelante y los dejó en la estación del tren. Por suerte un tren salía para Bordeaux a medianoche. La espera fue larga y cuando llegó el tren observó que estaba lleno. La gente llenaba los compartimentos y corredores, llenos de pasajeros de pie, sentados o acostados en el suelo. Era imposible avanzar. Por fin pudo conseguir un pequeño sitio en el vagón de equipajes cuando ya el tren estaba por salir. En un rincón había un grueso baúl en el que pudo sentarse. Él se aferró a su valija teniéndola sujeta sobre las rodillas, pues no se atrevía a ponerla en el suelo.

El pensó en ese momento en tantos soldados heridos que llegaban del frente, en el desastre de Francia y en su soledad de viudo y tuvo ganas de llorar. Sacudido por los movimientos del tren sintió una gran tristeza interior, pensó en Elisabeth. Para su sorpresa él sintió una vez más con fuerza la presencia de Elisabeth cerca de él. Y oyó en lo profundo de su corazón su voz: Si tú has podido dejar París de una manera tan inesperada, no creas que sea para salvaguardar los intereses materiales que te han sido confiados. Esto era necesario para que te sea posible ir a Lourdes, donde Dios te espera. Lourdes es el verdadero término de tu viaje. Tú debes ir a Lourdes, vete a Lourdes.

Él quedó sorprendido y se preguntaba si estaba dormido. Él pensó que esas palabras interiores no eran serias, que eran una simple impresión de un pobre viudo triste que no podía superar el duelo y trató de no pensar más en ello, pero otra vez se repitieron esas palabras en el fondo del alma: Tú debes ir a Lourdes, tú debes ir a Lourdes. Por fin entendió que era la voz de Elisabeth y respondió en voz alta: Sí, te prometo que iré a Lourdes.

Al llegar a Bordeaux, no podía encontrar alojamiento pues por todas partes había refugiados desamparados. Durante tres semanas tuvo que negociar con los ministerios a la vez presentes y desorganizados, encontrar personalidades parisinas y tener citas para conseguir su meta. En sus tiempos libres iba a las iglesias a rezar, especialmente a dos: la iglesia de la Santa Cruz y la de San Seurin. Allí se pasaba largas horas en silencio. Por fin en septiembre pudo poner la plata de "El Conservador", sentir la satisfacción de la misión cumplida y poder regresar a París.

El nos dice: Solo a principios de octubre me fue posible ir a Lourdes, Llegué adonde Dios me esperaba. No era el Lourdes animado por la multitud de peregrinos, ahora estaba casi vacío, un lugar propicio para la piedad individual. Yo estaba completamente solo, no hablaba con nadie, me aislaba lo más posible. Durante la semana entera que pase en esta santa ciudad viví en el más absoluto

recogimiento. Pero yo me sentía acompañado por Elisabeth aunque invisible. Ella me dirigía y me conducía a Dios...

Una mañana en la gruta al día siguiente de mi llegada fui súbitamente conquistado. Mi voluntad fue dominada por una voluntad todopoderosa y exterior a mí. Era la acción misteriosa e irresistible de la gracia. Caí de rodillas, movido por esta fuerza superior y me puse a rezar de todo corazón, suplicando a la Virgen María que pidiera a su divino Hijo que me perdonara, que me diera la fe y me tomara para sí. Yo había sido vencido y cada día renovaba esta petición... Elisabeth me dirigió también a Lourdes en 1918 donde paseé dos meses para madurar mi vocación religiosa que debía llevarme a la Orden de predicadores ²⁵. Estos datos los escribió también Félix Leseur en su libro Lourdes ciudad santa ²⁶.

Cuando regresó a París se sentía otro hombre. Sentía la necesidad de ir regularmente a misa a Saint Pierre de Chaillot y leía cada día el Evangelio y el Journal de Elisabeth. También cada día que podía iba al cementerio para estar junto a la tumba de su esposa.

Un día su amigo Gabriel Thomas le saca una cita con el padre Janvier, dominico, para un martes a las 10 a.m. El padre le aclaró muchas dudas sobre la religión que golpeaban todavía su mente. Tuvo muchos encuentros posteriores y poco a poco se aclaró y su fe se fue afirmando más y más hasta que llegó el día de la confesión y comunión. Él se acordaba de la frase de Elisabeth: "Tú vendrás a encontrarme, yo lo sé".

Un día estaba esperando al metro en un banco de la estación de Marbeuf para ir al cementerio y sintió de nuevo la presencia de Elisabeth. Durante todo el trayecto él piensa en ella y, cuando llegó a su tumba, la luz se hizo presente con claridad en su alma. Él tenía certeza de la fe que esperaba desde hacía mucho tiempo. Sin dudar decidió ir a comulgar al día siguiente y poner su vida definitivamente al servicio de Dios.

El padre Janvier le anima a pertenecer a la Tercera Orden dominica, es decir a ser terciario dominico. El día de Pentecostés de 1915 toma el hábito blanco de la Tercera Orden dominica. Al año hace la profesión como terciario dominico. Un día le manifiesta al padre Janvier su deseo de pertenecer a la Orden dominica como religioso y no solo como seglar en la tercera Orden. Él se lo desaconseja, pero después de varias conversaciones y viendo su seriedad en su proyecto lo toma en serio y le habla al provincial. El padre Janvier le invita a

²⁵ Chovelon Bernadette, *Elisabeth et Félix Leseur*, Ed. Artège, París, 2015, pp. 261-272

²⁶ Ed. L'arbaete y citado por L'abbe Gastón, *Lourdes*, Ed. Fleurus, 1958, pp. 101-108

ir Roma con él, que tiene que dar Ejercicios espirituales a los estudiantes de la universidad Angelicum de los dominicos. Allí conoce al padre Garrigou Lagrange y otros famosos profesores dominicos. Le obtiene una audiencia privada con el Papa Benedicto XV y asiste con el padre Janvier. Le entrega al Papa el Journal de Elisabeth y le dice que es terciario dominico. El Papa se alegra y le dice: “Yo también, somos hermanos”.

También le habla al Papa de su deseo de ser religioso dominico. El Papa se lo desaconseja, pero después de un rato al ver su seriedad en esto le dice que lo estudie con su director espiritual que lo conoce bien. Por fin el provincial lo acepta y va a cumplir su tiempo de noviciado a “La Quercia”, un monasterio italiano. Antes de su profesión y entrega total a la Orden, durante los meses de mayo y junio de 1918, fue a Lourdes. Él dirá: “Elisabeth me llevó a Lourdes en 1918, donde fui a madurar mi vocación religiosa y yo quedé como un hijo de nuestra Señora de Lourdes para siempre”²⁷.

El 23 de septiembre de 1920 termina el noviciado con su nuevo nombre de fray María Alberto y hace su profesión temporal por tres años. Después, por su conocimiento de la filosofía y su mucha cultura general, por excepción el Maestro general de la Orden le dispensa de los estudios de filosofía. Estudiará teología solo en su celda bajo la dirección de un teólogo de la Orden. El 23 de marzo de 1923 lo aceptan para que haga su profesión perpetua o solemne como fraile dominico y el 8 de septiembre de este mismo año 1923 recibe la ordenación sacerdotal de manos del obispo de Lille en esta ciudad (Francia) en la iglesia de san Mauricio.

El padre Janvier había fundado al fin de la primera gran guerra una revista “Les nouvelles religieuses” y lo nombra redactor, responsable de la revista en cuyo puesto estará 10 años. Mucho de su tiempo libre lo dedicará a dar conferencias sobre la vida de su esposa Elisabeth, a quien muchos conocen ya por sus escritos. Él se preocupará también de comenzar su proceso de beatificación. Otro de sus trabajos sacerdotales es celebrar la misa todos los días como capellán de las religiosas de Clichy y confesar en tres monasterios.

Murió el 25 de febrero de 1950. La obra que el Señor había proyectado para él se había cumplido. Tenía 36 años de viudo y 30 de sacerdote. Fue enterrado en el cementerio de las hermanas dominicas, lejos de la sepultura de su esposa, en presencia de su sobrino Leseur. El obispo de la diócesis de París en 1934 abrió la causa de beatificación de Elisabeth. Actualmente es sierva de Dios y esperamos que pronto sean aprobados algunos milagros realizados por su

²⁷ Elisabeth et Felix Leseur, o. c., p. 307.

intercesión para que en un día no lejano podamos verla en los altares para gloria de Dios y bien de los creyentes.

WILBRORDO VERKADE (1863-1946)

Nació en una familia calvinista holandesa. Su padre no quiso bautizarlo a él ni a su hermano gemelo. En su casa a veces se hablaba de Dios y de Jesucristo de modo frío e impreciso. A los 18 años se negó a bautizarse. Un día él con su hermano entraron por curiosidad en la catedral de Colonia. Tenía ya 21 años. Era el mes de agosto de 1884. En el coro había un grupo que cantaba a cuatro voces. Dice: *Recuerdo que se oyó una campanilla desde el coro. Se adelantó un sacerdote llevando alguna cosa. Iba precedido de un muchacho que balanceaba un incensario. Otros dos llevaban cirios. La campanilla se acercaba más y más hacia nosotros. Dije a mi hermano: “Ahora larguémonos”, y emprendimos la huida ante el Santísimo Sacramento.*

Pero en su corazón había un vacío que quería llenar. Nos dice: *Siempre la naturaleza ha ejercido en mí una influencia pacificadora y purificante. En la soledad y el silencio, el resplandor de la belleza que me rodeaba me hacía sentirme otro hombre* ²⁸.

Un día de lluvia pasó cerca del caballete de pintor, donde había colocado un gran paraguas para protegerse de la lluvia, un desconocido se acercó y le contó que, lleno de cólera, había hecho añicos el mobiliario del dueño de un cabaret. Quizás la policía lo estaba buscando. Y le dijo: *Dios castiga el mal ya en este mundo.* Verkade le respondió: *¿Cree usted que hay Dios?* El otro le contestó: *Cuando tenía 17 años dudé muchas veces, pero ahora estoy cierto de que hay un Dios.* Esto impresionó a Verkade.

Escribió: *Decidí apagar mi sed de verdad en la fuente misma de la Verdad. Leí y releí el Nuevo Testamento. Para mí fue claro: “Los evangelios amaban la verdad y querían decir la verdad. Cuando comparé lo que había leído con lo que se encuentra en el catecismo romano, tuve que confesar que concordaba el uno con el otro* ²⁹.

En Huelgoat asistió por primera vez a una misa. Al Santo, dice él, todos se arrodillaron: ¿Cómo? ¿Yo arrodillarme? Mi orgullo protestaba con todas sus fuerzas contra semejante humillación. Pero yo estaba allí en pie sobresaliendo entre todos; no podía hacer otra cosa y me arrodillé como los demás. Cuando

²⁸ Lelotte, *Convertidos del siglo XX*, Ed. Studium, Madrid, 1961, p. 90.

²⁹ Ib. p. 94.

*los hombres se levantaron, también yo me levanté. Pero, al levantarme, algo había cambiado en mí. Era ya católico a medias, pues mi orgullo se había quebrantado. Me había arrodillado... Después de unos meses de lucha interior, estando en el pueblecito de Saint-Nolff asistía con frecuencia a misa y leía el Nuevo Testamento. Pensaba: “Si me hago cristiano, entonces lo seré de verdad y de verdad para mí quiere decir ser católico”*³⁰.

Felizmente encontró en el padre Le Texier, un jesuita, encargado de predicar la misión en Saint-Nolff, un padre que le orientó en su paso a la Iglesia católica. El 26 de agosto de 1893 en la capilla de los jesuitas de Vennes, recibió el bautismo e hizo la primera comunión.

Quiso entrar primero en los Cartujos, pero después se decidió por los benedictinos de la abadía de Beuron, donde había un grupo de pintores, que, bajo la dirección del padre Desiderio Lenz, trabajaban desde hacía varios meses en el decorado de la abadía. Como él era pintor, se entusiasmó con esa idea de pintar y entró en el monasterio. Su nombre era fray Wilbrordo. El 20 de agosto de 1902 recibía la ordenación sacerdotal y después de la guerra de 1914 ocupó varios cargos importantes en la abadía como el de hospedero, para recibir a las personas que querían visitar el monasterio. Murió el 19 de julio de 1946, lleno de méritos y con la alegría de haber encontrado la paz y la vocación de su vida en ese monasterio benedictino.

EVA LAVALLIÈRE (1866-1929)

Su nombre auténtico era Eugène Marie Pasaline Fenoglio. Nació el 1 de abril de 1866 en Toulon (Francia). Fue bautizada el 8 de abril. Su padre, Emilio Luis Fenoglio, se casó en 1864 con su madre, Albania María Audonnet. Su padre era sastre y se dedicaba al juego y al alcohol, haciendo así desgraciada a toda la familia.

Eva fue criada por una nodriza campesina y, a veces, a falta de leche, le daban vino. Terminada la etapa de lactancia, fue devuelta a sus padres. Pero su hogar era un infierno. Su padre no sabía comportarse y pasaba mucho tiempo en el bar bebiendo y jugando y, cuando llegaba a casa, todo eran gritos y amenazas. Dice Eva: *Temblábamos todos como hojas, pero yo no me encontraba mejor en su ausencia. No me atrevía ni a moverme de mi sillita*³¹.

³⁰ *Convertidos del siglo XX*, vol I, o.c., pp. 93-94.

³¹ Englebert, *Vida y conversión de Eva Lavallière*, Buenos Aires, 1946, p. 17.

En su escuela le quitó a una compañera su peineta para evitar un castigo en su casa, porque la suya se había roto, pero la descubrieron y quedó con el título de ladrona. Un día su padre le pegó mucho a su madre y esta decidió irse con su hija a Perpignan. Su padre fue a buscarlas y se quedó en Perpignan, donde encontró trabajo en una sastrería.

En 1876 Eva retomó sus estudios en Perpignan y estuvo año y medio en la escuela del Buen Socorro, dirigido por tres distinguidas señoritas de la ciudad. Hizo su primera comunión el 20 de junio de 1878. Su madre le había preparado un vestido hermoso. Eva se sintió feliz, pero esta felicidad duró poco, porque en su casa había problemas entre sus padres.

En ocasiones se despertaba su espíritu teatral y ante familiares y amigos y vecinos hacía una especie de teatro, desempeñando distintos papeles; y todos la aplaudían. Tenía un raro don para desenvolverse con espontaneidad y alegría en el escenario.

Sus padres regresaron a Toulon, pero continuaron las peleas hasta que un día de 1882, madre e hija, cansadas de tantos problemas, decidieron huir de la casa y marcharse de nuevo a Perpignan. El papá fue a buscarlas y escribió una carta de reconciliación. Su madre quitó la denuncia hecha ante el fiscal.

Pero un día se desencadenó la ira del papá, sacó su revólver y le disparó dos balas a la mamá, que murió tres semanas después en el hospital, el 7 de abril de 1884. Su padre se había suicidado de un balazo. Quedó Eva huérfana y sola en la vida, pues su único hermano se había ido a la Marina. Unas religiosas, hermanas del Buen Pastor, que tenían niños huérfanos, la ayudaron, aunque nunca llegó a residir en su internado, sino en la casa de una tía en la misma ciudad de Perpignan.

Por estos problemas de su infancia desarrolló un carácter nervioso y reservado. Algunas noches tenía pesadillas. No estaba a gusto en casa de su tía y un día, en que la dejaron con la puerta cerrada, saltó por la ventana y fue a pedir ayuda a su tutor el señor Caffé, que tenía una residencia en Perpignan. De ahí se escapó a Marsella, donde vivía su abuelo materno, que se había vuelto a casar, pero su nueva esposa no la quería. De Marsella fue a Niza, pero una tía suya, que vivía allí, le cerró las puertas por ser la hija de un asesino. Un primo que vivía en el barrio antiguo de Niza y era zapatero la recibió, pero Eva no era allí feliz y se marchó. Pareciera que huía de todo el mundo, de algunos pretendientes, de los parientes, de su suerte.

Su vida era un vacío que nada la llenaba y no practicaba ninguna religión. Dios estaba ausente de su vida. Un amigo la presentó a una compañía de teatro.

Habló con el director de la compañía y fue recibida. Así descubrió su vocación de actriz y tomó el nombre de Eva Lavallière. Al principio solo hacía papeles secundarios, pero poco a poco fue reconocida su valía. Un día se le presentó el marqués de la Vall, que se ofreció a ser su protector como padre adoptivo. Él tenía mucho dinero y Eva aceptó, porque así tendría a alguien que se preocuparía por ella y la rodearía de atenciones, joyas y dinero.

Un buen día se escapó con su amiga Celestina, su ama de llaves, cogió el tren y se fue a París, donde conoció a un profesor de dicción que la introdujo en el fantástico mundo del gran teatro Varietés. Es aquí donde consiguió papeles importantes y su fama creció y pudo conseguir mucho dinero. Irradiaba alegría por doquier con sus grandes y fascinantes ojos oscuros, un encanto sin igual. Su peculiar gracejo en sus movimientos desarmaba a los hombres. Tuvo muchos pretendientes, pero no se casó con ninguno. Solamente Fernando Samuel, que en realidad se llamaba Fernando Louveau y era director de escena del teatro Varietés, le hizo sentirse querida y ella lo quería. Con él tuvo una hija, a la que colocó una cadenita de la Virgen al cuello y consiguió hacerla bautizar en Roma en la basílica de San Pedro. Fernando era artista y tenía mucha devoción a la Virgen. En sus giras siempre llevaba con él una imagen pequeña de la Virgen María.

En 1898 Eva descubrió que Fernando tenía otros amores y no le era fiel y se alejó de él. Con el tiempo se reconciliaron, pero ella nunca quiso volver a unirse a él.

El 8 de febrero de 1910 estuvo grave en la clínica privada de las hermanas de San Salvador de París. Estuvo cerca de la muerte y en esos momentos empezó a reflexionar sobre su fe perdida. La operaron y al día siguiente estaba muy grave. Dijo que quería tener una buena muerte y que era cristiana. Con la hermana Bautista se confió, contándole la historia de su vida y empezó a ir a la capilla con las religiosas de la clínica. Se estaba despertando en ella la fe, pero se recuperó totalmente y pronto se olvidó de sus buenas intenciones religiosas y volvió a su trabajo y a seguir en la vida anterior, olvidada de Dios. Sin embargo, en su interior había un vacío que no lograba llenar ni con el éxito ni con el dinero ni con los lujos conseguidos.

Esa soledad interior la llevó a intentar suicidarse tres veces, pero Dios velaba sus pasos. Otro suceso que le impactó mucho fue la muerte de Fernando Samuel, el único hombre al que ella había querido de verdad. Lloró y se sintió más sola. Por otra parte, su hija Juana la tenía muy preocupada. Vivía en París llevando una vida muy desarreglada con el dinero que le daba su madre. Además tenía un grave problema de definición de su sexo. En algunas oportunidades se vestía de hombre y decía que se llamaba Juan Samuel.

En 1915 conoció a una joven de 22 años de origen belga, Leona Delbec, que fue su compañera fiel hasta el día de su muerte. En 1917 en el mes de junio, fue su conversión. Había alquilado un castillo deshabitado en Chanceaux y fue a visitar al sacerdote Augusto Chasteigner, que era el administrador del inmueble por encargo del padre de las dos hijas del propietario, que había muerto recientemente y tenía a cargo las dos hijas menores herederas. Este sacerdote era un hombre sencillo y entregado totalmente al servicio de su pueblo. Acordaron en pagar 800 francos al mes y Eva y Leona comenzaron a arreglar el castillo y a vivir en él. Allí las dos empezaron a asistir a misa todos los domingos. Eva conversaba habitualmente con el sacerdote y le confió todos los sucesos principales de su vida, incluidas sus asistencias a sesiones espiritistas, invocaciones a Lucifer, etc.

Leona quiso hacer su primera comunión y Eva la animó. Eva la había hecho de niña. Leona se confesó con el sacerdote y Eva quiso ser la madrina y quiso también comulgar y también se confesó. Aquí comenzó la vuelta a Dios en serio y de por vida de Eva. Ella decía que su conversión real fue el 19 de junio de 1917. A partir de entonces, su vida cambió. Quiso vivir en simplicidad y sin lujos y renunciar a su propio interés y a su vanidad. Todas las mañanas las dos asistían a misa celebrada por su padrino, el cura de Chanceaux. Eva también decidió dejar el teatro definitivamente y, aunque le ofrecieron buenos papeles y mucho dinero, incluso algunos pretendientes la solicitaban para esposa, ella no cedió y quiso vivir enteramente entregada a Dios por el resto de su vida. Intentó entrar en varios conventos, pero, fuera por tener una hija que cuidar o por su pasado o por lo que fuera, ninguna Congregación la recibió. Solo fue recibida con Leona como terciaria franciscana.

Durante tres años vivieron en una casa alquilada en Lourdes cerca del santuario de la Virgen. Llevaban una vida austera. Se levantaban a los seis menos cuarto de la mañana. Rezaban mucho, visitaban la gruta de la Virgen y asistían a la misa y a la adoración del Santísimo. Durante el día leían algunos libros interesantes y trataban de hacer el bien a algunas personas de la casa en que vivían, que era un asilo para ancianas, dirigido por unas religiosas. Como tenía mucho dinero y recibía algunas remesas de antiguos protectores millonarios, distribuía el dinero para ayudar a conventos necesitados de religiosas o para reparar Iglesias o para gente necesitada.

En 1918 estuvo grave con problemas renales e inflamación del intestino. El diagnóstico era nefritis crónica aguda e incurable. Dios no la quería todavía consigo, no había terminado todavía su misión y se pudo curar de su enfermedad. Rezaba mucho por su hija que llevaba una mala vida.

Un acontecimiento importante en su vida fue conocer al obispo Monseñor Lemaitre, vicario apostólico del Sudán, que durante cinco años dirigió sus caminos como director espiritual. Él las tomó a las dos como hijas espirituales. Las animó a que fueran a Túnez como enfermeras y con la tarea de ayudar a las mujeres del lugar. El 19 de septiembre de 1920 Eva entró a formar parte de la tercera Orden franciscana con el nombre de *Eva María del Corazón de Jesús*.

Viajaron tres veces a Túnez, siguiendo los consejos de su director espiritual Monseñor Lemaitre. Al principio, vivieron en casa de las religiosas del cardenal Lavigerie y hacían algunas salidas a algunos lugares cercanos. Leona aprendió pronto el idioma, pero a Eva le resultó muy difícil. Hicieron de enfermeras y trataron de ayudar en la fundación de la Cofradía de enfermeras de Nuestra Señora de Cartago. Sin embargo, la salud de Eva no era buena y tuvo que permanecer en varias ocasiones algunos días en cama.

En 1924 Eva decidió ceder todos sus bienes a una obra misionera. Dirigió desde Túnez una carta al administrador de negocios, señor Marsal, gestor del dinero de Eva, quien envió a Eva 387.000 francos y un paquete de títulos. Eva vivía con una renta mensual de 2.500 francos. Ese mismo año 1924 tuvo que regresar a París. Su hija Juana estaba muy triste por ciertos acontecimientos. Vivían las tres juntas. Juana hacía trabajos manuales, cuidaba los enfermos y frecuentaba los sacramentos.

Eva sufrió mucho los últimos cinco años de su vida. Algunos malévolos indicaron que era adicta a las drogas. El doctor Crosjean tuvo que desmentir esta supuesta adicción a la morfina y dijo: *Afirmo haber tenido que calmar en varias ocasiones sus escrúpulos a ese respecto, ordenándole que se sometiera simple y dócilmente a mis prescripciones, que en su caso particular no podían dejar de incluir el empleo corriente de una dosis muy moderada de ese opiáceo*. Lo mismo tuvo que hacer el padre Gaffront suscribiendo el certificado del doctor Grosjean.

En el verano de 1928 fue a visitarla la baronesa Isabel de Galembert y la encontró acabada. Apenas podía caminar y Leona la llevaba casi como a un niño a la capilla o a otros lugares de la casa. En enero de 1929 el padre Chasteigner le administró el Viatico y la unción de los enfermos. El 10 de julio entró en agonía. Había recibido la absolución general de la tercera Orden franciscana. Encendieron un cirio y una señora del pueblo comenzó a recitar las letanías de los agonizantes. A las cinco de la mañana murió. Tenía 63 años. Su funeral fue sencillo, acompañada de la gente del pueblo. Fue enterrada junto al muro de la iglesia. Con el tiempo se puso un enrejado con una cruz de madera y la inscripción: *Eva Lavallière, 10 de julio de 1929*; y la frase de una penitente

egipcia: *Vos, que me habéis creado, tened piedad de mí.* Murió en la casa de Betania en Thuillières.

El Papa Juan Pablo II en 1996 la declaró sierva de Dios. Esperamos que sea canonizada para gloria de Dios y bien de las almas.

ADOLFO RETTÉ (1863-1930)

Adolfo Retté, *gran escritor, poeta y periodista, muy conocido en Francia en los primeros años del siglo XX. Él nos cuenta: Apenas llegado a la edad adulta, llegué a ser ateo convencido, un materialista militante. Me uní a los enemigos de la religión y tomé parte en todas sus acciones abominables. Desde los 18 años, comencé un período de locuras y desórdenes, de los cuales me horrorizo y reniego de todo corazón... En todas partes de Francia sembraba el odio a la iglesia católica e insultaba a Cristo, a quien llamaba, con desprecio, el galileo* ³².

*Me creía destinado a combatir a la Iglesia con todas mis fuerzas y procurar el bienestar material del pueblo. Andaba errante, sin brújula, en el laberinto de un oscuro subterráneo. No sabía absolutamente por dónde andaba*³³. *Acabe perdiendo mi fe en la idea del progreso y comenzaba a renegar de la ciencia, que se dice infalible. En cuanto a mi estado moral estaba en pleno desorden parecido al de una habitación abandonada por los obreros en plena mudanza. Era incapaz de practicar la paciencia y la resignación* ³⁴.

Vivía con una mujer de la que estaba enamorado y cuyos defectos me molestaban atrocemente: su flaco principal era mentir. Literalmente mentía cada vez que respiraba, muchas veces sin motivo y por solo el gusto de mentir. Esta perpetua mentira me exasperaba y producía escenas que no eran lo más a propósito para apaciguar mi pobre alma, tan agitada ³⁵. *Cada vez que me venía a la pluma el augusto nombre de Jesús, me creía obligado a evitarlo, sustituyéndolo con el mote de Galileo* ³⁶.

Aun la misma literatura comenzaba a fastidiarme. Lo dejaba todo para no leer más que algunos autores, mis favoritos desde tiempo atrás: Lucrecio, Dante, el “Fausto” de Goethe y sus “Entretenimientos” recogidos por Eckermann, el

³² Comastri Angelo, *Dov'è il tuo Dio?*, Ed. San Paolo, Milano, 2003, p. 12.

³³ Adolfo Retté, *Del diablo a Dios*, Ed. Gairmendia Aguirreche, Irún, 1908, pp. 68-69.

³⁴ *Ib.* p. 71.

³⁵ *Ib.* p. 73.

³⁶ *Ib.* p. 77.

teatro y los sonetos de Shakespeare, Baudelaire, Balzac y los versos de Víctor Hugo y alguno que otro de los contemporáneos ³⁷.

Un día me fui al bosque (cercano a la casa). Llevaba conmigo “La divina Comedia” y releía quizás por décima vez los primeros cantos del purgatorio... ¿Qué es lo que me sucedió entonces? Se me cayó el libro de las manos y tuve que apoyarme en el tronco de un haya. Estaba como ofuscado por una luz interior. Me pareció que se disipaban las nubes negras que oprimían mi alma. No sé qué intensa y dolorosa claridad me manifestó mis vicios, como sapos acurrucados en el fango de mi corazón. Un remordimiento a la vez que un gozo indecible embargaban mi alma. En aquel momento pronuncié las palabras: ¿Es posible que una inspiración, tan sublime, sea testimonio de la verdad? ¿Será posible que esta religión católica tan vilipendiada para mí, esté en lo cierto cuando afirma que un pecador arrepentido se hace digno de subir al cielo? ¿También yo podría lavarme de mis culpas y salvarme? ¿Será cierto que existe Dios? Oh, si Dios existiera, ¡qué suerte la mía! ³⁸.

Una aguda voz se levantó en mí (voz interior del demonio), diciéndome: Pobre iluso, ¿te vas a dejar cazar con esa liga? Todo eso es pura literatura. El catolicismo es solo una fábula apolillada. Y serías un tonto si no siguieras burlándote de él. En esto observé que mis mejillas estaban mojadas de lágrimas, que habían brotado sin darme cuenta ³⁹.

Uno de los días me fui al bosque. Apoyada la espalda en el tronco de un roble, fija la mirada en el cielo radiante, me dirigí esta pregunta: ¿Por qué vivimos? Cien religiones y otras tantas filosofías han intentado resolverlo. La razón y la ciencia se han esforzado por dar una explicación del universo. Nunca han conseguido establecer algo fijo, pues una hipótesis sostenida ayer, ha sido sustituida hoy por una hipótesis nueva, que mañana será destronada para dar lugar a una nueva conjetura. Hay que reconocer que entre esta perpetua versatilidad, solo la Iglesia permanece inmutable. Sus dogmas se impusieron desde su fundación. Se ve la esencia de ellos en el Evangelio. Hace 19 siglos que dura esto. La Iglesia conserva la fe intacta, mientras que en su derredor, doctrinas y teorías vuelan como hojas secas durante un ciclón. Esta constancia de la Iglesia en conservar las doctrinas de Jesucristo en un haz que en siglos no ha podido nadie romperlo, es en verdad lo que encoleriza tanto a sus adversarios ⁴⁰.

³⁷ Ib. p. 83.

³⁸ Ib. pp. 88-89.

³⁹ Ib. pp. 90-91.

⁴⁰ Ib. 110- 113.

Y me dije: La Iglesia debe poseer la verdad consoladora y salvadora. Y si la posee, es que Dios existe... Mi alma se explayaba y comprendí que era menester dar gracias. Me arrodillé sobre una piedra musgosa y, por vez primera desde hacía 15 años, recé: “Dios mío, puesto que Vos existís, ayudadme. Ved que soy un hombre de buena voluntad, que solo quiere obedeceros. Asistidme, instruidme, iluminadme”⁴¹.

Me quedé pensativo. Desde mi primera infancia no había recibido más que enseñanzas de incredulidad. Entre los 11 y los 18 años no había conocido hogar donde estudiar y observar los deberes morales más rudimentarios... Luego vino la milicia donde correteé como caballo desbocado, después la vida literaria en París. Éramos una tropa de poetas chiflados por el arte hasta el frenesí. El más ardiente de entre todos estos compañeros de la vida inmensa era yo. Si cualquiera de ellos proponía “vamos a gozar”, yo respondía enseguida: “Ir solamente, no, corramos a ello”⁴².

Alguna vez comencé a rezar a Dios nuestro Señor en mis aflicciones morales, así como en mis apuros materiales. Me arrodillaba y decía la breve oración siguiente: “Dios mío, ayudadme, en Vos confié”⁴³.

Una tarde entré en la iglesia de “Notre Dame”. La iglesia estaba casi desierta, dos o tres mujeres rezaban delante de la imagen de la santísima Virgen. Me paré a mirarlas y su fervor me conmovió y decía: “Ya quisiera yo hacer como ellas”. Otro día fui al santuario de Cornebiche. Me puse a contemplar la imagen de la santísima Virgen, tan blanca y tan suave en aquel cielo azul sin nubes, que el sol envolvía en rayos de oro fluido, y me sentí con el alma transportada por una fuerza irresistible. Junté las manos y, dirigiéndome a ella, le dije: “Señora, algo extraordinario me ha obligado a venir y aquí estoy. Oh, Señora, a quien yo no he invocado hasta este día, y a quien los fieles vuelven sus ojos en sus aflicciones. Si realmente sois Vos la mediadora omnipotente, interceded con vuestro santísimo Hijo para que se digne inspirarme qué debo hacer en la hora presente”⁴⁴. En aquel momento una dulce voz (interior) me respondió: “Busca un sacerdote. Desembarázate del peso que te agobia y luego entra con resolución en el seno de la Iglesia”⁴⁵.

Adolfo Retté no se atrevía por vergüenza a buscar a un sacerdote, creía que lo podía tratar mal y se avergonzaba de poder decir todos sus errores y pecados. Se sentía afligido por el deseo de hacerlo y la impotencia que sentía de

⁴¹ Ib. pp. 116-117.

⁴² Ib. pp. 131-132.

⁴³ Ib. p. 135.

⁴⁴ Ib. p. 185.

⁴⁵ Ib. p. 186.

realizarlo. En un momento dado hasta casi se suicida para liberarse de ese sentimiento de tristeza. Había en su interior como una lucha a muerte entre el diablo y Dios. Por fin, antes de cometer semejante error y pecado, sintió una voz celestial en su corazón y dijo emocionado: *Dios. Aquí está Dios.* Cayó de rodillas y dijo gritando: *Gracias, Dios mío. Y refiere: En ese mismo instante creí ver dentro de mí mismo la imagen de nuestro Señor Jesucristo crucificado, que me sonreía con una expresión de inefable misericordia. Me entró en el alma una paz completa. Tuve la profunda sensación de que todas las fuerzas malas que me habían atacado, se habían retirado y cuanto más ellas se alejaban, mayor era la luz que me inundaba* ⁴⁶.

Acudió a su amigo Francisco Coppée para que le ayudara a encontrar un buen sacerdote, y su amigo le proporcionó una cita con un sacerdote anciano pero santo. Era el 12 de octubre de 1906. Se confesó con él y nos dice: *A medida que confesaba mis pecados me parecía que nuestro Señor en persona estaba presente. Me figuraba que con una mano dulce e imperiosa a la vez, arrancaba los pecados de mi alma y los aventaba convertidos en polvo delante de sus pies adorables. Y mi alma, doblada bajo el peso de mis pecados, se enderezaba poco a poco y se ponía derecha. Cuando terminé, el sacerdote pronunció sobre mi cabeza inclinada la fórmula de la absolución y me levanté. Me abrió los brazos y me precipité en ellos con lágrimas de amor. Tan emocionados estábamos el uno como el otro; porque, si de mi parte ponía en este abrazo toda mi gratitud hacia él, por haberme ayudado tanto, él daba gracias a Dios por haberle elegido para llevar al aprisco la oveja rebelde que había huido en cuanto recibió el bautismo... Al ir por la calle, marchaba yo lleno de alegría, diciendo: “Ya estoy perdonado. Ya estoy perdonado. ¡Que dicha!* ⁴⁷.

Puedo decir que los placeres más refinados de los sentidos ni aún los triunfos intelectuales, que proporcionan el arte y la poesía, tienen nada que ver comparados con este éxtasis en que el alma, al unirse a su Dios, se funde por completo ⁴⁸.

Comulgaba frecuentemente y cada comunión me proporcionaba más tranquilidad de alma y más conocimiento de la misericordia divina. Últimamente, como vivía cerca de Notre Dame, todos los días oía misa de siete... Me unía al santo sacrificio con todo mi corazón. ¡Cuánto gozaba en este dulce recogimiento! ¡Cuán fecundos en gracias santificantes eran los coloquios aquellos con Dios! ⁴⁹.

⁴⁶ Ib. p. 232.

⁴⁷ Ib. pp. 267-268.

⁴⁸ Ib. pp. 271-272.

⁴⁹ Ib. pp. 276-277.

Su amor a la Virgen María fue extraordinario y sobre él habla mucho en su libro *Milagros de Lourdes*.

CHARLES NICOLLE (1866-1936)

Había nacido en Ruan el 21 de septiembre de 1866. Su padre era un eminente médico y sus dos hijos llegaron a ser buenos biólogos. Terminados sus estudios, Charles se fue a París y estuvo interno en varios hospitales. De vuelta a su ciudad natal fue profesor de microbiología e higiene en la Escuela de medicina de Ruán. A los 36 años fue llamado para dirigir el Instituto Pasteur en Túnez. Allí fue donde realizó sus principales descubrimientos, especialmente de la profilaxis del tifus exantemático. Consiguió el premio Nobel de medicina en 1928 y la elección para la Academia de Ciencias.

Charles había recibido una educación cristiana, pero el racionalismo lo había conquistado. Escribió: *Buscando bases a la moral creí no poder encontrar seguridad más que en el testimonio de los sentidos, iluminados y coordinados por la razón, es decir, la interpretación lógica de los hechos*⁵⁰. Él creía que lo que hoy no se puede explicar podrá explicarse mañana cuando la ciencia haya hecho nuevos procesos. Y no dudó en declarar que, si hay junto a la materia una fuerza creadora, esta fuerza es inconcebible para nuestro entendimiento.

En 1935 escribió el libro *La destinée humaine* (el destino humano). En este libro manifiesta sus dudas, pues no sabe qué pasará después de la muerte y esto le preocupa. Escribió: *Mi conciencia me aconseja dejar a un lado la razón, pues no admite que este instrumento pueda conducir a la verdad*⁵¹.

Sobre este tema y otros habló con el sabio misionero el padre Delattre. Hizo varios viajes a Túnez para ir a conversar con este sacerdote. Su pensamiento iba evolucionando positivamente. Escribió: *La Iglesia católica exige la adhesión total y no tolera el más pequeño atentado a la disciplina. Es lógica y sin esta actitud, que algunos de sus miembros lamentan, hubiera habido desde hace mucho tiempo una dislocación de la sociedad de los fieles y dispersión. La religión católica se hubiese convertido en práctica individual. Así ha permanecido en lo que era: aparentemente de exigente disciplina, más fácil en el fondo, incoherente y contradictoria algunas veces, mística para los privilegiados y entusiastas,*

⁵⁰ Lelotte, *Convertidos del siglo XX*, Studium, Madrid, 1961, p.76.

⁵¹ Ib. p. 79.

Por estos rasgos toca a la vez la tierra y los cielos. Es la imagen de nuestra alma humana: física e imaginativa a la vez. Si yo tuviese que buscar un refugio se lo pediría a ella ya que me reconozco a mí mismo en estos rasgos. Es natural que indique este socorro a mis hermanos de inquietud ⁵².

Por una carta del padre Le Portois a Monseñor Lemaitre del 22 de agosto de 1935 sabemos que unos días más tarde deseó recibir los últimos sacramentos de la Iglesia católica. Quiso que estuviera presente toda su familia en aquella ceremonia de reconciliación con la Iglesia, ceremonia muy emocionante en su sencillez. El padre Portois dijo: *No ha sido difícil encontrar, bajo la ceniza de sus preocupaciones científicas, el rescoldo de fe sobrenatural depositado por su madre, de profundos sentimientos religiosos* ⁵³.

En esa ceremonia dio una charla en la que dijo: *Al comienzo de mi vida yo tenía fe. Mi madre me había educado en la religión católica. Después creí que la razón lo explicaba todo y busqué explicarlo todo por la razón.*

Yo he ocupado un cierto rango. No quisiera que mi muerte hiciera daño a la religión, y sirviese de bandera contra ella. Causaría demasiada pena a mi madre, si no muriese en la religión en que ella ha muerto.

A su vuelta a Túnez bajo el ataque de una crisis cardíaca cuya gravedad no disimulaba, él vino a completar aún esta declaración en una especie de testamento destinado a sus discípulos: “Yo muero en la religión católica romana, a la que he vuelto de nuevo en agosto de 1935. Habiéndome convencido de que la razón humana era impotente para explicar los hechos de la vida, y sintiéndome con una responsabilidad para con mis lectores, he escogido el volver de nuevo a la opinión tradicional en mi familia. Tiene para ella el más alto valor moral. Doy las gracias a aquellos que me han guiado en esta orientación: María Juana L... y al R. Padre Le Portois”.

Murió el 28 de febrero de 1936 después de una vida llena por sus eminentes trabajos de investigación y, sobre todo, llena del amor de Dios que lo iluminó un año antes de morir.

PAUL CLAUDEL (1868-1955)

Fue un gran poeta y dramaturgo francés, nacido en 1868. Licenciado en ciencias políticas, se dedicó a la carrera diplomática, representando a Francia en

⁵² Lelotte, *Convertidos del siglo XX*, Ed. Studium, Madrid, 1961, pp. 82-83.

⁵³ Ib. p. 83.

diferentes países del mundo. Durante su juventud, estaba totalmente impregnado del materialismo dominante y solamente creía en la ciencia. Vivió en la oscuridad de la falta de fe, creyendo que el universo era gobernado por leyes perfectamente inflexibles y automáticas. Pero en 1886 tuvo lugar el acontecimiento clave de su vida. Él mismo lo narra, veintisiete años después en su libro *“Mi conversión”*: *Así era el desgraciado muchacho que el 25 de diciembre de 1886 fue a Notre Dame (Nuestra Señora) de París para asistir a los oficios de Navidad. Entonces, empezaba a escribir y me parecía que en las ceremonias católicas, consideradas con un diletantismo superior, encontraría un estimulante apropiado y la materia para algunos ejercicios decadentes.*

Con esta disposición de ánimo, apretujado y empujado por la muchedumbre, asistía con un placer mediocre a la misa mayor. Después, como no tenía otra cosa que hacer, volví a Vísperas. Los niños del coro, vestidos de blanco... estaban cantando lo que después supe que era el Magnificat. Yo estaba de pie entre la muchedumbre, cerca del segundo pilar a la entrada del coro, a la derecha del lado de la sacristía.

Entonces, se produjo el acontecimiento clave: en un instante, mi corazón fue tocado y creí. Creí, con tal fuerza de adhesión, con tal agitación de todo mi ser, con una convicción tan fuerte, con tal certeza que no dejaba lugar a ninguna clase de duda. De modo que todos los libros, todos los razonamientos, todos los avatares de mi agitada vida no han podido sacudir mi fe ni, a decir verdad, tocarla. De repente, tuve el sentimiento desgarrador de la inocencia, de la eterna infancia de Dios.

Era una verdadera revelación interior. Fue como un destello: “¡Dios existe y está ahí! ¡Es alguien, es un ser tan personal como yo! ¡Me ama!” Las lágrimas y sollozos acudieron a mí y el canto tan tierno del “Adeste”, aumentaba mi emoción.

Dulce emoción en la que, sin embargo, se mezclaba un sentimiento de miedo y casi de horror, ya que mis convicciones filosóficas permanecían intactas... La religión católica seguía pareciéndome el mismo tesoro de absurdas anécdotas. Sus sacerdotes y fieles me inspiraban la misma aversión, que llegaba hasta el odio y hasta el asco. El edificio de mis opiniones y de mis conocimientos permanecía en pie y yo no le encontraba ningún defecto. Lo que había sucedido, simplemente, es que había salido de él. Un ser nuevo, formidable, con terribles exigencias para el joven y el artista que era yo, se había revelado, y me sentía incapaz de ponerme de acuerdo con nada de lo que me rodeaba.

La única comparación que soy capaz de encontrar para expresar ese estado de desorden completo, en que me encontraba, es la de un hombre al que,

de un tirón, le hubieran arrancado de golpe la piel para plantarla en otro cuerpo extraño, en medio de un mundo desconocido. Lo que para mis opiniones y para mis gustos era lo más repugnante, resultaba, sin embargo, lo verdadero, aquello a lo que, de buen o mal grado, tenía que acomodarme. Al menos, no sería sin que yo tratara de oponer toda la resistencia posible. Esta resistencia duró cuatro años. Me atrevo a decir que realicé una defensa valiente. Y la lucha fue leal y completa. Nada se omitió. Utilicé todos los medios de resistencia imaginables y tuve que abandonar una tras otra las armas que de nada me servían. Ésta fue la gran crisis de mi existencia, esta agonía del pensamiento sobre la que Arthur Rimbaud escribió: “El combate espiritual es tan brutal como las batallas entre los hombres”.

Los jóvenes que abandonan tan fácilmente la fe no saben lo que cuesta reencontrarla y a precio de qué torturas. El pensamiento del infierno, el pensamiento también de todas las bellezas y de todos los gozos a los que tendría que renunciar, si volvía a la verdad, me retraían de todo. Pero, en fin, la misma noche de ese memorable día de Navidad, después de regresar a mi casa, tomé una Biblia protestante que una amiga alemana había regalado, en cierta ocasión, a mi hermana Camille. Por primera vez, escuché el acento de esa voz tan dulce y, a la vez, tan inflexible de la Sagrada Escritura, que ya nunca ha dejado de resonar en mi corazón. Yo sólo conocía por Renán la historia de Jesús y, fiándome de la palabra de ese impostor, ignoraba, incluso, que se hubiera declarado Hijo de Dios. Cada palabra, cada línea desmentía con una majestuosa simplicidad, las impúdicas afirmaciones del apóstata, y me abrían los ojos...

Sí, era a mí, a Paul, entre todos, a quien se dirigía y prometía su amor. Pero, al mismo tiempo, si yo no le seguía, no me dejaba otra alternativa que la condenación. Ah, no necesitaba que nadie me explicara qué era el infierno, pues en él había pasado yo mi “temporada”. Esas pocas horas bastaron para enseñarme que el infierno está allí, donde no está Jesucristo. ¿Y qué me importaba el resto del mundo, después de este ser nuevo y prodigioso que acababa de revelárseme?

En una carta que escribió en 1904 a Gabriel Frizeau le dice: Asistía yo a Vísperas en Notre Dame y, escuchando el Magnificat, tuve la revelación de un Dios que me tendía los brazos... Pero el hombre viejo resistía con todas sus fuerzas y no quería entregarse a esta nueva vida que se abría ante él... El sentimiento que más me impedía manifestar mi convicción era el respeto humano. El pensamiento de revelar a todos mi conversión y decírselo a mis padres... Manifestarme como uno de los tan ridiculizados católicos me producía un sudor frío. No conocía un solo sacerdote. No tenía un solo amigo católico... Pero el gran libro que se me abrió y en el que hice mis estudios, fue la Iglesia. ¡Sea eternamente alabada esta gran Madre en cuyo regazo he aprendido todo!

Pasaba los domingos y muchos días de entre semana en la iglesia de nuestra Señora... No acababa de saciarme del espectáculo de la santa misa y cada una de las acciones del sacerdote se imprimía en mi espíritu y corazón... ¡Cómo envidiaba a los cristianos que iban a comulgar!

En cambio, yo apenas me atrevía a deslizarme los viernes de Cuaresma entre los que iban a besar la corona de espinas... Al fin, concentrando todo mi valor, me fui a un confesionario de san Medardo, mi parroquia. Hallé un sacerdote misericordioso y fraternal, el Padre Menard y, más tarde, al Padre Villaume, que fue mi director y mi padre amado. Aún ahora no ceso de sentir su protección desde el cielo. Hice mi segunda comunión en el mismo día de Navidad de 1890 ⁵⁴.

ALEXIS CARREL (1873-1944)

Nació en Lyon 1872 en una familia cristiana y burguesa. Desde el comienzo de su carrera de medicina pasó a definirse como ateo. Llegó al convencimiento de que solo pueden conseguirse certezas a partir de hipótesis científicas sobre hechos empíricos y que puedan ser verificadas o contrastadas. Él creía que Dios, el alma espiritual e inmortal, los milagros, la ley moral, eran puras hipótesis sin ningún valor racional. A sus 30 años, siendo profesor de Anatomía en la universidad de Lyon, le pidieron sustituir a un colega para acompañar en tren a los enfermos que iban al santuario de Lourdes. Era el mes de julio del año 1903.

Él nos cuenta su aventura espiritual en su libro *Viaje a Lourdes*, donde él escribe sus impresiones bajo el nombre de Dr. Lerrac (el revés de Carrel).

Dice así: *El tren se detuvo antes de entrar en la estación de Lourdes. Las ventanillas se llenaron de cabezas pálidas, extáticas, alegres, en un saludo a la tierra elegida, donde habrían de desaparecer los males... Un gran anhelo de esperanza surgía de estos deseos, de estas angustias y de este amor ⁵⁵.*

⁵⁴ *Ma conversion*, en Les Temoins de la revista Renouveau Catholique de Th. Mainage, pp. 63-71.

⁵⁵ Alexis Carrel, *Viaje a Lourdes*, Ed. Iberia, Barcelona, 1957, p. 57.

*Al llegar los enfermos al hospital, Lerrac se acercó a la cama que ocupaba una joven enferma de peritonitis tuberculosa... María Ferrand (su verdadero nombre era María Bailly) tenía las costillas marcadas en la piel y el vientre hinchado. La tumefacción era casi uniforme, pero algo más voluminosa hacia el lado izquierdo. El vientre parecía distendido por materias duras y, en el centro, notábase una parte más depresible llena de líquido. Era la forma clásica de la peritonitis tuberculosa... El padre y la madre de esta joven murieron tísicos; ella escupe sangre desde la edad de quince años; y a los dieciocho contrajo una pleuresía tuberculosa y le sacaron dos litros y medio de líquido del costado izquierdo; después tuvo cavernas pulmonares y, por último, desde hace ocho meses sufre esta peritonitis tuberculosa. Se encuentra en el último período de caquexia. El corazón late sin orden ni concierto. Morirá pronto, puede vivir tal vez unos días, pero está sentenciada*⁵⁶.

A María Ferrand, después de hacerle unas abluciones con el agua milagrosa de la Virgen, porque su estado era sumamente grave y no se atrevieron a meterla en la piscina, la llevaron ante la imagen de la Virgen en la gruta.

La mirada de Lerrac se posó en María Ferrand y le pareció que algo había cambiado su aspecto, parecía que su cutis tenía menos palidez... Lerrac se acercó a la joven y contó las pulsaciones y la respiración y comentó: La respiración es más lenta. Evidentemente, tenía ante sus ojos una mejoría rápida en el estado general. Algo iba a suceder y se resistió a dejarse llevar por la emoción. Concentró su mirada en María Ferrand sin mirar a nadie más. El rostro de la joven, con los ojos brillantes y extasiados, fijos en la gruta, seguía experimentando modificaciones. Se había producido una importante mejoría. De pronto, Lerrac se sintió palidecer al ver cómo, en el lugar correspondiente a la cintura de la enferma, el cobertor iba descendiendo, poco a poco, hasta el nivel del vientre...

*En la basílica acababan de dar las tres de la tarde. Algunos minutos después, la tumefacción del vientre pareció que había desaparecido por completo... Lerrac no hablaba ni pensaba. Aquel suceso inesperado estaba en contradicción con todas sus ideas y previsiones y le parecía estar soñando. Le dieron una taza llena de leche a la joven y la bebió por entero. A los pocos momentos, levantó la cabeza, miró en torno suyo, se removió algo y reclinóse sobre un costado sin dar la menor muestra de dolor. Eran ya cerca de las cuatro. Acababa de suceder lo imposible, lo inesperado, ¡el milagro! Aquella muchacha agonizante poco antes, estaba casi curada*⁵⁷.

⁵⁶ Ib. p. 50.

⁵⁷ Ib. p. 60-61.

Quedóse mudo de asombro. La transformación era prodigiosa. La joven, vistiendo una camisa blanca, se hallaba sentada en la cama. Los ojos brillaban en su rostro, gris y demacrado aún, pero móvil y vibrante, con un color rosado en las mejillas. Las comisuras de sus labios en reposo, conservaban todavía un pliegue doloroso, impronta de tantos años de sufrimientos, pero de toda su persona emanaba una indefinible sensación de calma, que irradiando en torno suyo, iluminaba de alegría la triste sala.

“Doctor, estoy completamente curada”, dijo a Lerrac, “aunque me siento débil”.... La curación era completa. Aquella moribunda de rostro cianótico, vientre distendido y corazón agitado, habíase convertido en pocas horas en una joven casi normal, solamente demacrada y débil... ¡Es el milagro, el gran milagro, que hace vibrar a las multitudes, atrayéndolas alocadas a Lourdes! ¡Qué feliz casualidad ver cómo, entre tantos enfermos, ha sanado la que yo mejor conocía y a la que había observado largamente! ⁵⁸.

Y él se fue a la gruta, a contemplar atentamente la imagen de la Virgen, las muletas que, como exvotos, llenaban las paredes iluminadas por el resplandor de los cirios, cuya incesante humareda había ennegrecido la roca... Lerrac tomó asiento en una silla al lado de un campesino anciano y permaneció inmóvil largo rato con la cabeza entre las manos, mecido por los cánticos nocturnos, mientras del fondo de su alma brotaba esta plegaria:

“Virgen Santa, socorro de los desgraciados que te imploran humildemente, sálvame. Creo en ti, has querido responder a mi duda con un gran milagro. No lo comprendo y dudo todavía. Pero mi gran deseo y el objeto supremo de todas mis aspiraciones es ahora creer, creer apasionada y ciegamente sin discutir ni criticar nunca más”.

Eran las tres de la madrugada y a Lerrac le pareció que la serenidad que presidía todas las cosas había descendido también a su alma, inundándola de calma y dulzura. Las preocupaciones de la vida cotidiana, las hipótesis, las teorías y las inquietudes intelectuales habían desaparecido de su mente. Tuvo la impresión de que bajo la mano de la Virgen, había alcanzado la certidumbre y hasta creyó sentir su admirable y pacificadora dulzura de una manera tan profunda que, sin la menor inquietud, alejó la amenaza de un retorno a la duda⁵⁹.

⁵⁸ Ib. pp. 64-66.

⁵⁹ Ib. pp. 79-80.

Todavía no se convirtió a pesar del milagro realizado ante su vista, pero fue una preparación remota. Fueron necesarios muchos años y mucha investigación y muchos sufrimientos para llegar a la libertad del espíritu y a la fe.

Sus descubrimientos continuaron. Algunos médicos recetaban tintura de yodo para heridas. Él se dio cuenta de que era antiséptico, pero deterioraba los tejidos. Y él elaboró un líquido *Carrel*, que destruía los microbios respetando los tejidos. Con este líquido y el injerto dérmico, Carrel y sus discípulos salvaron millares de heridos.

María Ferrand (Maria Bailly), la curada por la Virgen, se hizo religiosa de la caridad, de San Vicente de Paul, y murió en 1937. Alexis Carrel (Dr. Lerrac), después del milagro, publicó algunos escritos sobre este hecho en los periódicos y revistas, pero fue marcado por el ambiente anticlerical de sus colegas, por lo que no le quisieron dar ningún trabajo.

Esto fue providencial; pues, buscando empleo, fue al Instituto Rockefeller de Nueva York a investigar y, como premio de sus investigaciones, a los diez años del milagro, recibió el premio Nobel de Medicina en 1912.

Tuvo mucha importancia en su vuelta a la fe las muchas conversaciones que tuvo con el padre Alexis Presse, abad del monasterio cisterciense de Boquem. El mariscal Petain en 1941 le confió la creación y dirección de una obra científica: el Instituto de la ciencia humana, todo él consagrado preferentemente a la infancia y juventud, debilitadas por las privaciones y los desplazamientos de la guerra.

En 1944, con 72 años llegó al convencimiento del origen sobrenatural de ciertos hechos y se hizo católico, solicitando participar de los sacramentos. Al poco tiempo murió ya católico convencido. Por fin pudo decir: *Quiero creer y creo todo lo que la Iglesia católica quiere que creamos y para esto yo no tengo ninguna dificultad, puesto que no encuentro en ello ninguna oposición real con los datos ciertos de la ciencia*⁶⁰.

El Padre Presse pudo escribir: *De sus muchas conversaciones conmigo saqué la conclusión de que era uno de esos adoradores de Dios en espíritu y verdad. De sus profundas investigaciones científicas había sacado una admiración entusiasta por la creación, admiración que recaía finalmente en el Creador. Tenía de Dios una idea sublime. Difícilmente he encontrado un alma más sinceramente penetrada del pensamiento de la presencia de Dios, del*

⁶⁰ Lelotte, *Convertidos del siglo XX*, Ed. Studium, Madrid, 1961, p. 169.

respeto, de la reverencia, de la adoración de Dios. Lo amaba por encima de todo y lo prefería a todo .⁶¹

En un libro que escribió sobre la oración afirmaba: *Nietzsche decía que era vergonzoso rezar, pero es tan vergonzoso rezar como beber o respirar. El hombre tiene necesidad de Dios, como del agua y del oxígeno. La influencia de la oración sobre el espíritu y el cuerpo humano es tan fácil de demostrar como la de la secreción de las glándulas. Sus resultados se miden por un acrecentamiento de energía física, de vigor intelectual, de fuerza moral y de comprensión más profunda de las realidades fundamentales*⁶².

Cuando estaba grave y era el momento de recibir los últimos sacramentos, se confesó, recibió la comunión en Viático y la unción de los enfermos con la sencillez de un niño, según afirmó Monseñor Hamayon, que le administró los últimos sacramentos. Murió en París el 4 de noviembre de 1944.

NICOLAI BERDIAEV (1874-1948)

Pertenecía a una familia aristocrática y promovió la lucha contra el zarismo para la implantación del socialismo, considerado democrático. El 27 de febrero de 1917 se produjo la revolución comunista en Rusia en la que derrocaron al zar. Al comienzo tomó el poder un gobierno de coalición, pero poco a poco los comunistas, dirigidos por Lenin, promovieron una insurrección armada y tomaron el poder absoluto. Entre el 25 y el 27 de octubre de 1917 tuvo lugar el golpe de Estado en San Petersburgo y en Moscú con lo que el proyecto e ideal de Berdiaev se vino abajo. Se estableció el sistema totalitario comunista más cruel de la historia humana que, en medio siglo, provocó millones de muertos. Según Solzhenitsyn fueron masacrados 60 millones de rusos.

Berdiaev escribió: *A veces entre mi adolescencia y mi juventud fui agitado por el pensamiento: Cierto que desconozco el sentido de la vida, pero la búsqueda de tal sentido ya confiere sentido a la vida y consagraré toda mi vida a la búsqueda de este sentido. Ello fue una revolución interior, pero el manuscrito me lo cogieron la primera vez que me detuvieron y se perdió. Ahora me gustaría poder leer lo que entonces escribí y percibir el gran impulso que experimenté en*

⁶¹ Ib. p. 171.

⁶² Ib. p. 170.

tal ocasión. Aquello fue también mi verdadera conversión, la más intensa de mi vida, conversión a la búsqueda de la verdad, que, por lo mismo, constituía la fe en la existencia de la verdad. La búsqueda de la verdad y del sentido la oponía yo a la vulgaridad cotidiana y a la insulsez de la realidad ⁶³.

Primero quiere conocer a toda costa la verdad para que su vida tenga verdadero sentido. Después, pensando que estaba metido en la nueva ideología del marxismo leninismo, que promovía el partido comunista instalado en el poder, se convirtió en un convencido promotor de esta ideología, pensando que en la justicia social, que tanto se proclamaba, estaba la paz y unidad de todos los hombres. Era un convencimiento, no solo teórico sino también espiritual, en la medida en que creía encontrar en el comunismo la verdad y el sentido de su vida.

Pero pronto tuvo que desengañarse al darse cuenta de que el comunismo era materialista y rechazaba de plano la existencia de Dios y perseguía a todo lo que aparentaba ser religioso, matando incluso a miles de sacerdotes. Los hombres eran según el comunismo peones del Estado o, quizás mejor dicho, esclavos del sistema, del que no podían ni siquiera disentir.

Eugenia Rapp escribió sobre Berdiaev: *Durante los días de la revolución, su actividad se manifestó solamente con una acción extraordinaria, heroica. Me acuerdo muy bien de aquel día. De San Petersburgo llegaron noticias de la revolución que se iniciaba. Por las calles de Moscú se agolpaba la gente y de boca en boca corrían los más increíbles rumores. La atmosfera estaba candente y parecía que de un momento a otro iba a hacer explosión. Mi hermano y yo y Alexandrovich decidimos unirnos a la muchedumbre revolucionaria, que se dirigía a la escuela de equitación. Cuando estuvimos más cerca, esta se hallaba ya rodeada por una enorme multitud. En la plaza contigua a la escuela se hallaban los soldados, prestos a disparar. La muchedumbre amenazadora se acercaba más y más, estrechando el cerco en torno a los soldados. Llegó el terrible momento. Esperábamos que de un momento a otro sonasen los disparos. Entonces me volví para decir algo a Alexandrovich y ya no lo vi. Había desaparecido. Luego supimos que se había lanzado entre la gente hacia los soldados, pronunciando un discurso y persuadió a los soldados para que no disparasen contra el pueblo. Y los soldados no dispararon* ⁶⁴.

Un día estaba él en una reunión con comunistas, soldados y trabajadores; y hubo intervenciones criticando la figura de Jesucristo, diciendo que era un hijo ilegítimo de un soldado romano.

⁶³ Berdiaev Nicolai, *Autobiografía espiritual*, Barcelona, Miracle, 1957, p. 88 ss.

⁶⁴ Ib. p. 212ss.

Berdiaev dice: *Al oír a aquella gente hablar así de Cristo comprendí que sería muy difícil para mí el hacerlo. ¿Qué podía decirse en aquel ambiente caldeado por las pasiones ante unas personas de tan menguada preparación intelectual? Hice un gran esfuerzo, reuní todas mis fuerzas y pedí la palabra. En aquellos instantes sentí una gran inspiración y hablé con la mayor elocuencia de toda mi vida. Aquello constituyó mi mayor éxito. Encontré la palabra adecuada y dije aproximadamente lo que luego expresé en mi opúsculo titulado “De la dignidad del cristianismo e indignidad de los cristianos”. Al principio el auditorio se mostró hostil hacía mí, con silbidos, gritos, exclamaciones burlonas. Pero poco a poco fui dominando a los que me escuchaban y terminé mi alocución en medio de aplausos ensordecedores. Luego muchos se acercaron, me estrecharon la mano y me dieron las gracias* ⁶⁵.

Sobre su conversión refiere: *Evocando mi itinerario espiritual me veo obligado a reconocer que en mi vida no ha habido aquello que los católicos y protestantes denominan conversión y a lo que atribuyen capital importancia. Ya he dicho que en mí no hubo un cambio brusco, el paso de una oscuridad total a una completa claridad. En cierto momento de mí que no podría referir a un día determinado de ella, conocí que era cristiano y me lancé a recorrer el camino del cristianismo* ⁶⁶.

Con el tiempo Berdiaev rompió con el comunismo al darse cuenta de que era una verdadera dictadura y se atacaba constantemente a la dignidad de las personas, especialmente de los disidentes. Antes de su exilio de Rusia a Berlín y después a París en 1922 parece que tenía una decidida vinculación al cristianismo. Él era un filósofo, pero en su vida dio mucho relieve a la experiencia mística como lo hizo Henri Bergson, Edith Stein o Jacques Maritain. Fue un hombre sincero que, al igual que San Agustín, fue un buscador incansable de la verdad y por eso Dios iluminó su camino y pudo reconocer los peligros del comunismo y llenar el vacío de su corazón con la fe cristiana.

GILBERT KEITH CHESTERTON (1874-1936)

Fue un famoso escritor inglés polifacético, novelista, poeta y pensador agudo. Sonreía o reía abiertamente, porque nunca perdió su buen humor, que fue una de sus mejores cualidades. Como polemista, le gustaba rebatir las ideas de sus adversarios y en todo momento se manifestaba, desde su conversión, como un católico convencido.

⁶⁵ Berdiaev, *Esclavitud y libertad del hombre*, Buenos Aires, Ed Emecé, 1955, p.222.

⁶⁶ Terdiaev, *Autobiografía espiritual*, 1957, p. 165 ss.

Nació el 29 de mayo de 1874. Llegó a la fe después de un largo periodo de búsqueda desde el liberalismo acentuado hasta el espiritismo y las ciencias ocultas. Él escribió: *A los 12 años yo era un pagano y a los 16 un agnóstico, hecho y derecho*. Estudió Letras y le gustaba escribir relatos de aventuras. Escribe en su Autobiografía que un día vio salir de su coche al cardenal Manning y le pareció como una especie de fantasma envuelto en llamas. Dice: *Surgió de sus ropajes fulgurantes como una gran nube colorada en la puesta del sol y, levantando los dedos frágiles y alargados par encima de la gente, les dio la bendición. Entonces miré su cara y me sobrecogió el contraste, pues su rostro estaba pálido, muy arrugado y envejecido. Seguimos nuestro camino y mi padre me dijo: “¿Sabes quién era? Era el cardenal Manning* ⁶⁷. Felizmente tuvo algunos católicos que le marcaron el camino, como Hilaire Belloc y los sacerdotes amigos, el padre O’Connor y el padre Knox (convertido del anglicanismo). Se casó con Frances, la mujer de su vida, el 28 de junio de 1901 en la iglesia anglicana de St. Mary Abbots, en Kensington. En esa época vivía alejado de Dios y de toda práctica religiosa, aunque militaba en una Asociación de acción social cristiana.

En 1922 se convirtió, pero ya en 1908, al escribir *Ortodoxia*, ya era cristiano de corazón. En sus obras se siente que es muy humano. Por eso escribió: *Todos los hombres comparten las mismas alegrías, tristezas, bajezas e ignorancias. Todos los hombres, al igual que todos los peniques son iguales*. Él era alto y fuerte. Comía y bebía en abundancia y los trajes le iban quedando pequeños.

En 1914 estuvo gravemente enfermo, mientras Europa ardía en llamas por la guerra. Esta situación de enfermedad lo acercó más a Dios. El padre O’Connor lo visitó varias veces. Su hermano Cecil murió en la guerra en Francia. En 1919 hizo con su esposa un viaje por distintos países y llegaron a Jerusalén, donde permaneció dos meses. El encuentro con los *Lugares Santos* y la asistencia a diversas celebraciones litúrgicas, dejaron una huella imborrable en su corazón. En una carta a su amigo Maurice Baring le cuenta que había vivido una emocionante experiencia en la iglesia del *Ecce Homo* en Jerusalén durante la bendición de las palmas el Domingo de Ramos.

Al regresar a casa, en el puerto de Brindisi, asistieron a misa en una pequeña iglesia ante una imagen de la Virgen y *allí prometí lo que haría cuando volviese a mi tierra*. Se refería a su conversión ⁶⁸. Oficialmente se convirtió en 1922, después de haber recorrido los caminos del agnosticismo, espiritismo, socialismo ateo y otros ismos.

⁶⁷ Chesterton, *Autobiografía*, Obras completas, pp. 46-47.

⁶⁸ Seco, Chesterton, pp. 252-258.

Se confesó con el padre O'Connor en el salón del Railway hotel. En el bar esperaban Frances y el padre Rice, benedictino. Sobraban las palabras. Frances lloraba. El rito del bautismo fue sobrio y elocuente. Todo tal y como entonces Roma decía que se hiciera en estos casos de convertidos: una profesión de fe, el bautismo condicionado, una plegaria ⁶⁹.

La tarde fue larga. A la celebración siguió una tertulia amable y distendida. Chesterton hablaba por los codos. Reía abiertamente y bromeaba. Estaba contento. A sus amigos les comunicó la alegre noticia de su conversión. A partir del día de su conversión, frecuentó la parroquia de High Wycombe del padre Walker y a él acudió para que le preparase para la primera comunión.

El párroco de Chesterton recordaba que *la mañana de su primera comunión era plenamente consciente de la inmensidad de la presencia real de Jesús*. Y cuando lo felicitó le dijo: *Ha sido la hora más feliz de mi vida*.

Un factor importante fue el descubrir la importancia de la Virgen María en el camino de todo cristiano. Y decía: *Estoy orgulloso de mi religión y especialmente de aquellas partes que los otros suelen llamar vulgarmente como supersticiones. Estoy orgulloso de lo que otros llaman mariolatría, porque ha introducido en la religión durante las edades más oscuras ese elemento de caballería que ahora se interpreta mal y de manera trasnochada como feminismo* ⁷⁰.

En 1926 Frances, su esposa entró a la Iglesia católica y celebraron sus bodas de plata matrimoniales. Ella escribió al padre O'Connor: *Deseo que me prepare para entrar en la Iglesia. No quiero que la gente diga que lo hago por seguir a Gilbert. No es cierto, además he luchado mucho para que no fuese el amor que le tengo el que me llevase a la verdad. Sabrá que no me aceptarían si era eso lo que me movía. Dígame lo que tengo que hacer* ⁷¹.

Él escribe en su Autobiografía: *Entre las cosas dudosas en las que me enredaba, me ocupé del espiritismo, sin tener siquiera la decisión de ser un espiritista... Mi hermano y yo solíamos jugar... con una tabla de ouija, pero éramos de los pocos que jugábamos con ella en broma. No obstante, no descarto completamente la sugerencia de algunas personas de que estábamos jugando con fuego e, incluso, con fuego del infierno... Lo único que puedo decir con*

⁶⁹ La Hera, *El fuego de la montaña. Siete conversos para nuestro tiempo*, Madrid, Ed. San Pablo, 2009, p. 236 ss.

⁷⁰ Autobiografía p.69.

⁷¹ Ib. p. 298

*completa confianza acerca del poder místico e invisible, es que todo es mentira*⁷². *El ambiente general de mi niñez era agnóstico. Mis padres constituían la excepción..., porque creían en un Dios personal o en una inmortalidad impersonal*⁷³.

Mis ideas se alimentaron casi exclusivamente de publicaciones anticatólicas... Sin embargo, (ahora que soy católico) creo que la Iglesia católica puede salvar al hombre ante la destructora y humillante esclavitud de ser hijo de su tiempo... Los católicos, muy al contrario de todos los otros hombres, tienen una experiencia de diecinueve siglos. Una persona que se convierte al catolicismo, llega a tener de repente dos mil años. La Iglesia católica es obra del Creador y sigue siendo capaz de vivir lo mismo en su vejez que en su primera juventud. Y sus enemigos, en lo más profundo de sus almas, han perdido ya la esperanza de verla morir algún día.

*Cuando la gente me pregunta ¿Por qué ha ingresado usted en la Iglesia de Roma?, la primera respuesta es: “Para desembarazarme de mis pecados”. Pues no existe ningún otro sistema religioso que haga realmente desaparecer los pecados de las personas... El sacramento de la penitencia concede vida nueva y reconcilia al hombre con todo cuanto vive, pero no lo hace como suelen hacerlo los optimistas, los hedonistas y los predicadores paganos de la felicidad. El don se concede mediante un precio y está condicionado por una confesión*⁷⁴.

*En una oportunidad le preguntaron: ¿Por qué se hizo usted católico? y respondió: “Porque quiero ser feliz. La dificultad para explicar adecuadamente el por qué soy católico consiste en el hecho de que hay 10.000 razones, que se pueden resumir en que el catolicismo es verdadero*⁷⁵.

*Sé que el catolicismo es demasiado grande para mí y aún no he explorado todas sus terribles y hermosas verdades. No sé explicar por qué soy católico, pero ahora que lo soy no podría imaginarme de otra manera. Estoy orgulloso de verme atado por dogmas anticuados y esclavizado por credos profundos (como suelen repetir mis amigos periodistas con tanta frecuencia), pues sé muy bien que son los credos heréticos los que han muerto, y que sólo el dogma razonable vive lo bastante para que se le llame anticuado*⁷⁶.

⁷² Chesterton, *Autobiografía*, Ed Espasa Calpe, Buenos Aires, 1939, p. 82.

⁷³ *Ib.* p. 137.

⁷⁴ *Ib.* p. 298-299.

⁷⁵ Chesterton, *Perché sono Cattolico*, Ed Gribaudi, Milán, 2002, p. 9.

⁷⁶ Citado por Ayllón José Ramón, *Dios y los naufragos*, Ed Belacqua, Barcelona, 2004, p. 81.

Un católico es una persona que ha juntado coraje suficiente para afrontar la idea inconcebible e increíble de que pueda existir alguien más sabio que él ⁷⁷.

Algunos creen que los católicos convertidos pierden la libertad. *Una distinguida dama literata escribió hace poco que yo había ingresado en la más estricta de las confesiones cristianas y me sentí monstruosamente divertido. Un católico tiene veinte veces más sensación de libertad que un hombre atrapado en la red de nerviosos compromisos del anglicanismo. De la misma manera que un hombre que se preocupa por toda Inglaterra se siente más libre que el que siga a los conductores de un determinado partido. El católico tiene a su vista el abanico de dos mil años llenos de 120.000 controversias arrojadas por un pensador contra otro, escuela contra escuela. Gremio contra gremio, nación contra nación, sin ningún límite excepto el hecho fundamentalmente lógico de que las cosas valían la pena de discutirse, porque en último término podían ser solucionadas y establecidas* ⁷⁸.

El hombre que teme entrar en la Iglesia católica se imagina comúnmente que lo que siente es una suerte de claustrofobia. De hecho lo que realmente siente es una especie de agorafobia (miedo a los espacios abiertos). Algunos incidentes históricos menores, casi enteramente peculiares, de la particular manera en la que sobrevivió el catolicismo en Inglaterra les han dejado a muchos ingleses la extraordinaria noción de que esta fe es un asunto de rincones y huecos. Estos honestos protestantes caminan con el permanente miedo de ser enclaustrados. Para ellos la típica actitud católica no es encaminarse hacia algo grande como una iglesia, sino hacia algo pequeño como el confesonario. La misma noción se ve reforzada por el uso de la palabra “celda”, que en una comunidad protestante son las de las prisiones y no las celdas monásticas. Lo mismo les sugiere la palabra “cripta”, acerca de la cual sin duda debe haber algo críptico (secreto). Estas y otras etiquetas de la tradición han preservado en este país la costumbre de hablar como si el peligro de convertirse en católico fuera el de ser enterrado en un oscuro y profundo agujero ⁷⁹.

La Virgen María, al recordarnos especialmente al Dios encarnado, encarna y reúne de alguna manera todos los elementos del corazón y de los instintos más elevados que son los legítimos atajos hacia el amor de Dios... Cuando yo recordaba a la Iglesia católica, la recordaba a la Virgen. Cuando trataba de olvidar a la Iglesia católica, era a ella a la que trataba de olvidar. Cuando me di cuenta de ello, fue en el puerto de Brindisi, donde prometí lo que haría si retornaba a mi tierra ⁸⁰.

⁷⁷ *El pozo y los charcos*, Ed. Agape, Buenos Aires y Madrid, 2007, p. 55.

⁷⁸ *Ib.* pp. 59-60.

⁷⁹ *Ib.* pp. 171-172.

⁸⁰ *Ib.* pp. 185,187-188.

*El protestantismo es un nombre, pero es un nombre que puede ser usado para encubrir cualquier ismo, excepto el catolicismo. Hoy es un recipiente dentro del cual se pueden volcar las miles de cosas que por miles de razones se oponen a Roma. Pero puede ser llenado por ellas, porque es algo hueco, porque esta vacío. Todo tipo de negación, toda nueva religión, toda revuelta moral o irritación intelectual que pueda hacer que un hombre rechace el llamado de la fe católica, está aquí reunido en un confuso montón y cubierto por la anticuada, pero conveniente etiqueta del protestantismo*⁸¹.

El edificio de mi fe se parece a una catedral. Esta fe mía es demasiado grande para una descripción detallada. Recuerdo a unos autores que lanzaban graves acusaciones contra el catolicismo y, cosa curiosa, lo que ellos condenaban, me parecía a mi algo precioso y deseable. Se mencionaba la “terrible” blasfemia contra la Virgen de un místico católico que decía: “Todas las criaturas deben todo a Dios, pero a Ella hasta Dios mismo le debe algún agradecimiento”. Y yo pensé: “¡Qué maravillosamente dicho!”

Chesterton defendió a la Iglesia y la fe católica en sus escritos y hasta fundó un semanario G. K's Weekly para comunicar su pensamiento católico. Murió el 14 de junio de 1936, a los 62 años.

HENRI GHEÓN (1875-1944)

Nació en 1875 en Bray-sur-Seine (Francia). Su padre era farmacéutico y él estudió medicina. De niño fue educado cristianamente. Aprendió a rezar las oraciones de rodillas ante un pequeño Cristo de marfil entre su madre y su hermana. Hizo su primera comunión con fervor. Dos o tres años después sucedió lo que él mismo refiere: *Durante las vacaciones de Pascua, mi madre estaba en el cuarto de arriba, vistiéndose para la misa. Yo me encontraba abajo leyendo. ¿Había pensado bien lo que iba a hacer? Ella me llama sin que yo le conteste. Me dice: “Prepárate, que llegamos tarde a misa”. Y yo le digo: “Yo ya no voy. ¿Qué quieres, mamá? Yo no creo”*⁸².

En ese momento, Henri tenía 15 años y vivirá los próximos 20 años sin Dios y sin necesidad de él. Él se dedica a la pintura, a la música y al estudio de la medicina. En un viaje a Florencia descubre las pinturas de fra Angélico. Un día una de sus sobrinitas más queridas se enferma gravemente y lo llaman a Italia donde estaba. La niña se restablece, pero dos meses después su madre muere

⁸¹ Ib. p. 196.

⁸² Lelotte, *Convertidos del siglo XX*, Ed. Studium, Madrid, p. 8.

inopinadamente en un accidente. Él se rebela contra la providencia divina. Años más tarde dirá que esa fue su peor blasfemia. Durante la misa de los funerales por su madre, él estaba roído por el orgullo y el dolor. En la elevación mira fijamente la hostia y piensa: *Oh Dios, Tú no existes, no puedes existir, porque me has quitado a mi madre* ⁸³.

En la primera guerra mundial se enrola como médico y es destinado a un equipo de ambulancias en el norte. Vuelve a París y asiste a las manifestaciones religiosas que preceden a la victoria del Marne, pero no toma parte en las plegarias de la multitud. En diciembre vuelve al frente por Yser. Gide escribió: *Antes de salir de París tuve un extraño sueño del que no hablé sino mucho tiempo después. Aunque no soy amigo de creer en sueños, me dejó conmovido. Me paseaba con Gheón, como habíamos hecho a menudo juntos por Argel, por Italia y últimamente por Asia Menor y Grecia, en donde presentimos toda la preparación para la guerra. Estábamos en un misterioso valle, todo umbroso, deslizábamos sobre un maravilloso tapiz de vapor. Yo me sentía desfallecer de gozo. Y de repente, cuando aquella suavidad se hacía casi inaguantable, mi compañero se detuvo, me tocó en el brazo y dijo: “No avancemos más”. Su voz era solemne: “No avancemos más, porque en adelante entre nosotros hay esto”. Y aunque no hizo ningún gesto, mi vista descubrió en seguida un gran rosario que colgaba de su mano derecha. Me desperté lloroso con el corazón oprimido por una angustia que no se disipó, aun cuando me había despertado* ⁸⁴.

El 27 de enero Dupouey, amigo de Gide y a quien Gide deseaba que Gheón lo conociera, estaba cerca del lugar donde estaba Gheón. Este preguntó por él y lo encontró. El capitán Dupouey era robusto y de pequeña estatura. Conversan un rato y se despiden. El 24 de febrero Dupouey visita a Gheón y juntos hacen una breve excursión. Este fue el tercero y último encuentro. A los pocos días se enteró de que Dupouey había caído muerto por un obús. Fue en busca de su tumba. Encontró un pequeño montón de tierra y en su pobre cruz colocó un ramito de boj que su hermana le había enviado el domingo de Ramos.

Le escribió a Gide y le contó: *¿Rogué por él? Eso es lo que creo. Por lo menos fue como si hubiera rezado. En la excitación en que me encuentro soy capaz de orar sin creer, de creer para los demás y no para mí mismo. Después visitó al capellán que le confió el secreto de Dupouey: Era un santo. Jamás he encontrado un alma semejante. Pensaba constantemente en la muerte y a medida que se acercaba más, menos la temía. En una palabra: estaba preparado. Usted parece tan conmovido que voy a hacerle una confidencia. He aquí lo que me escribía estos últimos días la esposa de Dupouey: Los dos hemos hecho el*

⁸³ Ib. p. 10.

⁸⁴ Ib. p. 12.

sacrificio. Y en cuanto al niño, ya no tiene padre, no tiene nada. Lo confío al Padre que está en los cielos ⁸⁵.

Gheón piensa: *Dupouey está muerto. No puede estar muerto por completo. Y vive en algún sitio en esa gloria que esperaba, que ha merecido y de la que su recuerdo aparece aureolado. Es evidente que Dios existe. Y, si Dios existe, es necesario creer* ⁸⁶.

En septiembre de 1915 la ofensiva rompe el frente. La víspera del ataque en la noche, donde palpita tanta vida joven, ofrecida ya a la muerte y que pronto será sacrificada, el médico Gheón siente su pecho lleno de emoción; emoción que se vuelve en plegarias. Y luego de 25 años de silencio, las palabras del padrenuestro se le escapan a su pesar de los labios.

La ofensiva desemboca en desastre. Pero la paz interior sobrepasa toda paz. Ahora Gheón reza cada día. Está volviendo al fervor de su infancia. La señora Dupouey le ha dejado un cuaderno de meditaciones de su esposo. Cree, pero aún duda. Sin embargo, el 25 de diciembre de 1915 en la pequeña capilla de Sains-en-Gohelle comulgó y allí tuvo su encuentro con Dios.

Terminada la guerra, volvió a París y publicó su conversión en el libro *L'homme né de la guerre* (El hombre nacido de la guerra). Se hace amigo de Jacques Maritain, él también convertido. Escribió más de 60 piezas para ser representadas en los teatros de Francia y del extranjero. El 13 de junio de 1944 moría en una clínica de París. En los últimos momentos, le atendió su viejo amigo el padre Roquet. Lo amortajaron con el hábito de terciario dominico.

MANUEL AZAÑA (1880-1940)

Fue un escritor y político español. En su libro *El jardín de los frailes* presenta la religión como una cárcel de la que quiere salir para ser libre. Abandonó la religión sin llenar el vacío existencial que le dejó. Una de sus frases más celebres fue: *Ni todos los conventos de Madrid valen la vida de un republicano*. Otra fue: *España ha dejado de ser católica*.

Forma parte del Comité revolucionario que contribuyó a la instauración de la II República española el 14 de abril de 1931. En las elecciones a las Cortes Constituyentes en junio de 1931 fue confirmado como jefe del Ejecutivo. En mayo de 1936 fue elegido como Presidente de la República. Dimitió en febrero

⁸⁵ Ib. p. 15.

⁸⁶ *Ibidem*.

de 1939 ante el avance de las tropas nacionales y se exilió en Francia, estando ya gravemente enfermo del corazón. Murió el 3 de noviembre de 1940 en Montaubán (Francia).

En los últimos meses de enfermedad dejó su ateísmo y aceptó la fe católica. Su esposa Dolores Rivas Cherif, siempre fue católica practicante y él respetó su fe. Ella escribió una carta a su hermano Cipriano de Rivas en la que le dice: *Supo nuestro enfermo la llegada a Montaubán del nuevo obispo por el gran aparato de campanas en la catedral que teníamos enfrente. Comentó conmigo lo bonita que sería la ceremonia en la catedral y dijo: “Lástima no poder verlo”, recordaba con ese motivo las fiestas de la iglesia de El Escorial. Días después recordó al obispo y en otro momento volvió a decir de qué buena gana lo vería. Insistió varias veces en este deseo al que yo me resistía... Su afán por ver al obispo llegó a ser tan grande que, estando Saravia con nosotros, se dolió con él de que yo no le escuchara...*

*A veces, mirando a la puerta de la catedral desde la ventana, repetía con su insistencia de enfermo en el deseo de conocer al obispo... Un día acompañada de la monja sor Ignace, hermana de la Caridad, fuimos a ver al obispo, quien recibéndome en el acto, trató de calmarme y consolarme... Al día siguiente, fue a visitarle el obispo, que, viendo que el enfermo se cansaba, nos dejó enseguida. Volvió otro día acompañado de un cura español refugiado en Francia, a quien yo no conocía, pero no accedí a que el cura viera al enfermo y sí acepté al obispo... Otro día, viendo que el enfermo estaba más grave, vino el obispo con la monja. El obispo lo visitó varias veces y estuvo con el enfermo cuando falleció, aunque yo no estaba*⁸⁷.

El obispo, Monseñor Théas, escribió en el boletín oficial del obispado que a Manuel Azaña Díaz le había administrado el sacramento de la penitencia (confesión) y la unción de los enfermos⁸⁸.

El obispo Théas escribió en 1940, al día siguiente de la muerte de Azaña, sobre lo sucedido. También escribió sobre este hecho en otro documento de 1952 y en otro de 1958⁸⁹. En el documento de 1940 afirma que el expresidente le dijo: *Vuelva a visitarme todos los días. Y todos los días por la tarde iba a conversar un rato con él. Hablábamos de Revolución, de los asesinatos, de los incendios de las iglesias y conventos. Él me hablaba de la impotencia de un gobernante para contener a las multitudes desenfrenadas y detener el movimiento que se había desencadenado* (documento de 1958).

⁸⁷ Sanz Agüero Marcos, *Manuel Azaña*, Ed. Círculo de amigos de la historia, Madrid, 1975, pp. 225-229.

⁸⁸ *Ib.* pp. 229-230.

⁸⁹ Estos documentos se encuentran copiados por el padre Gabriel Verd en la revista *Razón y fe*, N° 1058, diciembre de 1986.

Un día, deseando conocer los sentimientos íntimos del enfermo, le presenté el crucifijo. Sus grandes ojos abiertos, enseguida humedecidos por las lágrimas, se fijaron largo rato en el Cristo crucificado. Seguidamente lo cogió de mis manos, lo acercó a sus labios, besándolo amorosamente por tres veces y exclamando cada vez: “Jesús, piedad, misericordia” (documento de 1958). En el documento de 1940 escribe el obispo: El presidente manifestó sentimientos cristianos. Por sí mismo y repetidas veces besó con fervor el crucifijo que se le presentaba, pronunciando palabras como estas: “Dios mío, piedad, misericordia” (1940).

Continúa el obispo: Este hombre tenía fe. Su primera educación cristiana no había sido inútil. Después de errores, olvidos y persecuciones, la fe de su infancia y de su juventud informaba de nuevo la conducta de los últimos días de su vida (1958).

A la pregunta: ¿Desea usted el perdón de sus pecados? Respondió: Sí (1940). Recibió con plena lucidez el sacramento de la penitencia, que yo mismo le administré (1952). En el documento de 1958 dice claramente el obispo: Invité al enfermo al sacramento de la penitencia y lo recibió de muy buen grado (1958).

Cuando pedí a la señora Azaña que me permitiera llevar el Viático (comunión) a su marido, estaba yo seguro de que el enfermo quería recibir la comunión. Pero choqué con la negativa obstinada de N. Cinco veces me presente y las cinco tuve que marcharme. Se me decía: “Eso le impresionaría demasiado” (1952). Anotemos que la misma señora Azaña ignoraba que le hubieran impedido cinco veces el darle la comunión, ni sabía quién había sido. La noche del 3 de noviembre de 1940, a las 11 p.m., la señora Azaña me mandó llamar. Acudí inmediatamente y en presencia de sus médicos españoles, de sus antiguos colaboradores y de su esposa, administré la extremaunción y la indulgencia plenaria al moribundo en plena lucidez. Después, sujetas sus manos entre las mías, mientras yo le sugería algunas piadosas invocaciones, el presidente expiró dulcemente en el amor de Dios y la esperanza de su visión (1958).

Después de su muerte, Monseñor Théas afirma: La señora del presidente, conociendo el fin cristiano de su marido, pidió exequias religiosas que después de un acuerdo con el señor arcipreste, consistirían en un simple responso en la catedral sin levantamiento del cadáver, ni misa (1940). Pero el día 5 de noviembre (día del entierro) la señora del presidente estaba muy cansada y decidió no asistir a la ceremonia. El cortejo fúnebre, en lugar de ir a la catedral, donde se le esperaba, se dirigió al cementerio y el entierro fue puramente civil (1940).

Contra la voluntad del presidente y de su viuda se hizo presión para dirigir el cortejo fúnebre directamente al cementerio, impidiendo la ceremonia religiosa, que había sido prevista en la catedral (1958). El cónsul de México dispuso el entierro civil del presidente. La viuda, después, no se atrevió a protestar, porque México pagaba todos los gastos del hotel al presidente y a los que le acompañaban (1952). Azaña fue enterrado con la bandera mexicana, pues el gobierno de México pagó la sepultura.

Esa misma tarde del entierro la señora Azaña acudió al obispado para agradecer a Monseñor sus visitas y su ministerio cabe el presidente. Le manifestó también su pesar por el carácter puramente laico que se le había dado, mal de su agrado, a los funerales de su marido (1940).

Y añade Monseñor Théas: *El entierro fue civil, pero la muerte había sido cristiana. ¿Acaso no es esto lo esencial?* (1958). Los restos de Manuel Azaña descansan en el cementerio de Montaubán bajo una cruz de bronce, como mandó su viuda.

Nota.- El documento del obispo del 7 de noviembre de 1940 (al día siguiente del entierro) se publicó en el *bulletin catholique du diocese de Montauban*, pp. 338-339. El documento de 1952 fue una carta del obispo dirigida al padre Guichommerre. El documento de 1958 (del 31 de diciembre de 1958) fue publicado en el boletín oficial eclesiástico del obispado de Vich, tomo 111, N° 2520.

JACQUES MARITAIN (1882-1973)

Jacques Maritain y Raissa (de padres ortodoxos judíos de Rusia) se conocieron en 1900, cuando ambos eran estudiantes de filosofía en La Sorbona de París. Él tenía 18 años y Raissa 17. Ella descubrió pronto su vocación de poetisa y escritora. Desde los 15 años ya se planteaba el problema del mal en el mundo y el mal causado por las injusticias sociales. Los dos llegaron a entenderse en sus aspiraciones fundamentales. Dice Raissa: *Pensábamos juntos sobre el universo entero, el sentido de la vida, el destino de los hombres, la justicia y la injusticia de las sociedades... Por primera vez podía hablar realmente de mí misma, salir de mis reflexiones silenciosas para comunicarlas, contar mis tormentos. Por primera vez encontraba a uno que me inspiraba desde el principio una absoluta confianza*⁹⁰.

⁹⁰ Hustache, *Dos almas que buscan la verdad: Jacques y Raissa Maritain, en Lelotte, convertidos del siglo XX*, Studium, pp. 145-160.

Constataron que los estudios de La Sorbona no les estaban ayudando a resolver su problema existencial sobre el sentido de la vida e hicieron un pacto: si pasado un tiempo no encontraban sentido a la vida, se suicidarían.

Jacques repetía mucho la oración del libro *La femme pauvre* (la mujer pobre): *Oh Dios mío, si existes, dámelo a conocer*⁹¹. León Bloy les dio a conocer escritos de místicos, en especial las *Revelaciones de Ana Catalina Emmerick*. Y se entusiasmaron: Habían encontrado por fin la fe y el sentido de su vida. El escritor francés León Bloy fue su padrino, pues los había ayudado a encontrar la fe en la Iglesia católica. También fueron aconsejados por Charles Peguy, un convertido del ateísmo al catolicismo, para que fueran a oír las charlas del filósofo judío Henri Bergson. Y estas charlas les aclararon sus dudas. Cuando él tenía 24 años y ella 23, dieron el paso definitivo y, después de una buena preparación, se bautizaron el 11 de junio de 1906 junto con Vera, la hermana de Raissa.

Los padres de Raissa, rusos y judíos, lloraron mucho por esta decisión, porque les parecía una traición a su estirpe y a su religión. Después del bautismo, los tres (Jacques, Raissa y Vera) iban a misa todos los días y comulgaban. Entablaron amistad con muchos intelectuales franceses, algunos de ellos también convertidos del ateísmo o agnosticismo. El 29 de septiembre de 1912 los tres se hicieron oblatos de San Pablo de Oosterhour. Jacques por su parte se dedicó a dar clases en el Colegio Estanislao en octubre de 1912.

Pero en su vida de fe Dios permitió que Jacques tuviera tentaciones contra la fe para poder así fortalecerla ante las dificultades venideras, de modo que pudo llegar a ser un gran filósofo católico de Francia y pudo defender los derechos de la Iglesia cuando fue embajador de Francia ante la Santa Sede. Él nos dice: *No sé si en 1911 ó en 1912 fui asaltado por violentas tentaciones contra la fe. Hasta entonces las gracias del bautismo habían sido tan grandes que lo que yo creía me parecía verlo en la misma evidencia. Ahora tenía que experimentar lo que es la noche de la fe. Recuerdo largas horas de tortura interior, en la calle Orangerie, solo en el aposento del número 4, que yo había convertido en una especie de reducto para el trabajo. Evitaba hablar de ello. Salí de esta prueba por la gracia de Dios muy fortalecido. Me consolaba pensando que sin duda aquello había sido necesario, si es que yo iba a ser de alguna utilidad para los demás*⁹².

Algo muy importante en la vida de Maritain y de su esposa fue el defender la autenticidad de las apariciones de la Virgen en La Salette, que después fueron

⁹¹ Ib. p. 56.

⁹² Maritain Jacques, *Cuaderno de notas*, Ed. Desclee de Brouwer, 1967, p. 86.

aprobadas por el obispo del lugar, pero que al principio tuvo muchos opositores, que consideraban a la vidente Melania como una mentirosa y la desacreditaban públicamente.

Sobre este tema de La Salette escribió una obra y fue a presentársela al mismo Papa Benedicto XV. El 26 de marzo de 1918 salió de París en viaje a Roma. El Papa lo recibió el 2 de abril y le aseguró que él creía en las apariciones, pero que en cuanto a las palabras que Melania decía que le había dirigido la Virgen, podían ser exageradas por su propia fantasía o imaginación.

Jacques le manifestó al Papa que él creía que las palabras tal como las había dicho Melania eran auténticas. Lo mismo aseguró Raissa. El Papa les sugirió que presentaran su libro al cardenal Billot para su aprobación y poder publicarlo, pero el cardenal Billot lo desaprobó y desautorizó su publicación, ya que estaba en contra de esas apariciones. Jacques obedeció y la obra quedó sin publicar.

Maritain fue un gran admirador de la filosofía tomista de santo Tomás de Aquino, fundó los círculos de estudios tomistas. Fue muchos años embajador de Francia ante la Santa Sede. También dio clases en la universidad de Princeton en Estados Unidos. Al enviudar en 1960, se instaló cerca de los *Hermanitos de Jesús*, fundados por el Padre Charles de Foucauld, llegando a profesar en esta Institución a sus 89 años, dos años antes de su muerte.

GIOVANNI PAPINI (1881-1956)

Nació en Florencia (Italia) el 9 de enero de 1881. Su padre era acérrimo ateo y quiso que su hijo se educara al margen de toda religión. Le prohibió que asistiera a las clases de religión de la escuela. Él y otro niño judío eran los únicos que no asistían. Cuando este le preguntó si era protestante o excomulgado, respondió: *Mi padre es ateo, es decir, un hombre que no cree en nada* ⁹³. Su madre, Herminia, lo bautizó en secreto. Se casó a los 26 años con Giacinta Grovagnoli, una campesina de Bulciano (Toscana). Se casaron por la Iglesia para darle gusto a la novia, aunque él era ateo convencido.

En sus ideas era más inclinado a la derecha. Por eso los comunistas le tenían odio y fue expulsado del Sindicato de periodistas. Un periódico comunista escribió que solo se le dejara vivir si no volvía a escribir más.

⁹³ La Hera, *El fuego de la montaña*, Ed. San Pablo, Madrid, 2009, p. 35.

En su juventud se entusiasmó con las ideas de Nietzsche. En 1912 con sus 30 años escribió un libro autobiográfico: *Un uomo finito* (Un hombre acabado) donde manifiesta su insatisfacción y vacío existencial. Escribió: *Todo está acabado, todo perdido, todo cerrado. No hay nada que hacer. ¿Consolarse? No. ¿Llorar? Para llorar hace falta un poco de esperanza. Y yo no soy nada, no cuento nada y no quiero nada. Soy una cosa, no un hombre. Tocadme, estoy frío, frío como un sepulcro. Aquí está enterrado un hombre que no puede llegar a ser Dios*⁹⁴.

Y sigue diciendo: *Yo no quiero ni pan ni gloria ni compasión. Solo quiero un poco de certeza, una pequeña fe segura, un átomo de verdad. Tengo necesidad de algo verdadero. No puedo vivir sin la verdad. No pido otra cosa, no pido más, pero esto que pido es mucho, es una cosa extraordinaria, lo sé. Pero lo quiero de todos modos. Sin esta verdad no consigo vivir y si nadie tiene piedad de mí, si nadie me puede responder, buscaré en la muerte, la felicidad de la plena luz o la quietud de la eterna nada*⁹⁵.

Felizmente entre 1919 y 1921, no dice en qué momento, descubrió la verdad en Cristo. Su amigo Domenico Giuliotti le ayudó en este caminar.

En su Proceso de conversión le ayudaron algunas experiencias personales. *El quedarse fascinado al encontrarse ante una procesión, con un campesino de barba negra, que llevaba una cruz sobre su espalda —representando a Jesucristo subiendo hacia el Gólgota— y al ver gentes campesinas, arrodillándose y santiguándose a su paso, fue una vivencia que tuvo un efecto importante en su interior.*

Su experiencia de ser llamado, por unos campesinos de Bulciano, a sustituir a un párroco ausente, a media noche, para un bautismo de una niña en peligro de muerte.

Una noche, estando en el campo, le despertó una mujer del pueblo. Venía agitada, nerviosa. El niño de una vecina suya había nacido agonizante. Debían bautizarlo enseguida...

- *Pero... ¡si yo no soy sacerdote!*
- *Usted puede hacerlo. ¡Venga pronto!*

Papini no sabía por dónde empezar. Pidió un libro de misa, y ni siquiera sabía por dónde abrirlo. Recitó el credo y el padrenuestro. Luego tomó el agua

⁹⁴ Papini Giovanni, *Un uomo finito*, Ed Vallecchi, Firenze, 1926, p. 202.

⁹⁵ Ib. pp. 246-250.

que le trajeron en un recipiente pequeño, y la derramó sobre el niño que se moría. Dijo: “Ego te baptizo in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti”. Conocía el latín y sabía lo que hacía la Iglesia en estas ocasiones.

— ¡Dios os bendiga! —respondió una señora mayor, al concluir el sacramento—. ¡Habéis hecho un ángel!

Aquellas buenas gentes, en su simplicidad, opinaban que, ausente el cura, quien mejor podía hacer una tarea sacramental como aquella, era el intelectual, “sin pensar —comentaba Papini— en el vacío de su corazón”.

Y continuaba diciendo: “De la sombra de aquella habitación salió al sol, espantado, sin saber bien lo que había hecho, como si me hubiera despertado de un sueño extravagante. Y a pesar de todo, si esas mujeres no mentían, acababa de ser el actor de un milagro: ¡yo el ateo, había dado un ángel nuevo al paraíso⁹⁶.”

Un cuarto factor fue su acompañamiento a Midio —hijo de un amigo suyo— en el proceso de su muerte. Pudo comprobar cómo le ayudó en esos momentos a ese joven la fe en la resurrección. Era la fiesta de Pascua de Resurrección, cuando este joven le dijo a Papini: “¡Jesús ha resucitado! También nosotros resucitaremos, ¿verdad?”.

Él refiere: Han pasado, después, años; se han producido cambios en mí, pero jamás he podido olvidar el rostro inocente de Midio, ni aquella voz que pronunció mi nombre con tanto amor. Ese nombre pronunciado por él en sus últimos momentos y de esa manera, resonó en mí más tarde como un llamamiento. Como una invitación. Desde aquel día mi corazón fue menos malo, menos agrio que antes. Y hasta hoy rezo por él, a fin de que me perdone por no haberle amado bastante ⁹⁷.

En la Iglesia de la Santa Croce de Florencia, panteón de hombres ilustres, rodeado de las tumbas de Miguel Ángel, de Maquiavelo, de Galileo y del monumento fúnebre a Dante Alighieri (su tumba está en Ravena), Giovanni Papini tuvo otra experiencia religiosa, que le empujó por el camino de la fe; camino que, sin duda, estaba ya recorriendo.

Fueron las vidrieras del templo las que, en aquella tarde de otoño, atrajeron su atención. Clavó en ellas su mirada y la paseaba, pensativo, de unas

⁹⁶ La Hera, *El fuego de la montaña*, Ed. San Pablo, Madrid, 2009, p. 38.

⁹⁷ Ib. p. 40.

a otras. En un momento dado, se sintió invitado a “nacer de nuevo” a volver a la infancia.

*“Si todo era verdad, si Jesús era Dios (...). Y si él existía verdaderamente, ¿no podía escuchar a aquel que le hablaba en ese instante? ¿Darle una señal? ¿No debería Él saber que mi corazón quería pertenecerle por completo y que, en secreto, este corazón era más naturalmente cristiano que lo que decían mis palabras orgullosas?”*⁹⁸.

En 1921 ya era un enamorado de Jesús. Y su amor lo manifestó en su gran obra *Historia de Cristo*, que quiere ser un acto de reparación por todos sus escritos anticristianos anteriores, en los que había insultado a Cristo con los términos más vulgares. Una vez convertido, le pidió a su hija Viola que buscara todas las copias de sus obras sobre todo de *Las Memorias de Dios* para quemarlas.

Y decía con una alegría desbordante: *Cristo está vivo. Cristo es la verdad. Oh, Cristo, tenemos necesidad de ti, de ti solo. Tú nos amas. Viniste para salvar, naciste para salvar, te hiciste crucificar para salvar, tu misión y tu vida es la de salvar y tenemos necesidad de ser salvados*⁹⁹.

También escribió: *Decidlo fuerte y gritad que nuestro Dios es un Dios joven, amigo de los niños y de los jóvenes. No os preocupéis si nuestros libros parecen antiguos y si nuestras iglesias están hechas de piedras seculares. Viejos en cambio son los enemigos del cristianismo. Vieja es la barbarie feroz que a cada tanto aflora en la humanidad, viejo es el paganismo que jamás ha muerto del todo en las almas bajas y mal convertidas.*

*Jesús, todos tienen necesidad de ti, incluso los que no lo saben, y los que no lo saben mucho más que aquellos que lo saben. El hambriento se imagina que busca pan, y es que tiene hambre de ti, el sediento cree desear agua, y tiene sed de ti; el enfermo se figura ansiar la salud, y su mal está en no poseerte a ti. El que busca la belleza del mundo, sin percatarse, te busca a ti, que eres la belleza entera y perfecta; el que persigue con el pensamiento la verdad, sin querer te desea a ti, que eres la única verdad digna de ser sabida, y quien se afana tras la paz, a ti te busca, única paz en que pueden descansar los corazones, aún los más inquietos. Esos te llaman sin saber que te llaman, y su grito es inefablemente más doloroso que el nuestro*¹⁰⁰.

⁹⁸ Vintila Horia, *Giovanni Papini*, Madrid, 1965, pp. 86.87.

⁹⁹ Comastri Angelo, *Dov'è il tuo Dio?*, Ed. San Paolo, Milano, 2003, p. 12.

¹⁰⁰ La Hera, o.c., p. 33.

Se hizo terciario franciscano con el nombre de fray Buenaventura. En 1944, después del asesinato de Giovanni Gentile, profundamente dolido, rechazó su nombramiento de Presidente de la Academia de Italia.

Murió de esclerosis lateral amiotrófica el 8 de julio de 1956, después de recibir la unción de los enfermos. Él se autodenominó: católico, artista y florentino. Sus obras completas ocupan 60 volúmenes.

MANUEL GARCÍA MORENTE (1886-1942)

Fue un gran filósofo español. Era ateo, aunque de niño había hecho la primera comunión, pero sus estudios de filosofía lo habían alejado de Dios y de la religión. Al comenzar la guerra civil española (1936-1939) tuvo que huir a Francia. Estaba en París desesperado por no encontrar medios para conseguir que su familia llegara a París y preocupado por lo que les podía suceder. En estas circunstancias en la noche del 29 al 30 de abril de 1937, ocurrió lo inesperado. En su desesperación ante los acontecimientos, optó por algo que nunca hubiera hecho en circunstancias normales. Se puso a orar.

Él escribió en su testimonio de conversión: *Por mi mente empezaron a desfilar imágenes de la niñez de Nuestro Señor Jesucristo. Poco a poco se fue agrandando en mi alma la visión de Cristo clavado en la cruz. Me dije a mí mismo: "Este es el Dios verdadero, el Dios vivo. Él entiende a los hombres, vive con ellos, sufre con ellos, los consuela y les trae la salvación. A rezar, a rezar". Y puesto de rodillas empecé a balbucir el padrenuestro, pero se me había olvidado. Recordé mi niñez, recordé a mi madre a quien perdí cuando yo contaba nueve años. Me representé claramente su cara, el regazo en que me recostaba, estando de rodillas para rezar con ella y lentamente con paciencia fui recordando el padrenuestro y el avemaría.*

Una inmensa paz se adueñó de mi alma... Pensé: lo primero que haré mañana será comprarme un libro devoto y algún manual de doctrina cristiana. Aprenderé las oraciones, me instruiré mejor. Compraré los santos Evangelios y una vida de Jesús. Debí quedarme dormido.

Me puse en pie, todo tembloroso y abrí de par en par la ventana. Una bocanada de aire fresco me azotó el rostro. Volví la cara hacia el interior de la habitación y me quedé petrificado. Allí estaba Él. Yo no lo veía, yo no lo oía, yo no lo tocaba. Pero Él estaba allí. En la habitación no había más luz que la de una lámpara eléctrica, de esas diminutas de una o dos bujías en un rincón. Yo no veía nada, no oía nada, no tocaba nada. No tenía la menor sensación. Pero Él estaba allí. Yo permanecía inmóvil, agarrotado por la emoción. Y le percibía;

percibía su presencia con la misma claridad con que percibo el papel en que estoy escribiendo y las letras que estoy trazando. Pero no tenía ninguna sensación ni en la vista, ni en el oído ni en el tacto ni en el olfato ni en el gusto. Sin embargo, lo percibía allí presente con entera claridad. Y no podía caberme la menor duda de que era Él, puesto que lo percibía, aunque sin sensaciones. ¿Cómo es eso posible? Yo no lo sé. Pero sé que Él estaba allí presente y que yo, sin ver ni oír ni oler, ni gustar, ni tocar nada, lo percibía con absoluta e indubitable evidencia... No sé cuánto tiempo permanecí inmóvil y como hipnotizado ante su presencia. Sí sé que no me atrevía a moverme y que hubiera deseado que todo aquello —Él allí— durara eternamente, porque su presencia me inundaba de tal y tan íntimo gozo que nada es comparable al deleite sobrehumano que yo sentía...

Era una caricia infinitamente suave, impalpable, incorpórea, que emanaba de Él y que me envolvía y me sustentaba en vilo, como la madre que tiene en sus brazos al niño... ¿Cómo terminó la estancia de Él allí? Tampoco lo sé. Terminó. En un instante desapareció. Una milésima de segundo antes estaba Él aún allí y yo lo percibía y me sentía inundado de ese gozo sobrehumano que he dicho. Una milésima de segundo después, ya Él no estaba allí, ya no había nadie en la habitación... Debió durar su presencia un poco más de una hora ¹⁰¹.

Y fue tal el impacto recibido que decidió dedicar toda su vida al servicio de Dios. Fue ordenado sacerdote en 1940 y murió en Madrid el 7 de diciembre de 1942.

PETER VAN DER MEER (1880-1970)

Gran poeta holandés, que vivía en un ateísmo intelectual donde no cabía la idea de Dios. En su libro *Nostalgia de Dios* nos habla de sus luchas interiores por querer creer, pero sin poder hacerlo hasta que llegó el momento de la gracia divina, cuando se entregó totalmente a Dios con su esposa y sus hijos. Veamos algunos de sus pensamientos, cuando todavía era ateo:

La tierra, dentro de miles o millones de años, será inhabitable y por fin perecerá. Entonces, será como si este planeta no hubiese existido jamás, todo será arrinconado en el vacío del olvido. Nadie llevará ya en sí la memoria de lo que aquellos extraños seres, que un día vivieron en la tierra y se llamaban hombres, realizaron y sufrieron... Todo habrá sido perfectamente inútil y esta comedia, que habrá durado miles de años y de la que nadie habrá sido

¹⁰¹ Manuel García Morante, *El hecho extraordinario*, Ed. Rialp, Madrid, 2002, pp. 36-43.

espectador, podía igualmente no haber tenido lugar. ¿No es esto de una vertiginosa ridiculez? ¿No es para aullar de angustia y refugiarse en la muerte?

Por espacio de un momento, breve como el zig-zag de un relámpago, estamos en la tierra, vivos, con los ojos abiertos, atormentados por todos los deseos y por todos los ensueños, queriendo alcanzar y abarcar lo imposible, interrogamos al pasado, leemos lo que los hombres han pensado antes de nosotros, nada sacamos en claro; interrogamos a la tierra, al cielo, a las estrellas, a los abismos de los espacios y a los de nuestra propia alma, lloramos de nostalgia por la belleza, gesticulamos apasionadamente y, de repente, caemos muertos y ya no hay nada más, nada, nada, nada, nuestros ojos están cerrados para siempre, los ojos con que ahora miramos las estrellas, esas estrellas que no nos recordarán¹⁰².

Poco a poco, empieza a dudar:

¿Qué significa la vida, a cuyo término está la muerte, ese inmenso agujero negro donde vamos cayendo uno tras otro como piedras? Decididamente es una perfecta estupidez tomarse la vida en serio si no existe el alma. Pero ¿acaso las religiones no son más que un hermoso sueño, bellas mentiras consoladoras a las que el hombre se aferra ante la perspectiva de desaparecer tragado por la noche espantosa de la muerte? ¿Contienen una realidad o no son más que quimeras? Sigo perplejo ante los enigmas. ¿Dónde puedo encontrar la verdad?¹⁰³.

Buscaba, pues tenía nostalgia de Dios. Y lo encontró leyendo los Evangelios y yendo a misa a la Trapa de West-Malle. Dice: “Leo la Biblia. Los místicos: Ángela de Foligno, Ruy Broeck, Catalina Emmerick y las vidas de santos como la de san Francisco y me ayudan a comprender cosas oscuras y maravillosas”.

León Bloy me presentó a un sacerdote. Me dijo: “Debe orar, reza el padrenuestro y el avemaría”. Después fui a postrarme ante el Santísimo Sacramento, expuesto todo el día y toda la noche. Le he dicho a Jesús: Dame la fe, quítame la ceguera de mis ojos para que pueda distinguir la verdad con toda claridad”¹⁰⁴.

¹⁰² Pieter van der Meer, *Nostalgia de Dios*, Ed. Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1955, p. 48.

¹⁰³ Ib. p. 60.

¹⁰⁴ Ib. p. 187.

*El 24 de febrero de 1911, nuestro hijo y yo recibimos el bautismo. Cristina y yo nos unimos en matrimonio. Ahora soy cristiano por toda la eternidad*¹⁰⁵.

*¡Oh, delicia maravillosa y sin igual! Después de 12 años puedo decir que esta nueva vida es infinitamente más hermosa, más rica y más profunda de la que nunca hubiera podido sospechar ni siquiera en los primeros años de mi conversión*¹⁰⁶.

DIETRICH VON HILDEBRAND (1889-1997)

Fue un gran filósofo católico, convertido del ateísmo. Nació en Florencia (Italia) en 1889. Pasó su juventud entre Italia y Alemania. Su padre fue un reconocido escultor de fama.

La segunda esposa de Dietrich, Alice von Hildebrand, refiere en su vida: *Amaba la verdad y odiaba la iniquidad. Fue un fiel y devoto hijo de la Iglesia católica después de su conversión y un luchador incansable contra la injusticia*¹⁰⁷. Tuvo en su juventud una buena formación intelectual y se comunicó en Alemania con los grandes filósofos del momento como Reinach, Hursel y especialmente con Scheler, de quien recibió muchas orientaciones para convertirse a la fe católica, de lo que le estuvo agradecido toda su vida.

En su casa, con sus padres y sus cinco hermanas, vivió en un ambiente cultural extraordinario. Su casa era un mundo en que el arte era el rey supremo, un mundo de cultura, un mundo de belleza y de música. En la casa todos tocaban el piano o el violín. Apreció mucho la música clásica y la filosofía y la belleza artística. Sobre todo valoró la verdad y quería ser sincero por encima de las mezquindades humanas. Estudió con institutrices privadas y aprendió a hablar fluidamente francés, italiano, alemán e inglés; y era un apasionado por la equitación.

Sus padres eran oficialmente protestantes, pero no practicantes. Sus hijos fueron bautizados por ministros protestantes, pero sin dar al bautismo ningún significado sobrenatural. Lo hicieron por seguir la tradición. Dietrich dejó de lado la religión y no creía en ninguna en particular. Vivía como ateo sin preocuparle la idea de Dios. Sin embargo, no le agradaban las personas que se burlaban de la religión o eran irreverentes con las cosas sagradas.

¹⁰⁵ Ib. p. 214.

¹⁰⁶ Ib. p. 238.

¹⁰⁷ Alice von Hildebrand, *Alma de león*, Ed. Palabra, Madrid, 2005, p. 13.

Su sentido de lo sagrado se incrementó a los 14 años cuando oyó por primera vez la *Pasión según san Mateo*, de Bach. Cuando tenía 15 años, su madre le preguntó si quería prepararse para la confirmación. Él le dijo que tomaba la religión demasiado en serio para ejecutar un acto religioso como una mera formalidad. No estaba seguro de si la verdadera religión era el cristianismo y no podía comprometerse todavía.

Otra característica de su vida era el aprecio de las mujeres. Sentía indignación cuando los hombres hablaban vulgarmente de ellas y sentía un gran aprecio por el amor humano y la fidelidad matrimonial. Por eso pudo escribir en su edad adulta varios libros sobre la femineidad, el amor y el sexo, y la fidelidad matrimonial.

A sus 17 años fue a estudiar filosofía a la universidad. Quedó fascinado por la altura intelectual de Scheler. A veces se iban a algún café para discutir cualquier tema de filosofía y de esta manera Dietrich maduraba en sus puntos de vista filosóficos con la ayuda y orientación de su maestro Scheler, quien le abrió el camino a la Iglesia católica al convencerle de que ella recibió y conservaba la totalidad de la verdad revelada. Además, Scheler le hizo ver que la santidad, como la de san Francisco de Asís, no se podía explicar por categorías éticas puramente naturales. Su santidad tenía que provenir de otra fuente. De este modo le abría el camino a la conversión. Fue un proceso lento que duró varios años, pero seguro y, cuando se convirtió, fue un católico hasta los huesos, es decir, hasta la médula. Estaba tan convencido de su fe que, en todas sus clases y conferencias, de un modo o de otro, trataba de hablar de la Iglesia y de la verdad que ella transmitía al mundo. De hecho, una vez convertido, iba a misa y comulgaba todos los días. Scheler también le hizo ver que la solución a los problemas humanos no era el socialismo, sino la doctrina social de la Iglesia.

Se enamoró de Margarete (Gretchen) Denk, una mujer mayor que él con la que finalmente se casó. Sin embargo, sus padres no la aceptaban como nuera y creían que él era demasiado joven, pues tenía entre 19 y 20 años.

Como sus padres no aceptaban a Margarete, decidió unirse a ella y tuvieron un hijo: Franz. *El nacimiento de su hijo fue para Dietrich una profunda experiencia religiosa. Le removió hasta el fondo de su ser y le hizo consciente de la misteriosa colaboración entre Dios y el hombre que tiene lugar en la procreación. Arrojó para él una nueva luz sobre el misterio de la esfera sexual y profundizó en el sentido de reverencia hacia esta esfera de la vida humana* ¹⁰⁸.

¹⁰⁸ Ib. p. 124.

Después del nacimiento de Franzi los padres de Dietrich lo aceptaron y aceptaron también Margarete como nuera.

Por fin decidió entrar en la Iglesia católica. La semilla que había sembrado Scheler había dado su fruto y también Margarete se estaba preparando con él. Su hermana Lisl se había hecho ya católica e invitó a Dietrich y Margarete a su primera comunión en las catacumbas de Roma. Al poco tiempo, los dos fueron a ver a un sacerdote franciscano en Munich para que los preparara para la abjuración del protestantismo y después de su preparación, bautizarlos.

*Dice Alice: Cada vez que él mencionaba este acontecimiento de su conversión, su rostro se iluminaba de alegría y, sin embargo, a pesar de lo expansivo que era al hablar de sus experiencias, se mantenía reservado respecto a lo que había tenido lugar en su alma. Hay cosas entre un alma y Dios que son secreto para el hombre*¹⁰⁹.

*El 1 de abril de 1914, en la iglesia franciscana de Munich los dos, después de acudir a la confesión, proclamaron solemnemente su abjuración y se convirtieron en miembros gozosos de la santa Iglesia católica. La experiencia fue abrumadora. Cuántas veces me dijo que nunca hubo un converso más radiante y jubiloso que él*¹¹⁰.

Sus padres, por su parte, estaban tristes por esta decisión, pero después de un cierto tiempo se aplacaron y hubo una reconciliación. Al poco tiempo, también sus hermanas Zusi y Bertele se convirtieron a la Iglesia católica, y con el tiempo tres de los yernos también se convirtieron. Y todos los nietos fueron educados como católicos. Su hermana Vivi se convirtió después de la muerte del padre en 1921.

Los años transcurridos entre 1921 y 1933 fueron años de mucha actividad intelectual. Tuvo creciente éxito como profesor universitario, escritor y conferenciante internacional.

Un acontecimiento importante en su vida fue la visita al famoso padre Pio, estigmatizado capuchino, que vivía en San Giovanni Rotondo, en Italia. Pudo confesarse con él y asistir a su misa y ver sus estigmas. Partió de san Giovanni Rotondo conmovido y agradecido.

Cuando el nazismo levantaba su cabeza en Alemania, Dietrich intuyó su maldad y se opuso a él con todas sus fuerzas. Quería defender la verdad y quitar

¹⁰⁹ Ib. p. 119.

¹¹⁰ Ib. p. 145.

el velo que oscurecía la mente de muchos, incluso católicos, que eran partidarios del nazismo, como si no hubiera problema en unir el nazismo con el catolicismo. Sentía dentro de sí como una llamada de Dios a luchar contra Hitler y el nacional socialismo. Hitler llegó en 1933 al poder como canciller de Alemania. Al morir ese mismo año el presidente Hindenburg, Hitler se hizo con todo el poder como Presidente y canciller del país, y empezó a atacar a sus contrarios. Dietrich estaba en la lista negra. Fue considerado como el enemigo número uno del régimen nazi. Tuvo que huir a Austria al ser considerado como un traidor.

Él había escrito: *El antagonismo absoluto, infranqueable, existente entre la filosofía nazi y la Iglesia se encuentra en el racismo del primero, en su sistema totalitario y en su ideología anticristiana. El perverso carácter de este ideario de ninguna manera disminuye, porque Hitler haya firmado un concordato con el Vaticano, un documento legal que él pisoteará tan pronto como lo crea conveniente*¹¹¹.

En Austria publicó una revista antinazi llamada *Der Christliche Ständestaat* (El estado corporativo cristiano). En esta revista atacaba por igual al nazismo y al comunismo, como hermanos gemelos de una ideología totalitaria, opresora y anticristiana. Por supuesto que recibió muchas cartas amenazadoras de seguidores nazis, pero él siguió adelante luchando por la verdad como un deber de conciencia.

Cuando Alemania invadió Austria, tuvo que huir de inmediato por estar en la lista negra de los nazis. Pudo huir con pasaporte suizo él y su esposa a Checoslovaquia y después a Hungría y por fin, llegó a Suiza donde pudo disfrutar de una tranquilidad relativa. Como no había total seguridad, fueron a Francia, pero cuando Francia fue invadida por los alemanes, hizo todo lo posible por salir vía España para el Nuevo Mundo. Tuvo que sufrir muchas contrariedades por falta de dinero y por no encontrar fácilmente los papeles necesarios para salir de Francia. Gracias a Dios, en esos momentos de angustia encontró siempre algunos amigos que lo ayudaron hasta que por fin consiguió papeles falsos para salir de Francia. Pasó a España y de España a Portugal. De Portugal en un barco llegó a Brasil y de allí consiguió llegar a Estados Unidos con su esposa, su hijo Franz, la esposa de Franz y su hijita.

En Estados Unidos consiguió fácilmente trabajo como profesor universitario en la universidad de Fordham en Nueva York, donde trabajó de 1941 a 1960. Después de fallecida su esposa, se casó de nuevo en 1959 con Alice, una refugiada belga de 36 años. Dietrich murió el 26 de enero de 1977, después de una vida llena de fruto espiritual y de contribuir de manera eficaz a la

¹¹¹ Ib. p. 268.

difusión de la verdad de la fe católica a través de sus libros. En su vida compartió la fe por medio de su testimonio, de conferencias y por supuesto de sus clases en la universidad. Por su medio más de un centenar de amigos entró en la Iglesia católica ¹¹².

EDITH STEIN (1891-1942)

Edith era la más pequeña de una familia de once hermanos. Había nacido el 12 de octubre de 1891 en la hoy polaca ciudad de Wroclaw, entonces la alemana Breslau. Era menuda, vivaracha e inteligente. Sus padres eran Siegfried y Auguste. Su padre murió cuando era muy niña, el 10 de julio de 1893. Su madre tuvo que hacerse cargo del negocio maderero de la familia y cuidar a la vez a todos sus hijos. Cuando su hermana Erna, dos años mayor, ingresó a la escuela, Edith se sintió muy sola en casa y su madre la puso en un jardín de infancia.

Su infancia transcurrió bien hasta sus 15 años. Dijo que quería dejar de estudiar y descuidó totalmente la práctica religiosa. Su madre se enfadó mucho con ella, pero ella estaba en crisis y no sabía qué hacer. Quiso dejar los estudios y abandonó la fe judía, que sus padres judíos le habían inculcado. De los 13 a los 31 años no practicó ninguna religión.

Comenzó de nuevo estudiar y pronto terminó el bachillerato. El 28 de abril de 1911 entró a la universidad de Breslau. En las vacaciones, con su grupo de amigos, iba a las montañas. Todos sus amigos pertenecían a una Asociación prusiana que defendía ardientemente el voto femenino. En 1912 comenzó a leer con entusiasmo al filósofo judío alemán Edmund Husserl (1859-1938), que dejaría honda huella en su pensamiento. Ambos tuvieron una buena amistad toda la vida.

En su estructura mental, Edith tuvo una confusión, que la llevó a una especie de depresión, que felizmente le duró poco tiempo. En 1913 fue a estudiar a la universidad de Gotinga donde daba clases Husserl. También entró en contacto con otros grandes filósofos como Reinach y Scheler. En 1914 sacó la licenciatura y se preparó para su tesis doctoral sobre el tema de la *Empatía*, pero sus planes quedaron quebrados por la guerra. Ese año 1914 Alemania le declaró la guerra a Rusia y a Francia. Ella regresó a Breslau y consiguió el título de maestra en historia, filosofía y germanística. De abril a septiembre de 1915 interrumpió sus estudios para alistarse como voluntaria en la Cruz Roja de su

¹¹² Ib. p. 161.

país. Fue destinada al hospital de la Academia militar austriaca de Mährisch-Weisskirchen.

Miles de soldados infectados de tifus y víctimas de todas las heridas en el cuerpo y en el alma esperaban una mano afable y una sonrisa bondadosa. La generosa Edith trabajaba intensamente. Era valiente ante las heridas y la sangre y se ganó la simpatía de sus compañeros y superiores y también de los heridos. Cuando terminó su trabajo en la Cruz Roja, regresó a su casa de Breslau y comenzó a dar clases de latín, alemán, historia y geografía. A fines de 1915 estudió griego, pues era necesario para sacar su título de doctor.

El 3 de agosto de 1916 defendió su tesis doctoral de filosofía sobre la *Empatía* en la universidad de Friburgo y sacó la máxima calificación: *suma cum laude*. Consiguió un contrato como ayudante científica de Edmund Husserl y en octubre comenzó a dar clases como asistente del profesor Husserl. Así estaría año y medio. Después pidió ser relevada de su cargo, pues su trabajo consistía de amanuense para revisar y clasificar los manuscritos del maestro Husserl y eso no le satisfacía. Ella quería ser profesora.

Para estas fechas ya su inquietud religiosa estaba en la cúspide y pensaba seriamente en dar el paso y creer firmemente en Dios. Un acontecimiento que la conmovió mucho fue la muerte en el frente de batalla de su amigo y filósofo Adolf Reinach. Este gran profesor se había convertido con su esposa hacía poco tiempo al luteranismo, porque siendo judío no le llenaba el judaísmo. La esposa de Reinach le descubrió a Edith la fuerza de la cruz de Cristo y cómo los cristianos asumían los sufrimientos con entereza y esperanza. Esto la preparó a Edith para el encuentro personal con Jesucristo, que ya en este momento era algo más que un ilustre judío. Por eso, ser cristiana era una posibilidad abierta en su corazón. La sed de la verdad había permanecido en ella como su única plegaria.

Presentó sus papeles de doctora en filosofía para ser profesora en las universidades de Gotinga, Friburgo y Kiel, pero fue rechazada, probablemente por ser mujer, ya que en ese tiempo las mujeres no solían ser profesoras de universidad y todavía no tenían voto en las elecciones. Ella luchó por estos derechos femeninos.

En 1921 con sus 30 años comenzó a dar clases en Breslau de introducción a la filosofía desde la perspectiva fenomenológica, a unas 30 personas que acudían a su casa. Ya estaba casi decidida a ser cristiana, pero dudaba a qué confesión pertenecer: protestante o católica. El 25 de mayo de 1921 estaba Edith en casa del matrimonio amigo Theodor y Hewig Conrad-Martius. Ambos eran discípulos de Husserl y en junio leyó con interés el libro la *Vida de santa Teresa de Jesús* escrita por ella misma, Dice: *Se trataba de un grueso volumen.*

Comencé a leer y quedé al punto tan prendida que no lo dejé hasta el final: Al cerrar el libro, dije para mí: “Esta es la verdad” ¹¹³.

Cuando Edith comenzó a leer la Autobiografía teresiana, anocheceía. Pasó leyendo la noche entera. Amanecía el día. Edith apenas lo advirtió. Dios la había cautivado y ella ya no se podía separar de él. Por la mañana fue a la ciudad a comprar dos cosas: un catecismo católico y un misal. Lo estudió hasta que asimiló todo el contenido. Solo después de hacer esto, se acercó a la iglesia parroquial de Bergzabern para oír la santa misa ¹¹⁴.

Otro punto importante en su conversión fue la lectura de otros autores como la *Simbología de Möhler*, *Los misterios del cristianismo* de Scheeben y los escritos del futuro cardenal, convertido del anglicanismo, Henry Newman. Y ella decía: *Estoy convencida de que hay tantos caminos que llevan a Roma como cabezas y corazones humanos*.

Edith quiso comunicarle a su familia la decisión de ser católica. Era una tarea difícil, porque su madre era judía convencida y sabía que iba a hacerle sufrir. Sus temores quedaron patentes. Fue una de las peores noticias que aquella anciana señora Auguste, su madre, podía recibir. Se lamentaba su madre y se preguntaba qué había hecho mal en la educación de sus hijos para que renegaran de la fe de sus ancestros.

Edith jamás había vista llorar a su madre. Estaba preparada para reprimendas e incluso no le hubiera extrañado una expulsión de la familia ya que no se le ocultaba el santo celo de su ferviente madre. Lloraba su madre y lloraba Edith ¹¹⁵.

Ella se bautizó el 1 de enero de 1922 en la iglesia de Bad-Bergzabern. Su amiga Hedwig Conrad-Martius hizo de madrina, a pesar de ser evangélica. Ella eligió el nombre de Edith Hedwig Teresa como cristiana. El 2 de febrero recibió el sacramento de la confirmación.

Y para trabajar de profesora, encontró las puertas abiertas en el colegio de las dominicas de Santa Magdalena de Speyer para dar clases de literatura y alemán. Con las religiosas dominicas compartía el Oficio divino y vivía en su casa, compartiendo largas horas de oración. Allá estuvo durante ocho años. Era su hogar y su centro de investigación para escribir nuevos libros filosóficos. A veces tenía que viajar para dar conferencias, asistir a Congresos o dar charlas por

¹¹³ García Muñoz, *Edith Stein, signo de contradicción*, Ed. San Pablo, Madrid, 2007, p. 129.

¹¹⁴ *Ibíd.*

¹¹⁵ Theresita a matre Dei, *Edith Stein. En busca de Dios*, Ed. Verbo divino, Estella (Navarra), 1992, pp. 85 ss.

la radio. Escribía artículos y reseñas de libros y revistas. Viajaba incluso fuera de Alemania.

Una de sus alumnas en el colegio de Santa Magdalena escribió: *Cada día la veíamos arrodillada en su reclinatorio delante de nosotras durante la misa. Así nos revelaba lo que debía ser una fe profunda perfectamente armonizada con una actitud de vida. Solo su presencia era ya un ejemplo. Nunca encontré una decisión suya que se pudiera criticar, tal vez, porque aparecía como una persona serena y reservada que nos dirigía más con su propia manera de obrar que por medio de grandes discursos*¹¹⁶.

En la Semana Santa de 1928 entró en comunicación con la abadía de Beuron, y especialmente con el que sería su consejero y amigo el abad benedictino Rafael Walzer. Él pudo decir de ella: *Rara vez he encontrado una persona que conjugase tantas y tan elevadas cualidades: femenina, sencilla con los sencillos, sabia con los sabios y estaba tentado a decirlo, con los pecadores, pecadora.* Allí en la abadía comenzó a saborear el gusto por la liturgia, que la llevó a descubrir los tesoros de la Iglesia primitiva.

Después de dar clases en el colegio de las dominicas de Speyer, consiguió trabajo en el Instituto de pedagogía científica de Münster. Vivía en el *Colegium marianum* de monjas de la Comunidad de Nuestra Señora y pasaba muchas horas de oración en la capilla de la residencia. Allí concluyó su libro *Acto y potencia*.

Todo parecía ir viento en popa, pero las nubes se cernían sobre el horizonte. En 1933 Hitler intentó un golpe de Estado. Fracasó y fue condenado a cinco años de cárcel. Allí escribió el libro de sus ideas *Mein Kampf* (Mi lucha). Pero las ideas de Hitler se fueron haciendo más conocidas y formó su agrupación política al salir de la cárcel hasta que en 1933 consiguió el poder total. Primero como canciller de Alemania y, al morir ese mismo año el Presidente Hindenburg, se hizo con todo el poder, comenzando una carrera armamentística con el propósito de cumplir sus anhelos imperialistas. Edith escribió una carta al Papa en la que le expresaba el temor ante el futuro nazi.

El Jueves Santo de ese año 1933 durante su oración en la iglesia del Carmelo de Colonia tuvo una experiencia sobrenatural. Cristo la invitó a cargar con la cruz que pesaba sobre su pueblo, nos dice: *Cuando terminó la función sagrada yo tenía en mi interior la persuasión de haber sido escuchada. Pero aún no sabía cuál sería mi cruz*¹¹⁷.

¹¹⁶ Lelotte, *Convertidos del siglo XX*, Ed. Studium, Madrid, 1961, p. 46.

¹¹⁷ Lelotte, p. 48.

Sin embargo, se veía venir la persecución contra los judíos según las ideas de Hitler. Ella se decidió a entrar en el Carmelo de Colonia y pudo ingresar el 14 de octubre. El 15 de abril de 1934 tomó el hábito y tomó el nuevo nombre religioso de Teresa Benedicta de la Cruz. En su estancia en el Carmelo, le permitieron seguir con sus estudios e investigaciones, y escribió el libro *Ser finito y ser eterno*. Ese mismo año 1934 escribió una biografía de santa Teresa de Jesús y otra de santa Teresa Margarita Redi. Tradujo al alemán las *Quaestiones Disputatae de veritate* de Santo Tomás de Aquino.

El 21 de abril de 1935 hizo su profesión temporal por tres años. Ya entonces los judíos habían sido despojados de sus derechos ciudadanos y de su derecho a votar. Su madre murió el 14 de diciembre de 1935. Cuando llegó su turno de renovar sus votos, dice: *Tuve una intuición especial. Mi madre estaba a mi lado. El mismo día un telegrama le anunciaba el fallecimiento de su anciana madre. Había muerto precisamente a la hora en que ella renovaba sus votos*¹¹⁸. Al morir su madre, también su hermana Rosa se convirtió a la fe católica.

En la famosa noche de los cristales rotos del 9 al 10 de noviembre de 1938, muchos negocios judíos fueron saqueados y comenzó una persecución contra los judíos. Se veía un negro porvenir. Y las religiosas de su convento decidieron que debía ir a un convento más seguro, quizás a Tierra Santa, pero al final se decidió por el Carmelo de Echt, en Holanda. El propio médico de cabecera se comprometió a llevarla en su coche propio. Allí fue acogida con auténtica cordialidad como en su propia casa. Su hermana Rosa llegó también como refugiada y la alojaron en el mismo convento de Echt. Allí profesó como terciaria y desempeñaba el trabajo de portera, demandadera y jardinera.

Creían estar seguras, pero Hitler no saciaba sus ansias expansionistas. El 1 de septiembre de 1939 invadió Polonia. El 10 de mayo de 1940 invadió Holanda. El 14 de ese mismo mes los países Bajos capitulaban y se vio la necesidad de trasladar a Edith y a su hermana a otro convento, pero, mientras se hacían los trámites, vino el desenlace final. Dios tenía otros caminos para ensalzar a su sierva y llevarla a lo más alto de la entrega con el martirio.

El 13 de mayo de 1941 los obispos holandeses escribieron una pastoral en la que se mostraban contrarios a que los católicos pertenecieran al partido nazi, criticando el nazismo y la persecución contra los judíos. Hitler no hizo esperar la venganza. Como represalia, salió una orden para deportar a Alemania a todos los judíos católicos.

¹¹⁸ Lelotte, p. 51.

El 2 de agosto de 1942 dos oficiales de la Gestapo llamaron a la puerta del Carmelo para hablar con las hermanas Stein. Fueron las dos detenidas y llevadas al campo de concentración de Amesfoort en Holanda y de allí el 4 de agosto al de Westerbork en Holanda. Había con ellas muchos religiosos y religiosas católicos prisioneros. El 7 de agosto fueron llevadas al campo de exterminio de Auschwitz en Polonia y probablemente de inmediato fueron llevadas a las cámaras de gas, donde perdieron la vida.

Edith fue beatificada por el Papa Juan Pablo II en Colonia el 1 de mayo de 1987 y canonizada en Roma el 11 de octubre de 1998. El milagro para su canonización ocurrió en 1997. La niña Teresa Benedicta McCarthy de Boston (USA) fue diagnosticada de grave e irreversible daño hepático, después de consumir una fuerte dosis de medicamentos. Pero se recuperó repentinamente, apenas sus padres oraron a Edith Stein.

El mismo Papa Juan Pablo II la nombró patrona de Europa, junto a los santos Benito de Nursia, Cirilo y Metodio, Catalina de Siena y santa Brígida de Suecia.

DOLORES IBÁRRURI – LA PASIONARIA (1895-1989)

Se convirtió con la ayuda del padre José María Llanos (1906-1922), que en 1955 fue a vivir a una chabola al barrio madrileño de *El pozo del tío Raimundo* con el objeto de evangelizar. Fue recibido con recelo por ser un barrio obrero con mayoría de socialistas y comunistas. En cinco años construyó una iglesia e hizo mucha labor social entre la gente. Allí vivió con los pobres 36 años.

La gente de Madrid lo llamaba el cura rojo, pues para identificarse más con la gente se inscribió en el partido comunista. Había pertenecido a la falange y dirigido grupos de universitarios. Tenía cierto ascendiente en el gobierno, ya que le había dado ejercicios espirituales a Franco, a quien había confesado y el mismo Franco había dicho que no lo tocaran.

A la vez que apoyaba a los obreros, fue cofundador de las Comisiones obreras y trataba de ser amigo de los jóvenes del barrio. Él por su parte, todos los días celebraba misa y rezaba el rosario. Escribió: *Todos los días celebro la eucaristía a solas, ahí en mi cuarto, pero nadie viene a partir el pan conmigo (misa), nadie* ¹¹⁹.

¹¹⁹ Pedro Miguel Lamet, *Azul y rojo*, Ed. La esfera de los libros, Madrid, 2013, p. 587.

Sin embargo, él mismo llegó a reconocer que su pastoral no había sido eficaz: *Empecé con una comunidad de base y fracasé. Ahora ha quedado el barrio sin la piedad popular y sin la piedad moderna. Me duele que haya tanto ateísmo y sobre todo entre los jóvenes. Hoy el Pozo es más culto y quisiera que sus habitantes creyeran en Jesús, tuvieran fe. Me gustaría que Jesús fuera su guía, aunque no he sabido presentárselo.*

De todos modos, mucha gente del barrio le supo agradecer lo que hacía por ellos para superar sus condiciones de pobreza y tratar de llevarlos a Cristo. Le concedieron en 1985 el premio internacional *Fundación Alfonso Comín*, el premio *Memorial Juan XXIII y Pax Christi*; también la medalla de oro de la *comunidad de Madrid* en 1991.

Murió a los 86 años en 1992, en la residencia de los jesuitas de Alcalá de Henares, adonde lo habían llevado sus Superiores jesuitas para curarse de una grave neumonía. Murió después de recibir la unción de los enfermos. Su funeral fue en la parroquia del barrio El Pozo. Asistió el secretario general del partido comunista, el sindicalista Marcelino Camacho y el portavoz del PSOE en el ayuntamiento de Madrid.

Ciertamente el padre Llanos fue una figura controvertida. Tuvo errores y equivocaciones, pero a pesar de todo se mantuvo fiel a la Iglesia y dentro de su Congregación de la Compañía de Jesús con el permiso de sus Superiores. Fue amigo de los comunistas sin abandonar su fidelidad a la Iglesia. Un difícilísimo equilibrio que consiguió lograr, dejando constancia de su amor por la justicia social y la defensa de los más débiles.

Lo cierto es que muchos se convirtieron por su ejemplo, sus obras y sus palabras. Uno de ellos fue la famosa Pasionaria, Dolores Ibárruri, que fue presidenta del partido comunista español. La llamaban la Pasionaria por un artículo que escribió con ese seudónimo en una hoja dominical. Ella estaba convencida que la solución al problema de los obreros y de los pobres era la revolución comunista tal como había triunfado en Rusia.

Había nacido en una familia conservadora y carlista en Gallarta (Vizcaya) en 1895. Se casó muy joven con Miguel Echevarría, un minero ateo, y se interesó por la lucha obrera bajo la influencia de su marido socialista. A los 20 años en 1916 se casó con el socialista Julián Ruiz. Vivió con él 17 años y se divorciaron cuando ella fue nombrada miembro del Comité Central del Partido comunista español. Después se casó con Francisco Antón. En total tuvo seis hijos. Tuvo una vida azarosa, comprometida totalmente con el Partido comunista. Como articulista y oradora tuvo mucho éxito.

Estuvo en la cárcel dos veces en 1931 y 1933. En la guerra civil desarrolló una gran actividad como propagandista. Después de la guerra, se refugió en Rusia (1939-1977), representando a España en la internacional comunista. Tras la muerte de Franco, pudo volver a España y fue diputada por Asturias. Entonces conoció al padre Llanos y fueron muy amigos hasta la muerte. El padre Llanos la visitaba cada 15 días, sobre todo cuando estaba enferma. El padre tenía un reloj que ella le había traído de Rusia y cuando ella iba allí de visita, siempre le traía algún regalo.

Con la amistad del padre Llanos, ella fue poco a poco regresando a la fe de su infancia. Un día dijo: *Yo era católica, pero un cura me quitó la fe y además me casé con un ateo. Mi sueño era ser maestra, pero no pudo ser. Teníamos hambre y yo cuidaba una niña tuberculosa* ¹²⁰.

Cuando el padre Llanos la visitaba, rezaban juntos el padrenuestro en latín y cantaban canciones, algunas eran religiosas como *Cantemos al amor de los amores* ¹²¹. El día que ella cumplió 80 años, organizaron un encuentro con dos religiosas reparadoras. Durante la guerra civil, sin temor al peligro que podía venirle, ayudó a esas monjas amigas amenazadas por la F.A.I. Ellas le habían encomendado que les guardara un cuadro de la Virgen y un crucifijo para que no los profanaran los milicianos. Y ese día, después de 40 años, ella les devolvió esas imágenes, que había tenido consigo.

Cuando Dolores Ibárruri estaba muy anciana y enferma en 1989, el padre Llanos la visitaba en el hospital Ramón y Cajal. Ella dijo que la habían dejado sola (los de su partido comunista). Y manifestó: *Solo viene a visitarme el padre Llanos* ¹²².

Lamet en su libro afirma con seguridad: *Hay datos bastante fiables que confirmarían que Dolores Ibárruri, de formación cristiana y creyente de corazón, se confesó y comulgó al final de su vida. Lo ha asegurado la Madre Teresa, la monja excarmelita descalza que también dedicó su vida al Pozo. La hija de Dolores, Amaya Ruiz Ibárruri, dijo: Nunca encontré ninguna discrepancia entre Dolores y el padre José María. Quiero decir que la miraba como si fuera la Virgen Dolorosa. Decía sin dudarle: “Dolores tiene que ir al cielo. Estoy seguro de que allí la encontraré”* ¹²³.

En una carta del 6 de enero de 1989, ella le escribió al padre Llanos: *Sé que pide por mí al partir el pan (misa). A ver si convertimos los viejecitos que*

¹²⁰ Lamet, o. c., p. 528.

¹²¹ Ibídem.

¹²² Ib. p. 530.

¹²³ Ib. pp. 530-531.

somos en un canto de alabanza y acción de gracias al Dios-amor, como ensayo de nuestro eterno quehacer ¹²⁴. Se confesó con el padre Llanos y comulgó antes de su muerte. Tenía ya 93 años. Ciertamente que nunca es tarde para arrepentirse, reconocer los errores y acercarse a Dios.

GUILLERMO ROVIROSA (1897-1964)

Nació el 4 de agosto de 1897 en Vilanova i la Geltrú (Cataluña). Su madre quedó paralítica a los pocos meses de nacer y heredó de ella la capacidad de sacrificio para enfrentar los problemas de la vida. De su padre heredó un gran amor a la verdad y aceptarla por encima de todo.

Creció muy débil físicamente y muchos consideraron que moriría pronto, pero la vida sana del campo lo salvó. Su padre murió cuando él tenía nueve años y siempre lo recordaba con cariño como un padre respetable con su larga barba, a quien siempre contó la verdad de sus travesuras infantiles.

Su madre murió cuando él tenía 18 años y siempre la recordó sentada en su silla, pero con la cabeza lúcida y dándole siempre buenos consejos. Su muerte le afectó mucho y empezó a preguntarse: ¿Dónde está el amor de Dios y su providencia? ¿Por qué si su madre era buena, Dios le había castigado con la parálisis y la muerte temprana? Refiere: *A la muerte de mi madre, dejé de frecuentar las iglesias y me puse decididamente enfrente. Me burlaba desafortadamente de mis compañeros que practicaban, los ponía siempre en ridículo. Ahora comprendo que ellos eran pobres rutinarios, incapaces de defenderse. Habían aceptado todo simplemente sin plantearse ninguna cuestión ni a sí mismos ni a los demás* ¹²⁵.

En cuanto a sus estudios primarios por falta de salud y porque la escuela estaba lejos de su casa, fueron muy escasos. A los 11 años lo llevaron a un internado del colegio de los padres escolapios de Barcelona. Era el año 1908. Allí sus compañeros se reían de él por su retraso escolar, pero, como era inteligente, se esforzó en estudiar y pronto fue el primero de la clase. Incluso los últimos tres años los hizo en dos y acabó un año antes que sus demás compañeros.

Terminado el bachillerato, lo enviaron a estudiar a Madrid y allí, lejos del control familiar, llevó una vida desordenada y, por supuesto, sin creer en Dios, a quien había alejado de su vida como si no existiera, por considerarlo culpable de la muerte temprana de sus padres. Llegó a considerar a la religión como una

¹²⁴ Ib. p. 531.

¹²⁵ Imágenes de la fe, N° 242 en 1990.

estafa, un cuento para los ignorantes, y no quiso saber nada de la religión y menos del cristianismo.

Como no se llevaba bien con el tutor, se fue de Madrid a Barcelona. Comenzó a estudiar en 1917 en la Escuela industrial de Barcelona para hacer estudios superiores de ingeniero en la rama de electricidad. Aquí comienza una etapa de 18 años de escepticismo total, apostasía total de la fe católica y una existencia ausente totalmente de Dios.

Como estudiante de ingeniería fue brillante y se ganó algunas condecoraciones y hasta un elogio del mismo Albert Einstein, cuando visitó Barcelona. Llegó a publicar dos libros sobre fabricación de cables eléctricos y de condensadores y carretes. Sin embargo, hay que aclarar que siempre dentro de su corazón sentía inquietud por saber más sobre el sentido de su vida. Había un vacío en su interior que nada ni nadie podía llenar. Por eso investigó otras opciones religiosas. Buscó en el budismo, confucianismo, panteísmo, sectas teosóficas...

Con 23 años cayó gravemente enfermo de tuberculosis. En esos momentos reflexionó mucho sobre su vida y sobre la muerte, pero al recuperarse siguió como antes.

Se casó a los 27 años con Caterina Canals. Él decía: *Era una mujer que fue el ángel bueno de mi vida, aguantando mi soberbia con una humildad admirable*. No tuvieron hijos, pero ella rezaba mucho por él y seguía atentamente sus pasos. En 1926 murió un hermano de Caterina con el que Guillermo estaba muy compenetrado. Eso le afectó y buscó consuelo en el espiritismo. Nos dice: *La esperanza de poder comunicarme con mi cuñado y la creencia de haberlo hecho en algunas circunstancias, me hicieron apasionarme por esta ideología*. Estudió los libros de Richet, que pretendía dar una base científica al espiritismo. Pasó tres años en la Sociedad teosófica española. Al final, decepcionado, cayó en el escepticismo, en la creencia de que nunca podría conseguir saber la verdad.

En 1929 fue a París con su esposa y trabajó como ingeniero de una poderosa empresa industrial. Allí siguió con sus inquietudes espirituales y siguió asistiendo a algunas sesiones espiritistas y leyendo libros de Allan Kardec, un popular espiritista francés. Pero Dios lo esperaba a la vuelta de la esquina, donde menos pensaba y en el momento menos esperado.

Un día, a finales de 1932, paseaba distraído y tranquilo por la calle y vio mucho revuelo en la puerta de una iglesia: la parroquia de San José de París. Preguntó qué pasaba y le respondieron que estaba el cardenal Verdier, haciendo la visita pastoral. En ese momento estaba predicando. Entró por curiosidad y oyó

que el cardenal decía que un cristiano es un especialista en Cristo y de la misma manera que el mejor oculista es aquel que más sabe de teoría y de práctica de ojos, el mejor cristiano es el que más sabe de teoría y de práctica de Jesús. En ese momento tomó la decisión de informarse bien sobre la vida de Jesucristo. Compró la vida de Jesús del famoso católico francés François Mauriac. Y después leyó los escritos y biografías de algunos santos. Su esposa se alegró mucho al ver el interés que mostraba Guillermo por Jesús y el cristianismo.

En 1933 regresaron a España. Pasaron tres meses en el monasterio de El Escorial. Él refiere que escogió a san Dimas como su protector y anota: *Nunca me he arrepentido de ello*. Tuvo muchas charlas con el padre agustino de El Escorial, padre Agustín Fariña, que le recomendó leer las Confesiones de San Agustín.

Al llegar al capítulo VII, descubrió la humildad, la pobreza y el sacrificio encarnados en la vida de Jesucristo y se le cayó la venda de los ojos aceptando que el cristianismo contenía la verdad. Aquel día, al entrevistarse con el padre Fariña, le dijo con toda seguridad: *Padre, confíeseme*. Cuando se levantó de la confesión, era otro hombre. Dice él: *En mi corazón no había gran espacio para la atrición y el dolor, tanta era la alegría que lo invadía. Lloré largamente, fui dichoso, plenamente dichoso y aquellas lágrimas las considero como mi bautismo de fuego* ¹²⁶.

El día de Navidad de ese año 1933 hizo su segunda primera comunión, la verdadera, según él, pues la primera había sido una costumbre social y una fiesta familiar. Estuvieron dos meses más en El Escorial y todos los días temprano iban a la misa del padre Fariña. Nos dice: *Íbamos a misa solos con el frío del invierno y la nieve y yo me quedaba en silencio total hasta las 7 a.m., en la oscuridad, atravesada solamente por la pequeña llama del sagrario, permanecíamos muy cerca de él. Aquellas mañanas antes de despuntar el día, yo las miro hoy como los mejores recuerdos de mi vida. Fue un deslumbramiento... Todo era maravilloso, radiante, inmenso, era una verdadera apoteosis*. En adelante, además de su protector san Dimas, tuvo a san Pablo y san Agustín como auténticos maestros de vida y guías en su camino espiritual.

En 1934 trabajó de director técnico de una empresa catalana que abría su sucursal en Madrid para instalar refrigeradores. Entonces, como convertido, empezó a estudiar a fondo la doctrina social de la Iglesia y todo lo que se refería al apostolado obrero. En otoño de 1934 supo que se iba a inaugurar un Instituto social obrero y se inscribió en él. Además de las lecturas sobre apostolado

¹²⁶ Rasgos autobiográficos, Imágenes de la fe, Nº 242, p. 7.

obrero, también leía a algunos místicos españoles como santa Teresa y san Juan de la Cruz.

La guerra del año 1936 lo sorprendió en su casa de la *Dehesa de la Villa* (Madrid). Vivían encerrados en el sótano como si estuvieran en las catacumbas. Allí instaló una capilla clandestina, donde todos los días algún sacerdote celebraba la misa. Allí se repartieron unas 6.000 comuniones, algunas distribuidas en distintos lugares de Madrid. Nos dice: *Terminada la guerra yo le ofrecí mi vida al Señor para quemarla en el fuego de su servicio. Me puse en las manos de su providencia para no rehusarle nada, pidiéndole cada mañana que me dijera lo que quería hacer de mí.*

Lo eligieron Presidente del Comité obrero. Estaba sin trabajo y se dedicó al apostolado obrero, pero en el mes de septiembre, por algunas denuncias, lo llevaron a la cárcel donde estuvo once meses, como si hubiera sido un comunista por dedicarse a servir y ayudar a los obreros. En 1940 se hizo miembro de la Acción católica de la parroquia de san Marcos de Madrid (su propia parroquia). De la Acción católica obrera comenzó a gestarse la HOAC (hermandad obrera de acción católica). La HOAC fue creciendo gracias a su entusiasmo y, al de algunos obreros convertidos a la fe católica. Guillermo procuraba dar una buena formación cristiana a los obreros y especialmente a sus líderes. En 1942 creó los equipos de obreros, en los que se planteaban los diferentes problemas de los obreros y estudiaban sus soluciones. Guillermo tenía como objetivo devolver el mundo obrero a Cristo.

La HOAC en su esencia estaba funcionando con Guillermo y sus seguidores, pero fue en mayo de 1946, cuando fue oficialmente fundada por los obispos españoles como especializada en el apostolado obrero de la Acción católica, con la finalidad de que los mismos obreros debían ser los apóstoles de los mismos obreros.

Guillermo publicó una revista, que salió por primera vez a la luz el 1 de diciembre de 1946. Al principio era semanal. Esta revista fue clausurada en 1952 debido a la burocracia política del Gobierno... Entonces él comentaba las noticias en el boletín de la HOAC y después en la revista *Noticias obreras*.

En 1947 su esposa desapareció. Parece que tenía problemas de salud mental con crisis de enfermedad nerviosa. La buscó y no la pudo encontrar. Algunos dicen que se refugió en un convento de religiosas para pasar los últimos días de su vida.

En 1956 lo destituyeron de director del boletín de la HOAC. Lo aceptó con tranquilidad de espíritu. En junio de 1957 perdió el pie izquierdo a causa de

un accidente, y tuvieron que cortárselo. La prótesis que le pusieron le hacía sufrir mucho y tuvieron que quitársela y le pusieron una pata de palo. Así se parecía más a los piratas de las aventuras, como cuando jugaba a los piratas de niño.

En febrero de 1964 una parálisis cerebral lo dejó inmóvil. Estaba acabado humanamente. El 27 de febrero falleció a los 66 años. Había sido el promotor y primer militante de la HOAC, después de una ejemplar entrega cristiana de 32 años al servicio de Dios, de la Iglesia y de los obreros.

El 8 de julio de 2003 se abrió el proceso de su canonización. Ojalá pronto lo tengamos en los altares como un ejemplo de vida para toda la cristiandad.

DOROTHY DAY (1897-1980)

Fue una periodista, escritora y política muy activa en Estados Unidos. A los 16 años ya fue consciente del problema de la lucha de clases. Y al ver que muchas personas religiosas estaban muy tranquilas y despreocupadas del problema, fue adquiriendo una actitud de desdén hacia la religión en general. Ella dice: *El hecho es que empecé a blasfemar, de manera consciente empecé a tomar el nombre de Dios en vano, con objeto de escandalizar a mis amigos más piadosos. La ferocidad de la vida en un mundo que se declaraba cristiano, me horrorizaba*¹²⁷.

Day no había conocido cristianos luchadores contra la injusticia social y, por eso, se sintió atraída por los ideales marxistas. Entonces se conocía muy poco lo que los comunistas rusos estaban haciendo en la misma Rusia y tantos crímenes cometidos por Lenin, Stalin...

Day nos dice: *La consigna de guerra marxista “Obreros del mundo uníos. No tenéis nada que perder más que vuestras cadenas”, me pareció un grito de guerra realmente conmovedor. Era una llamada que me hacía sentir unida a las masas, lejos de la burguesía, de los presumidos, de los satisfechos*¹²⁸.

¹²⁷ Dorothy Day, *La larga soledad, Autobiografía*, Ed. Sal Terrae, Santander, 2000, p. 50.

¹²⁸ Ib. p. 51.

Se alejó de su fe episcopaliana, en la que había sido bautizada de niña y se inscribió en el partido socialista. Algo que le ayudó mucho fue la lectura de autores religiosos como Gorki, Tolstoi, Dostoievski. Dorothy se había casado en 1927 a los 30 años con Foster Batterman, un destacado líder del colectivo obrero, con el que tuvo a su hija Tamar. Anteriormente ella había provocado un aborto, cuando estaba unida a otro hombre, para evitar que este la abandonase. Ahora recibió con enorme entusiasmo el nacimiento de esta hija. Desde su ateísmo vacilante sintió un gran sentimiento de agradecimiento a Dios por haberle permitido experimentar esta alegría, a pesar de su aborto provocado en el pasado.

A veces, se decía a sí misma la frase que había oído tantas veces: *La religión es el opio del pueblo*, para no dejarse convencer. Además, *hacerse católica significaría afrontar la vida en solitario y yo me aferraba a mi vida familiar. Resultaba duro pensar en renunciar a un marido para que mi hija y yo pudiéramos convertirnos en miembros de la Iglesia. Si yo abrazaba la religión católica, Forster no tendría nada que ver con ella ni conmigo. Por ese motivo esperé*¹²⁹.

*Pero decidí prepararme y la hermana Aloysia venía tres veces a la semana a darme lecciones de catecismo, que yo procuraba aprender obedientemente*¹³⁰.

Este suceso, con las consecuencias de los testimonios cristianos, consumaron su decisión de adherirse a la fe cristiana y vincularse a la Iglesia católica, lo cual se confirmó el 28 de diciembre de 1927.

Nos dice: *No experimenté un gozo especial al recibir estos tres sacramentos: bautismo, confesión y santa eucaristía... Yo amaba a la Iglesia, no por ella misma; pues, a menudo, era para mí motivo de escándalo, sino porque hacía visible a Cristo. Decía Romano Guardini que la Iglesia es la cruz en la que Cristo fue crucificado; y como no se puede separar a Cristo de su cruz, hay que vivir en un estado de permanente insatisfacción con la Iglesia*¹³¹.

A partir de ese día, vivió su vocación de reformadora social, armonizada con el mensaje de Evangelio y la doctrina social de la Iglesia. Supo coordinar su tiempo de oración y adoración ante Jesús Eucaristía con su labor de promoción social.

¹²⁹ Ib. p. 147.

¹³⁰ Ib. p. 154.

¹³¹ Ib. p. 161.

Fundó el periódico *Catholic Worker* en 1933, que en 1997 tenía una tirada de 95.000 ejemplares. Creó casas de hospitalidad, donde eran acogidos indigentes y personas sin techo, y donde ofrecían alimentación y un lugar para dormir y orientación para rehacer sus vidas. Cuando Day murió, había 70 casas de estas.

También publicó varios libros y estuvo encarcelada varias veces por sus protestas. A los 58 años se vinculó como oblata benedictina al monasterio de San Procopius y a los 62 como postulante de la Fraternidad de Jesús Charitas (inspirada en Charles de Foucauld).

La vida de Dorothy Day fue una continua búsqueda de Dios, amando a los demás, especialmente, a los más pobres y explotados. Ella nos dice en las últimas palabras de su libro: *La palabra final es amor. No podemos amar a Dios, si no nos amamos unos a otros, y para amar tenemos que conocernos unos a otros. A él lo conocemos en el acto de partir el pan (misa) y unos a otros nos conocemos en el acto de partir nuestro pan. El cielo es un banquete y la vida es también un banquete, incluso con un mendrugo de pan, allí donde hay comunidad... Todos hemos conocido que la única solución es el amor y que el amor llega con la comunidad*¹³².

La Conferencia episcopal de USA la ha propuesto para ser canonizada. El Proceso sigue su curso.

CLIVE STAPLES LEWIS (1898-1963)

Fue junto con Chesterton, uno de los escritores más influyentes de la literatura inglesa. En su libro *Cautivado por la alegría* narra su conversión del ateísmo al cristianismo. En las primeras páginas relata sus experiencias infantiles con su hermano mayor y sus padres. Después nos habla sobre sus problemas en la primera escuela privada inglesa a la que asistió, donde aprendió poco y donde se enseñaba usando la violencia física. Por lo que salió con cierto rencor hacia su propietario el señor Oldie. Después ingresó en otro Colegio civil privado para chicos más grandes donde tuvo algunos buenos profesores, pero donde el grupo de jóvenes privilegiados llamados *patricios*, abusaban sexualmente de los menores, aunque fuera con consentimiento algunas veces, pero para conseguir favores.

Él asegura que leyendo los libros de los clásicos de la literatura antigua, especialmente a Virgilio, le venían muchas dudas sobre la religión. Él había

¹³² Ib. p. 302.

practicado la religión anglicana de niño y sus padres lo llevaban a la iglesia, pero tuvo profesores que decían con total naturalidad que las religiones son un montón de tonterías. Y refiere: *La idea que yo saqué de la religión en general era la de un absurdo endémico al que la humanidad se dirigía erróneamente. En medio de un millar de religiones estaba la nuestra con la etiqueta de verdadera. Pero ¿en qué podía basarme para creer en esta excepción?*¹³³.

Sin darse cuenta se había convertido en un ateo convencido. Y, cuando su padre le pidió que hiciera la primera comunión y confirmación, nos dice: *Dejé que me prepararan sin creer en absoluto, representando un papel. La cobardía me llevó a la hipocresía y la hipocresía a la blasfemia. Ciertamente es que entonces ni entendía ni podía entender la verdadera naturaleza de lo que estaba haciendo, pero sabía muy bien que actuaba de mentira con la mayor solemnidad posible*¹³⁴.

Estaba estudiando en la universidad y se alistó voluntario para ir a Francia a luchar contra los alemanes en la primera guerra mundial. Fue herido y dice que no tuvo miedo ni tampoco valor, y pensaba que se moría. Pero se pudo recuperar y regresó a los estudios universitarios de Oxford sobre literatura inglesa. En esta universidad conoció a algunos buenos cristianos y leyó libros del famoso católico convertido del ateísmo, Chesterton.

Leyó el libro de Chesterton *Everlasting man* y cuenta: *Por primera vez vi toda la concepción cristiana de la historia expuesta de una forma que parecía tener sentido. De algún modo me las ingenié para que el golpe no fuese demasiado fuerte. Yo pensaba que Chesterton era el hombre vivo más sensato que había, dejando a un lado su cristianismo. A principios de 1926, el más convencido de los ateos que conocía (en la universidad de Oxford) se sentó en mi habitación al otro lado de la chimenea y comentó que las pruebas de la historicidad de los Evangelios eran sorprendentemente buenas. Es extraño, continuó, esas majaderías de Frazer sobre el Dios que muere. Extraño. Casi parece como si realmente hubiera sucedido alguna vez. Para comprender el fuerte impacto que me supuso tendríamos que conocer a aquel hombre que nunca había demostrado ningún interés por el cristianismo. Si él, el cínico de los cínicos, el más duro de los duros, no estaba a salvo (como si dijera que dudaba de su ateísmo) ¿A dónde podría volverme? ¿Es que no había escapatoria?*¹³⁵. Es como si nos dijera que estaba entre la espada y la pared y no veía tan claro que el ateísmo fuera una verdad absoluta y aceptada por todos los ateos sin distinción, sino veía que dudaban de sí mismos en este punto.

¹³³ *Cautivado por la Iglesia*, Ed. Encuentro, Madrid, 1989, p. 71.

¹³⁴ *Ib.* p. 167.

¹³⁵ *Ib.* p. 228.

Y continúa diciendo: *Terminé sintiendo el acercamiento continuo, inexorable, de Aquel con quien tan encarecidamente no deseaba encontrarme. Aquel a quien temía profundamente y que cayó al final sobre mí. Hacia la fiesta de la Trinidad de 1929 cedí y admití que Dios era Dios y de rodillas recé. Quizá fuera aquella noche el converso más desalentado y remiso de toda Inglaterra. Entonces no vi lo que ahora es más fulgurante y claro: la humildad divina que acepta a un converso incluso en tales circunstancias. Al fin el hijo prodigo volvía a casa por su propio pie. Pero ¿quién puede adorar a ese amor que abrirá la puerta principal a un pródigo al que traen revolviéndose, luchando, resentido y mirando en todas direcciones buscando la oportunidad de escapar?*¹³⁶.

Quiere decirnos Lewis que se sentía indigno de ser recibido tan fácilmente por Dios, como un padre recibe al hijo extraviado. Su conversión primero fue solo del ateísmo al teísmo, no al cristianismo. Primero creyó firmemente que Dios existía y que era nuestro Creador. Poco a poco llegó también a aceptar el cristianismo y a Jesús como Dios redentor y misericordioso.

Dice: *Entendí claramente que, aunque me daba miedo, no me sorprendió descubrir que debía obedecer a Dios por lo que es en sí mismo. Creer y orar fue el principio de la extroversión (hacia el cristianismo). En cuanto me convertí al teísmo empecé a acudir a mi parroquia los domingos y a la capilla de la Facultad el resto de los días, no porque creyese en el cristianismo, ni porque pensase que la diferencia entre este y el simple teísmo fuese pequeña, sino porque pensé que uno debe izar bandera con algún signo manifiesto e inconfundible. Actuaba obedeciendo a un sentido del honor quizá erróneo. La idea del clericalismo me era totalmente antipática. No era anticlerical en absoluto, sino profundamente antieclesiástico. Era admirable que existieran curas, archidiaconos y capellanes. Agradaban a mi gusto por todo lo que tiene su propio aroma. Y había tenido mucha suerte con mis amigos clérigos, especialmente con Adam Fox, dean en el Magdalen y con Arthur Barton, más tarde arzobispo de Dublín, y que había sido nuestro párroco en Irlanda.*

Mi principal amigo en esta etapa fue Griffiths, con quien mantenía abundante correspondencia. Ahora los dos creíamos en Dios y estábamos dispuestos a oír algo más de él de cualquier fuente, pagana o cristiana. Aceptar la encarnación de Hijo de Dios fue un paso más en la dirección (al cristianismo). Hacía que Dios estuviese más cerca o cerca de una forma nueva. Y pensaba que esto era algo que yo no había querido.

Di el último paso cuando una mañana soleada fuimos a Whipsnade. Cuando salimos, no creía que Jesucristo fuera el hijo de Dios y, cuando

¹³⁶ Ib. p. 233

*llegamos al zoológico, sí. Sin embargo no me había pasado todo el camino sumido en mis pensamientos, ni en una gran inquietud*¹³⁷.

Al final de su libro cuyo título original es *Surprised by Joy*, anota: *¿Qué fue de la alegría? Después de todo es sobre lo que ha tratado fundamentalmente esta historia. Para ser sincero, el tema ha perdido para mí casi todo su interés desde que me convertí al cristianismo*¹³⁸.

Como si quisiera decirnos que toda su vida buscó la alegría y la felicidad; y, al convertirse al cristianismo, la encontró: Por eso, al igual que san Agustín, podría decir: *¡Cuán tarde te conocí, hermosura tan antigua y tan nueva, cuán tarde te conocí!*

REGINA GARCÍA (1898-1974)

Durante la guerra civil de 1936-1939 fue jefe del Departamento de prensa y propaganda del Estado mayor general comunista con el grado de coronel.

Nos dice en su libro: *“Yo he sido marxista”*: *El 4 de mayo de 1936 había circulado en Madrid el rumor de que las religiosas y las damas catequistas estaban repartiendo entre los niños de los obreros caramelos envenenados para destruir de este modo la simiente comunista; y, en represalia, las turbas habían asaltado los conventos y cometido toda clase de crímenes dentro y fuera de ellos con las religiosas y las damas de Acción católica*¹³⁹. Lo trágico para Regina fue que una de las personas maltratadas y dejadas por muerta, después de varias horas de maltrato, incluso darle varias puñaladas, fue la misma madre de Regina. No murió y pudo salvarse después del mucho tiempo que necesitó para curar las costillas rotas y todas las graves heridas recibidas.

Su madre le dijo al verla: *“Todo mi martirio lo ofrecí por ti para que Dios te envíe su gracia y te conviertas. Porque tu eres buena, pero estás ciega”*. *Yo sonreí con mi superioridad de mujer fuerte sobre aquella, para mí, entonces ingenua fe de mi madre. La admiraba por su amor a un Dios que solo enviaba a sus elegidos penas y tormentos, que ellos recibían como lo que hoy comprendo que son: regalos dilectísimos, ya que a cambio de ellos les da la purificación suprema que les haga merecedores de la suprema felicidad sin sombra de mal alguno*¹⁴⁰.

¹³⁷ Ib. p. 242.

¹³⁸ Ib. pp. 242-243.

¹³⁹ Reina García, *Yo he sido marxista*, Madrid, 1946, p. 113.

¹⁴⁰ Ib. p. 117.

Regina, durante la guerra, ocupó puestos importantes en el gobierno Central sobre todo como directora de prensa y tuvo la oportunidad de salvar de la muerte a algunas personas del bando nacional, a quienes refugió en su casa de Madrid. Tenía dos hijos pequeños. Su esposo era comandante del ejército rojo, pero después de un tiempo se fue con otra mujer. Ella vivía con su madre, algunos de sus hermanos y varios refugiados.

Refiere: Una madrugada, al volver del periódico, encontré mi niña con fiebre alta. Al ponerle el termómetro, se despertó de su modorra y me dijo:

—Mami, estoy muy malita. Orino sangre y me duele la cintura por detrás.

Al día siguiente, el doctor Muñoyerro diagnosticó una hematuria de carácter grave, dada la temprana edad de la niña, y recomendó un régimen alimenticio de frutas frescas, pescados blancos y zumo de uva sin fermentar.

¿Dónde hallar todo esto? De la Intendencia rusa, que era la mejor abastecida, sólo podía traer conservas y bebidas alcohólicas, que no me servían para mi enfermita. De los suministros españoles, nada había tampoco aprovechable para el régimen impuesto a mi hijita. El pescado, ni blanco ni azul lo veíamos desde hacía más de un año. Las frutas habían desaparecido. El zumo de uva, sin fermentar ni fermentado, no se encontraba en parte alguna, y sólo en la bodega del Ritz, convertido en hospital militar, en la posición “Jaca” y en el bar de Pedrero, había botellas de vinos y licores que no me servían en aquella ocasión.

La niña, falta de los cuidados necesarios, empeoraba. Le daba leche y caldo de zanahorias con aceite. La leche era preparada con botes de condensada, que me facilitaban en Intendencia, y alguna vez podía tomar algo de carne de gallina, pues los de Jara, al enterarse de la enfermedad de la niña, me enviaron algunas de estas aves de su corral de la Prosperidad. No era éste el plan que el médico indicara a mi hija y la hematuria seguía debilitándola y la fiebre no remitía.

Cada vez que regresaba de mi trabajo y hallaba a la niña peor, me volvía loca de pena. Mi hija era mi ilusión máxima. El niño era por entonces, un bello juguete de mimos y ternuras, tan cariñosito, tan varonil y tan guapo; pero nada más. ¡Era tan chiquitín! La niña, con sus ocho añitos pensativos y serios, ¡me acompañaba y consolaba tanto! Una noche la fiebre llegó a cuarenta y un grados y tres décimas...

La niña se durmió, pero su sueño era agitado. Se debatía con la fiebre. Ardía, pero ni una gota de sudor salía de sus poros. Yo lloraba, sin ánimo ya

para nada. Recordaba mis tiempos de felicidad, con mi hijita sana, a mi lado y mi casa confortable, en la que nada faltaba para nuestra comodidad y regalo, en una España floreciente y en paz. ¿Qué había sido de todo aquello?

¿Encontraría una mano piadosa que me lanzase a través del balcón negro a buscar un mundo mejor? ¿Quién podría ser esa mano poderosa que así cambiase mi destino? Sólo Dios. Dios, que me castigaba ahora en la que yo más quería, en mi hijita, que seguía debatiéndose con la fiebre y la enfermedad; Dios, que existía y me hacía sentir su poder.

Caí de rodillas y recé. Desde el fondo del corazón subían a mis labios las palabras aprendidas en la infancia: “Padre nuestro, que estás en los cielos”... De pronto, me di cuenta de que no tenía ninguna imagen ante la que orar. Yo quería un crucifijo. Sí, yo creía en Dios y necesitaba adorar la cruz y pedirle perdón por mis errores pasados; pedirle que no me castigase en la carne inocente de mi hijita y ofrecer la mía propia al castigo por cruel que fuese.

En puntillas, fui a la habitación de mi madre y la desperté: —¿Qué pasa? —me preguntó con sobresalto— ¿La niña? ¿Está peor?

—No lo sé, mamá; tiene mucha fiebre; pero no vengo por ella. Vengo a pedirte un crucifijo. Necesito rezar por mi hija.... y por mí. Mi madre se levantó de la cama, me abrazó llorando, fue a la cómoda donde guardaba sus cosas, y del fondo de un cajón sacó un crucifijo de madera incrustado de nácar, con la imagen del Redentor tallada finamente en marfil, valioso recuerdo de familia que mi madre estimaba mucho, y me lo entregó, diciendo, hecha un mar de lágrimas:

—Sabía que este momento había de llegar. El Señor escuchó mis súplicas. Tómallo y consévalo toda la vida en recuerdo de este instante, el más grande de tu existencia. Recemos juntas, para que no vuelva a abandonarte la fe.

Juntas rezamos de hinojos. Mi alma subía a mis labios en la súplica emocionada. “Que no vuelva a dudar, Dios mío”, suplicaba mi madre entre sollozos. Y yo: “Señor, por mi hija y por mi fe, que no las pierda”.

Después, mi madre me dio una reliquia de la Madre Sacramento, una estatuita del Sagrado Corazón de Jesús, un rosario y no sé cuántas cosas más. Con todo me volví a mi cuarto, colgué el crucifijo sobre la cama de mi hijita, guardé las medallas y reliquias en mi armario, y, con el rosario en la mano, pasé rezando el resto de la noche.

Encontraba tanto consuelo en rezar... Me parecía que alguien me escuchaba, que ya no estaba sola en mi pesar, que todo se arreglaría, porque Dios me admitía en su amor, como al hijo prodigo. La niña se fue calmando, la fiebre remitió, y a la mañana siguiente no se acordaba de nada de lo ocurrido en la noche, ni de su malestar.

Cerca de las once, cuando yo me disponía a ir al Comisariado, vino a verme Ibrahim de Malcervelli, el caballero periodista americano. Me traía una botella de "Mostelle", zumo de uva sin fermentar, procedente de la Embajada argentina, donde la había adquirido para mi hija, y me prometió proporcionarme cuantas necesitase, mientras la niña siguiese enferma. Por si esto fuese poco, por la tarde, Pedrero, extrañado de que no fuese a verle en tantos días, me llamó por teléfono preguntando la causa de mi retraimiento; y al saber que mi hija estaba enferma y necesitaba alimento especial, me ofreció un volante para que me dieran pescado blanco, de las raciones suministradas a los hospitales.

¡Dios escuchaba mis súplicas! ¡Dios me manifestaba su amor y me admitía por hija! Aquel día me sonaron peor los dislates y blasfemias de los milicianos: "Perdónales, Señor, que no saben lo que dicen", rezaba desde el fondo de mi corazón, y sentía un consuelo ¡tan hondo!

La niña entró en franca mejoría, y yo me prometí a mí misma cambiar de vida, buscar otro medio de subsistencia, dejar el Comisariado y el Estado Mayor, alejarme de los centros militares y políticos y dedicarme a una actividad civil.

Después de la guerra la metieron en la cárcel por sus actividades a favor del gobierno marxista.

Nos dice: Estando en la cárcel después de la guerra, donde estuve internada por once meses, los domingos y fiestas después de la misa asistía a las lecciones que nos daba don José Collado y una mañana, hablando del sacramento de la penitencia, hizo en mí tal impresión la palabra de este sacerdote que me pasé la noche meditando sobre la gracia. Al domingo siguiente, después de una confesión general hecha el día anterior, en la que puse a los pies de Dios todos mis errores y caídas, recibí al Señor en la Eucaristía.

Era el 29 de julio de 1939, día de santa María Magdalena, cuando me confesé y toda la noche la pasé en meditación de aquella coincidencia que aún me emocionaba al ir a comulgar al día siguiente, pero al recibir la santa Eucaristía todo se borró en mí: todo menos la sensación de mi nada, ante el todo que recibía. No podría, aunque lo intentase, expresar lo que pasó por mí. Fue

como si me hubiese tragado un sol que llenase mi ser entero con sus irradiaciones. Era la sensación inexpresable. Me sentía llena, llena de algo inaprensible, de un algo inmaterial, pero sensible, a un tiempo. Sentí a Dios dentro de mí y mi emoción era tal que me llegó a enajenar de cuanto me rodeaba. Lloraba, lloraba sin saber por qué. Mentiría si dijese que lloraba por mis muchos pecados, pues en tal momento ni pensaba en el pecado, ni en mí, ni en nada, sino que sentía a Dios dentro de mí y a Él me entregaba y nada más.

Ese día conocí el verdadero amor a Dios, ya que ese día le amé con todos mis sentidos y potencias y en inolvidables momentos le adoré real y verdaderamente ¹⁴¹. En enero de 1942 conocí al fundador de Cruzada evangélica, padre Doroteo Hernández Vera, un santo de verdad. Le dije, como así era, que, aun no queriendo volver a actuar en periodismo ni en política, deseaba hacer pública retractación de mis pasados errores, porque habiendo sido pública la injuria hecha a la religión con mis ideas de materialismo ateo, pública debía ser también la reparación. Él abundó en mi criterio y el día 24 de febrero de 1942 publicó la prensa de Santander una carta abierta a los que no creen en Dios, donde hice retractación de toda mi labor anterior y confesión de fe cristiana ¹⁴².

¹⁴¹ Ib. p. 320.

¹⁴² Ib. p. 363.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído los testimonios de ateos que cambiaron de rumbo y siguieron a Cristo, es importante que tomes la decisión de amar a Jesús con todo tu corazón y ayudar a tantos hermanos nuestros que están en la oscuridad y no saben cuál es el sentido de su vida.

Piensa que ellos te necesitan y Dios espera mucho de ti para ayudarles a conocer el camino que los lleve a Dios. Tu ejemplo es el mejor medio para atraerlos. Tu vida debe ser un resplandeciente rayo de luz para que puedan ver el camino y seguirlo. Decía el gran escritor inglés, convertido al catolicismo, Chesterton, que *la alegría es el secreto gigantesco del cristiano*. Solo un verdadero cristiano puede ser verdaderamente feliz. Lamentablemente, hay muchos católicos, e incluso eclesiásticos, que no dan testimonio de su felicidad y no viven como verdaderos cristianos. Los ateos venden la idea de que ellos son felices, porque pueden disfrutar de plena libertad y satisfacer sus pasiones y deseos.

Sí, los que siguen al demonio buscan desesperadamente ser felices y creen encontrar la felicidad en el placer y en el libertinaje, en hacer lo que desean sin cortapisas ni limitaciones o prohibiciones de ninguna clase. Para ellos todo vale, sin darse cuenta de que, al llevar una vida sin control, caen en la esclavitud más terrible, pues son esclavos del sexo, de la pornografía, de la droga, del alcohol etc., etc.

Que Dios te ilumine, querido lector, para que comprendas a tiempo antes de que sea demasiado tarde, que la vida es corta y que debes tomar una decisión cuanto antes. Te deseo lo mejor, que seas verdaderamente feliz con Dios en tu vida y en tu corazón. Recuerda que María es una madre y a ti, como a un hijo querido, te busca y espera que ames a Jesús. Que tengas un buen viaje por la vida con María. No olvides que un ángel bueno te acompaña. ¡Feliz viaje!

Tu hermano y amigo para siempre.

P. Ángel Peña O.A.R.

Agustino recoleto

&&&&&&&&&&&

Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org

BIBLIOGRAFÍA

- Ayllón José Ramón, *10 ateos cambian de autobús*, Ed. Palabra, Madrid, 2019.
- Ayllón José Ramón, *Dios y los naufragos*, Ed. Belacqua, Barcelona, 2004.
- Cabestrero Teófilo, *Hombres nuevos*, Ed. Propaganda popular católica, Madrid, 1962.
- Carrel Alexis, *Viaje a Lourdes*, Ed. Iberia, Barcelona, 1957.
- Day Dorothy, *La larga soledad*, Ed. Sal terrae, Santander, 2000.
- Frossard André, *Dios existe, yo me lo encontré*, Ed. Rialp, Madrid, 2001.
- García Morente Manuel, *El hecho extraordinario*, Ed. Rialp, Madrid, 2002.
- García Regina, *El bulo de los caramelos envenenados*, Publicaciones españolas, 1953.
- García Regina, *Yo he sido marxista*, Madrid, 1946.
- Ginés Pablo, *Conversos, buscadores de Dios*, Madrid, 2011.
- Góricheva Tatiana, *Hablar de Dios resulta peligroso*, Ed. Herder, Barcelona, 1987.
- Hyde Douglas, *Yo creí*, Ed. Luis de Caralt, Barcelona, 1952.
- Janne Haaland Matlary, *El amor escondido*, Ed. Belacqua, Barcelona 2002.
- Kourdakov Sergei, *El esbirro*, Ed. Palabra, Madrid, 2003.
- La Hera Eduardo de, *El fuego de la montaña*, Ed. San Pablo, Madrid, 2009.
- Lamping Sevein, *Hombres que vuelven a la Iglesia*, Ed. Epesa, Madrid, 1949.
- Lelotte F., *Convertidos del siglo XX*, Ed. Studium, Madrid, 1961.
- Lelotte F., *La antorcha encendida*, Ed. Studium, Madrid, 1966.
- Lelotte F., *La ciudad sobre el monte*, Ed. Studium, Madrid.
- Maritain Jacques, *Cuaderno de notas*, Ed. Desclee de Brouwer, Bilbao, 1967.
- Messori Vittorio, *Algunas razones para creer*, Ed. Planeta, Barcelona, 2000.
- Messori Vittorio, *Ipotesi su Gesù*, Ed. internazionale, Torino, 1977.
- Mondadori Leonardo, *Conversione*, Ed. Mondadori, Milán, 2002.
- Muller de Hauser, *La llamada de Dios*, Ed. Herder, Barcelona, 1959.
- Nedoncelle y R. Girault, *Testimonios de la fe*, Ed. Rialp, Madrid, 1953.
- O'Brien, *Los prodigios de la Gracia*, Ed. Studium, Madrid.
- Omer Englebert, *Vida y conversión de Eva Lavallière*, Ed. Mundo moderno, Buenos Aires, 1946.
- P. Nagai, *Les cloches de Nagasaki*, Ed. Casterman, Paris, 1953.
- Papini Giovanni, *Un uomo finito*, Ed. Vallecchi, Firenze, 1926.
- Pearce Joseph, *Mi carrera con el diablo*, Ed. Palabra, Madrid, 2014.
- Pearce Joseph, *Solzhenitsyn*, Ed. Ciudadelalibros, Madrid, 2007.
- Peña y Lillo Sergio, *En el corazón de Cristo*, Ed. Paulinas, Santiago de Chile, 1992.
- Pujol C., *Siete escritores conversos*, Ed. Palabra, Madrid, 1994.
- Rosal Cortés Ramón, *Cincuenta ateos y agnósticos convertidos al cristianismo*, Ed. CCS, Madrid, 2017.
- Rossi Giovanni, *Hombres que encontraron a Cristo*, Ed. Studium, Madrid, 1954.

- Schafer Bruno, *Ellos oyeron su voz*, Ed. Epesa, Madrid, 1957.
- Schouwaloff Agustín María, *La mia conversione e la mia vocazione*, Milán, 1859.
- Sciacca Federico, *Mi itinerario a Cristo*, Ed. Taurus, Madrid, 1957.
- Simon Kenneth, *The glory of the people*, Ed. McMillan, New York.
- Simon Raphael, *The Road to Damascus*, Ed. O'Brien, New York, 1949.
- Stein Edith, *Autobiografía (estrellas amarillas)*, Ed. espiritualidad, Madrid, 1992.
- Tolstoi León, *Confesión*, Wroclaw (Polonia), 2017.
- Van der Meer Pieter, *Nostalgia de Dios*, Ed. Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1955.
- Von Hildebran Alice, *Alma de león*, Ed. Palabra, Madrid, 2005.

&&&&&&&&&&&